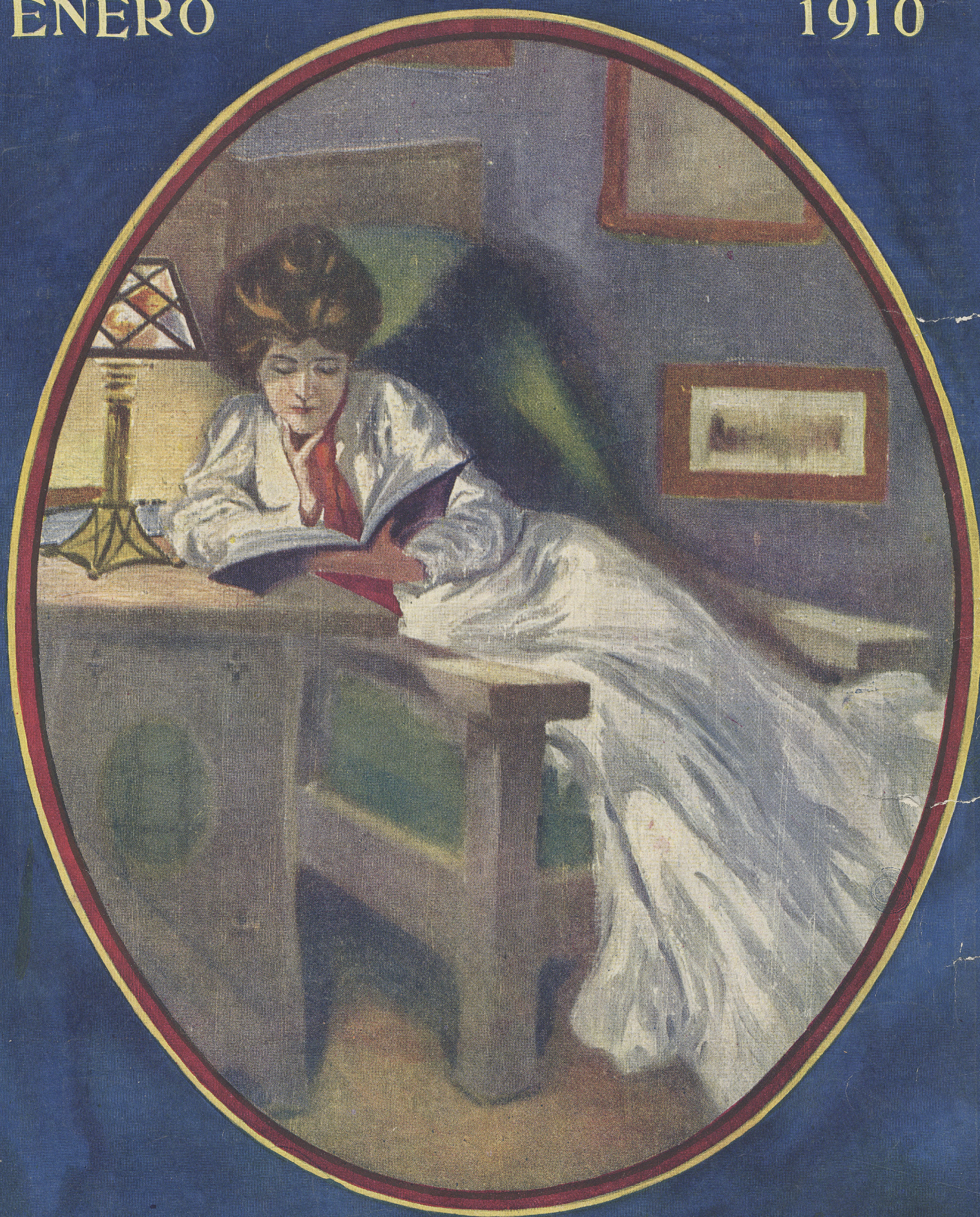


FAMILIA

ENERO

1910



Número 1

UN PESO

EMPRESA ZIG ZAG EDITORES

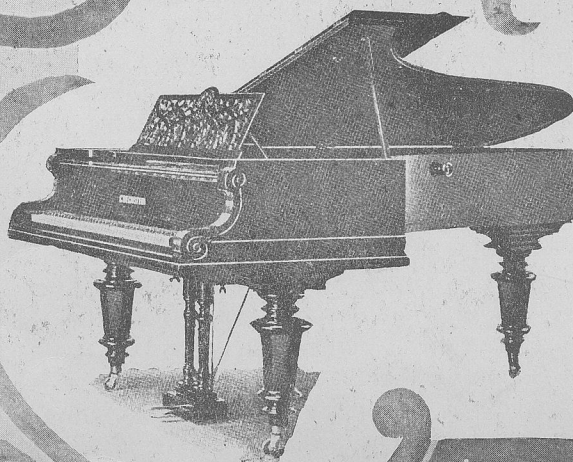
Sumario del presente Número

	Págs.		Págs.
Editorial	1	Porcelanas artísticas, por el Dr. J. Korner	37
El vértigo de la vida, por J. Jacquin	2	Tema Schumann sobre Abegg	37
Consejos á una novia, por Doña Paula	5	Una buena comica	38
Una historia que parece cuento, por el Dr. Quezada Romero	8	Menús	40
Ruido, por Carlos Olavarria	9	Explicación de los menús	41
La bella lectora, dibujo de Harrison Fischer	10	La buena presentación de los dulces en las comidas	41
Emparedada viva, por G. Lénotre	11	Duraznos en conserva para el invierno	42
Daphne ó el matrimonio á la moderna, novela por Mr. Humphry Ward	15	Explicación gráfica para la fabricación de los duraznos en conserva para el invierno	43
Centros de mesa	18	Adornos de mesa para una simpática fiesta	44
Cortinas bordadas lavables	19	Peinados de moda	45
Obras de mano	20	Lo que gana una mujer usando tacos altos	46
Deshilados y bordados	21	Sección modas (Introducción)	47
Hermosura de las manos	22	Últimas novedades llegadas de París	48
La roca adorante, dibujo de Charles Dana Gibson	23	Cinturones, hebillas y lazos	49
La moda á través de los siglos	24	Cintas, golillas y ruchés	50
Duerme hijo mío, poesía de Jacinto Soriano	26	Figurín en colores	51
El voto, por Emilia Pardo Bazán	27	Modas, diversos figurines	53
Páginas para hombres, El arte de afeitarse	28	" " " "	54
Reverie, pieza de música por Giarda	30	" " " "	55
Cómo debe interpretarse á Schumann, por Mark Hambourg	32	" " " "	56
La visión inspiradora, dibujo de Howard Chandler Christy	33	Página para niños, abrigos y gorras de verano para guaguas	57
Los nuevos monogramas bordados	34	Chaqueta corta semi-ajustada	58
Buen gusto y mal gusto en jarrones	35	Lo más nuevo en blusas	59
		Consejos y recetas para el hogar	60



PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION



Existencia permanente de 250 Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago:

ADOLFO CONRADO, Estado 375

El mejor locador automático de piano: LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir, de escritura muy visible

VALPARAISO

Depósito en Concepción:

ADOLFO STEGMANN

FAMILIA

Volumen 1. — Núm. 1

Precio: UN PESO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

DEDICADA EXCLUSIVAMENTE AL HOGAR

Suscripción anual:

DIEZ PESOS

SANTIAGO DE CHILE, ENERO DE 1910

EMPRESA ZIG-ZAG, EDITORES PROPIETARIOS, TEATINOS 666

EN la actualidad, la revista es el tipo de publicación que más se cuadra á las inclinaciones del público y es, después de la prensa diaria, lo que mejor satisface las necesidades dentro de la vida contemporánea, intensa, agitada y celosa del fugaz correr del tiempo. En nuestras costumbres, la revista ha entrado á ocupar un puesto importantísimo, ha llegado á ser casi una necesidad para los diferentes círculos, y esto ha permitido el desarrollo de las publicaciones del género bajo mejores auspicios que la misma prensa diaria, que el libro en todo caso.

El libro es poco leído: el éxito de dos ó tres de nuestros autores no puede considerarse como un síntoma de afición literaria entre nosotros; es, á lo sumo, la excepción de la regla general. El diario, por su agilidad y por su forma, atrae al lector, pero no lo retiene más que el tiempo preciso para informarse de lo que refieren sus largas columnas, rápidamente, y aún para no buscar sino lo que se relaciona con el especial interés de cada uno. Nadie lee un diario por entero; cada uno busca lo que particularmente le interesa. El político se siente atraído hacia las informaciones de ese carácter, el hombre de negocios hacia las de índole comercial; un buen ciudadano, sin especiales predilecciones, leerá la crónica general del diario que cae en sus manos, aún las informaciones del extranjero y, quizás, las políticas; el de más allá correrá tras la noticia corriente de gacetilla ó el cuento mal traducido con que se llena una columna sobrante; la dama agena á mayores preocupaciones en la hora en que el diario llega hasta ella, comenzará á recorrerlo por la cabeza de la vida social y buscará el nombre conocido, la fiesta anunciada, la noticia mundana ó de interés particular del sexo femenino.

Semejante modo de ser es lo que ha hecho surgir y prosperar las publicaciones de determinada índole, lo que ha creado la revista especial de las diferentes materias que interesan á un público numeroso y heterogéneo.

Ha nacido de esto la revista de informaciones generales, vivas y ligeras de los hechos corrientes, con su poco de miscelánea sobre cuanto hay; la revista esencialmente literaria, la de Sport, la de Hípica, la Religiosa, la Médica. Hoy tienen revista propia los sportsmen, los literatos, los médicos, los obreros, los políticos, los artistas, los banqueros, todos los profesionales de todo el mundo y todas las artes del espíritu humano, y entre nosotros, hay publicaciones de todo género para satisfacer ampliamente nuestra modalidad: las tienen hoy día hasta los chicos de nuestras escuelas y los que aún se preparan para el día solemne de cargar la mochila estudiantil.

Sólo la familia ha vivido hasta ahora olvidada, y el hogar y la mujer, que en él es reina y dueño, no han tenido una publicación que venga á servirlos ampliamente y á ofrecerles cuanto en todas las publicaciones que ruedan en un público se halla, pero mal repartido, dado sin cuidado ni especial interés por constituir una verdadera revista de familia.

Todas las cuestiones que se ofrecen á la atención de una familia son tantas y tan complejas, y se hacen tan nuevas cada día que, dentro de las atenciones de la vida moderna y de sus exigencias múltiples, es difícil encontrar medio mejor que no sea una revista para verlas tratadas en forma amable. La familia y cuanto á ella se refiere han hecho nacer una abundante literatura, especialmente en los países anglo-sajones, en la cual se han tratado con soltura y libertad sus necesidades y sus intereses, cantado sus encantos y hasta dado recetas para guardar atadas al hogar la felicidad y la fortuna.

Pero no podemos negar que los libros de este género, por causa de la educación que es peculiar en nuestro país, son poco conocidos, poco estimados y considerados como poco prácticos. Y así la falta de una publicación, que pueda considerarse como órgano de los hogares y en la cual la madre de familia encuentre cuanto ha menester para su gobierno, se hace sentir sin contrapeso alguno y mantiene un vacío que nuestro actual grado de adelanto hace injustificable.

FAMILIA abraza la sana y justa aspiración de llenarlo, y cree que encontrará en el público de las dueños de casa y en todos los hogares un lugar simpático. Hará cuantos sacrificios estén de su parte para conseguirlo, en la creencia de que podrá realizar un bien dentro de nuestro modo de ser social.

Dentro de la familia hay mil asuntos, unos grandes, nimios otros, de cuya feliz solución depende á veces la felicidad de los hogares. La vida, al fin, no es más que un conjunto de pequeños detalles y saberlos llevar es la ciencia de la vida.

Esta revista tratará todas las cuestiones relacionadas con la familia y el hogar, desde los severos problemas de la educación hasta los livianos y amables que impone la coquetería femenina en el adorno de las personas y en el confort de la vivienda. Nos sobra esperanza y voluntad: lo demás lo aguardamos del propio público.

EL VERTIGO DE LA VIDA

COMEDIA EN UN ACTO

por J. JACQUIN

¿EN qué torbellino se verá arrastrada la sociedad de mañana? La rapidez con que se transforman todas las cosas da margen para aceptar como hechos reales las más descabelladas perspectivas.

PERSONAJES

Mr. Fromont, banquero. Juan, sirviente.
Pablo Vergnes, poeta. Un fonógrafo (maneja-
Cristina, hija de Fromont, do por una persona
entre bastidores).

La acción se desarrolla en 1930. La escena representa un gabinete de trabajo confortable y sencillo. En el escritorio, un teléfono. Sobre una mesita, á la izquierda, un fonógrafo. En la muralla, cerca del escritorio, un tablero con botones eléctricos. Puertas en el fondo, á derecha é izquierda.

ESCENA I

CRISTINA, DESPUES JUAN

(Cristina entra. Está vestida en traje de calle y se pone los guantes. Parece tener mucho prisa. Se dirige hacia el tablero de los botones eléctricos. Oprime un botón y entra Juan).

CRISTINA.—Juan, el coupé-monoplano.

JUAN.—Bien, señorita. (Sale. Cristina se aproxima al fonógrafo, coloca un cilindro y le da cuerda).

CRISTINA. (Hablando delante de la bocina del fonógrafo).—Papá, voy á Dieppe. Quiero aprovechar la pleamar y darme mi baño. Estaré de vuelta á la hora convenida. Te abrazo. (Retira el cilindro y lo coloca en una cajita; lo lacra y lo sella).

JUAN. (Entrando).—El monoplano se aproxima, señorita.

CRISTINA.—Ya voy. (Le entrega el cilindro. Una carta para mi padre. (Sale).

ESCENA II

MR. FROMONT, JUAN

MR. FROMONT. (Entra muy preocupado).—Juan, ¿qué hora es?

JUAN.—Las 8.25 minutos 15 segundos...

MR. FROMONT.—¿Ya? Páseme los diarios de mañana.

(Juan le pasa dos cilindros de fonógrafo).

JUAN.—Aquí están los diarios y una carta de la señorita.

MR. FROMONT.—Gracias. (Juan sale. Mr. Fromont se acerca á un fonógrafo. Le coloca uno de los cilindros que acaba de recibir y lo pone en movimiento).

EL FONOGRAFO.—Papá, voy á Dieppe. Quiero aprovechar la pleamar y darme mi baño. Estaré de vuelta á la hora convenida. Te abrazo.

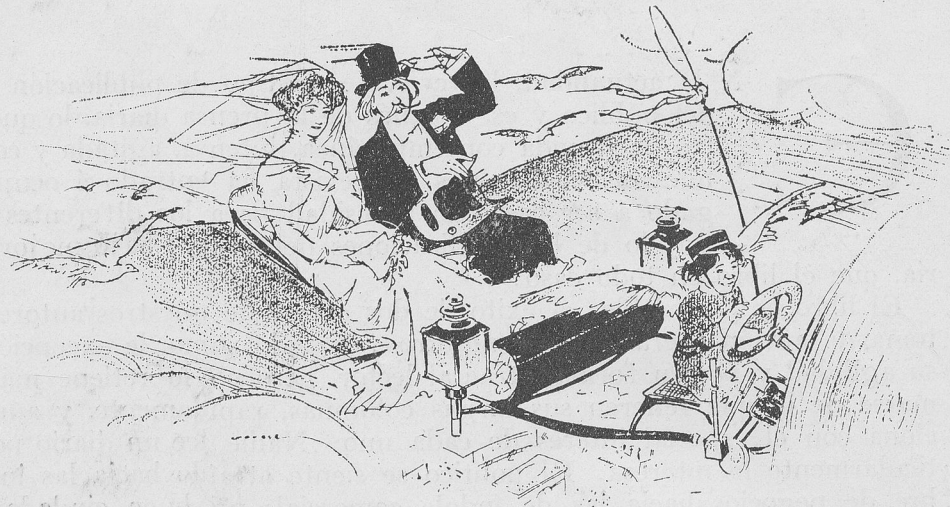
MR. FROMONT.—¡Cáscaras! Creo que esta muchacha no estará nunca de vuelta antes de las once de la mañana. Sé que hasta allá hay sus 200 kilómetros... En fin. Veamos los diarios. (Cambia el cilindro y lo hace andar).

EL FONOGRAFO.—16 de Septiembre de 1930. Bolsa, 2 por ciento, 105... Compañía Aérea, 22,000... Compañía General de Ferrocarriles Europeos, 15. Barómetro, 70.5. Viento, 12 metros. Cámara, importante discurso de M. Grivlot, sobre la necesidad de establecer antes de las elecciones un impuesto progresivo sobre la renta. Gran éxito. Accidentes. El "Zeppelin 3.533", después de 15 kilómetros de marcha sin entorpecimiento, se descompuso á la altura del Mont Blanc. Se efectúan las reparaciones en el terreno mismo. Teatro. Reaparición de la señorita Sarah Bernhardt en el teatro francés en el papel de "Ingenua". Éxito triunfal. Novela del día: El misterio de Montlhéry (continúa-

ción): Juan de Montefontaine al saber que su novia no sabía jugar al tennis ni al bridge, se embarca desesperado para el Polo Sur (continuará).

MR. FROMONT.—Esta novela es encantadora y

Con el señor Donadieu, si me hace usted el favor... De parte de Mr. Fromont... ¡Ah! Muy bien. Gracias. ¿El señor Donadieu? ¿Cómo está usted, querido maestro? ¿Yo? No tan mal, gracias. Pasándola... ¿Que no



el autor tiene verdadero talento (Va á tocar un botón eléctrico. Juan entra).

JUAN.—Un marconigrama para el señor. Don Paul Vergnes desea hablar con usted.

MR. FROMONT.—Un minuto. (Abre el marconigrama). ¡Bah! ¡Es de mi mujer! (Lee). "Buenos días. Estamos en Calcuta. Nuestra "tournee" como conferencistas sobre la cocina química ha tenido éxito. Partimos mañana en el paquebot aéreo "Blériot" hacia Yokohama. Arregla lo mejor que puedas el matrimonio de Cristina. Trataré de llegar á la ceremonia en el registro civil, pero creo que con más seguridad cuando estén en la iglesia. Mil besos..." Bien. (A Juan). Haz entrar al señor Paul Vergnes. (Oprime un botón del teléfono). ¿Aló? ¿Aló? Con el número 44,00,4, señorita.

ESCENA III

MR. FROMONT, JUAN Y PAUL.

JUAN.—El señor Paul Vergnes.

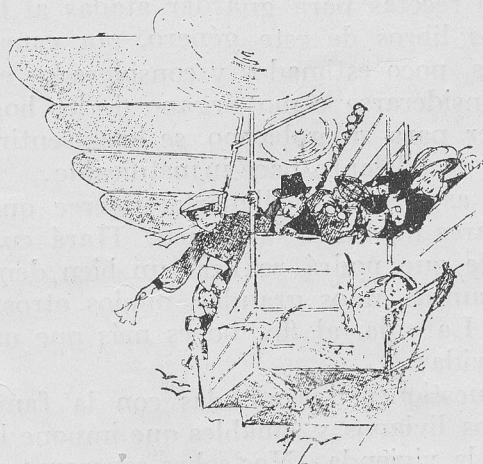
(Paul entra con aire tímido).

PAUL.—¿No lo molesto, señor? Buenos días, Mr. Fromont.

MR. FROMONT.—¡Ah! Buenos días, querido Pablo. ¡Molestarme! De ninguna manera... Siéntese usted por aquí, mi amigo. ¿Qué buenos vientos lo traen por estos mundos?

PAUL.—Pues... resulta que... es un asunto... (Campanillazo eléctrico).

MR. FROMONT.—Permítame usted. Un segundo. Es un asunto urgente...



PAUL.—¡Ah, señor!... ¡Naturalmente! (Aparte) ¡Estoy turbado!

MR. FROMONT. (Teléfonoando).—¿El 44,00,4? Sí.

es posible? ¿Mi mujer? Ha ido á pasar algunos días á Yokohama donde una amiga... ¡Ah! Muy bien, encantador... Dígame... se trata de lo siguiente: deseo que usted vea modo de preparar el casamiento de Cristina para mañana mismo. ¿Sería usted tan amable?... Sí... Tal como lo hemos convenido... Dos millones dote... ¿El nombre del futuro?... Déjelo en blanco... Nada se ha resuelto sobre la persona. Lo telegrafiaré en cuanto lo conozcamos. ¿Dice usted? ¡Ah! Sí... Se entiende. Perfectamente. (Un silencio). Perfectamente. Hasta luego. (Coloca el fono y llama). ¿Aló? ¿Aló? Señorita, con el número 55,44,03. (Dirigiéndose á Paul). Pero, á propósito, querido amigo, ¿cómo está su señora madre?

PAUL.—Completamente restablecida...

MR. FROMONT.—Cuanto me alegro. ¿Siempre lleva ella su vida de ermitaño en Nantes?

PAUL.—Siempre.

MR. FROMONT.—Salúde-la en mi nombre, si es usted tan amable. ¿Decía que venía usted... por...?

PAUL.—El caso es...

yo... (Campanillazo).

MR. FROMONT.—Tenga la bondad de esperar un minuto.

Es urgentísimo.

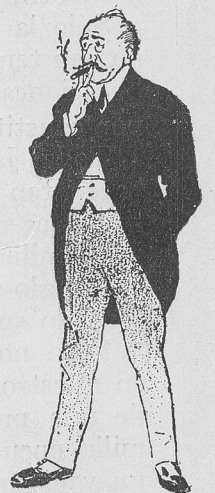
PAUL.—Por supuesto.

(Aparte). No me atreveré jamás.

MR. FROMONT.—¿Con el número 55,44,03? Muy bien.

Deso hablar con el señor Durand-Dupont... Muy bien.

Gracias... Sí. En Yokohama... ¡Ah, nó! Creo que dos ó tres días. Estará aquí el Martes. Quería sencillamente decirle que cuento con usted como testigo para el casamiento de Cristina... En ocho días más... Alcaldía 42. ¿Entendido?... ¿Su nombre? No lo sé todavía. Titubeamos entre dos ó tres. No se apure por eso, ya se lo telegrafiaré á más tardar en la mañana misma de la ceremonia. Muy bien, sí, sí; Badulaque! (Un silencio). Perfectamente. (Un silencio). Perfectamente. (Un silencio). Perfectamente. Un apretón de manos. (Cuelga el fono y llama). ¿Aló? ¿Aló? Número 22,33,44. (A Paul). ¿Y usted qué hace? ¿Siempre versos?



ESCENA V

JUAN SOLO

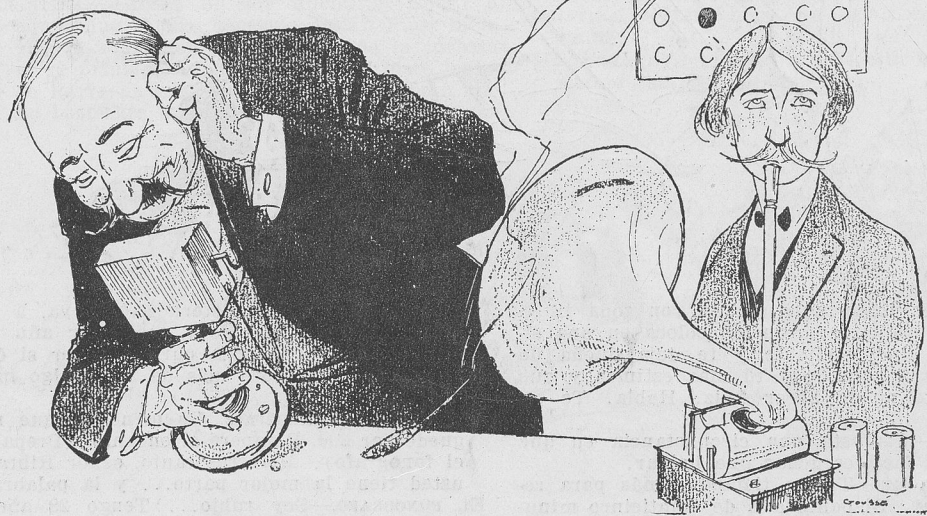
Las diez veintitrés minutos. Tengo tiempo aún. (Llama al teléfono). ¡Aló! ¡Aló! Número 22,22,22. Urgente. Tengo que desquitarme. (Llaman. Se acerca al teléfono). ¡Aló! La Agencia Riboulet... Bien... Deseo conocer la cuota para esta tarde. La carrera de monoplanos de 40 H. P. ¿Eh? El Sylphide 15/1... Es una broma... ¿Cómo? ¿El Bouffe l'Azur, favorito, empate? Pero, infeliz, el Bouffe l'Azur es un armatoste, un vegestorio. No es un 40 caballos, es un 40 patos. A la segunda ó tercera evolución se irá á pique, se le caerá la hélice y á la cuarta la barquilla. Resérvame tres luises de Sylphide á 15... Para Juan, casa del señor Fromont, el banquero... Hasta la vista... Gracias. (Coloca el fono en el gancho).

PAUL.—Siempre. He terminado recientemente un tomo que aparecerá en estos días.
MR. FROMONT.—¡En pleno siglo XX encontrar un hombre que pierda el tiempo haciendo versos!
PAUL.—Soy un fósil... Pero venía á hablarle...



MR. FROMONT.—Con su permiso. Un momento y estoy á sus órdenes. Sí, señor. Con él mismo. ¡Ah! ¿Es usted, Sarabit? ¿Qué hay? Un accidente... ¿El chauffeur se ha quemado gravemente? Perfectamente, perfectamente. En diez minutos estoy allá (Deja el fono, toca el timbre. Aparece Juan). Juan, el aéreo cab. (Juan sale. A Pablo). Mi querido Paul, estoy encantado con su visita. (Se pone de pie y Pablo se ve obligado á hacer otro tanto). Recuerdos á su señora madre. (Va hacia la puerta). Y dígame que tendremos mucho gusto en verla más á menudo...
PAUL.—Señor...
MR. FROMONT.—Sí, y usted olvida demasiado que Cristina es su amiga de la infancia.
PAUL.—Señor, yo...
MR. FROMONT. (Conduciéndolo siempre hacia la puerta).—Por lo demás, espero que tendremos el gusto de vernos el día del casamiento.
PAUL. (Desolado).—Pero, si yo...
MR. FROMONT. (Empujándolo suavemente. —

MR. FROMONT.—Al grano. ¿En qué podía servirlo?
PAUL.—Se trata... (Campanillazo).
MR. FROMONT.—Dos minutos y cuente usted incondicionalmente conmigo...
(Paul hace un gesto de resignación).
MR. FROMONT.—¿Alcaldía 42? Oficina del alcalde, si me hace el favor... Sí, gracias. Espere. (A Paul) ¡Ah! ¡Qué maravillosa invención la del teléfono!
PAUL.—Precisamente pensaba en lo mismo.
MR. FROMONT.—¡Aló! ¡Aló! El señor alcalde de la 42.ª. Es Mr. Fromont, el banquero de la calle 4 de Septiembre. En dos palabras. El asunto es muy sencillo: quiero casar á mi hija el Martes próximo... Muy bien... Pero si... Aceptaremos la hora que usted designe. Se entiende... ¿Estará lista el acta? Se podría apurar la cosa. Sí, sí, le dictaré... María Cristina Fromont, nacida el 14 de Diciembre de 1912, hija de Julio César Fromont, banquero, y de Ildefonsina Thérèse Portecoin... ¿El nombre del futuro? ¡Aló! ¡Diablos! Es que todavía nada hemos resuelto sobre su elección definitiva... Sí... Nó... Sí... Pero, ¿qué importa? desde que se han suprimido las publicaciones... Déjelo en blanco... No tenga ningún cuidado. Tendremos el dato indefectiblemente el Martes al ir á la Alcaldía... Sí... Nó... Nó... Estimo en su verdadero mérito su galantería... Perfectamente... Perfectam... Perfectamente... Hasta otro día, mi se-

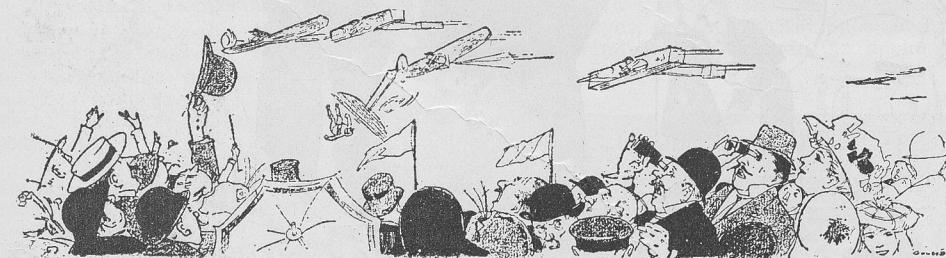


¡Ah! No me dirá que nó... Cuento con usted... Por supuesto... No faltaría más... Hasta la vista, mi estimado amigo. Hasta más ver. (Pablo sale).
JUAN. (Entrando). Viene el aéreo-cab, señor.
MR. FROMONT.—Estaré de vuelta en media hora. (Sale apresuradamente).

ESCENA IV

PAUL Y JUAN

PAUL. (Entrando, muy exaltado, á Juan).—Pues bien, esto no es posible, no puede ser-



ñor... (Se vuelve á Pablo). ¡Ah, amigo! ¡Qué engorroso asunto es este de casar las hijas!
PAUL.—Sin embargo... No hay urgencia. (Tímidamente). Pues, que el futuro...
MR. FROMONT.—No está aún designado... Pero lo será. Estoy cansado de verlos voltejar en torno de la dote de Cristina. Que ella escoja... Una vez por todas... y sobre todo que siga en absoluto su personalísima inclinación.
PAUL.—¿Y cree usted que es la dote la que los atrae?
MR. FROMONT.—A todos, amigo mío, á todos. El interés no es de este siglo. Me decía usted cuando el teléfono nos interrumpió...
PAUL. (Tímido).—Quería manifestarle... (Campanillazo).

lo, no se realizará así no más. (Toma á Juan de un botón de su librea y lo sacude energicamente). Dáne pluma, tinta y papel.
JUAN. (Con estupefacción).—Pero... No tenemos eso aquí.
PAUL. (Asombrado).—¿Cómo! ¿Con qué escriben ustedes, entonces?
JUAN.—No se escribe, señor. Eso ha pasado á la historia ya. (Aparte). Escribir. ¡Cáscaras! ¿De dónde saldrá este nombre?
PAUL.—Sin embargo, tengo absoluta necesidad de dirigir una carta á la señorita Cristina.
JUAN.—Pero si eso es lo más sencillo. Páse usted al escritorio vecino donde usted encontrará fonógrafos excelentes, se lo aseguro. Dictará usted á un cilindro su carta y lo colocará en el casillero de la correspondencia de la señorita. (Paul sale).

ESCENA VI

JUAN, FROMONT Y CRISTINA

Mr. Fromont entra conversando con Cristina.
CRISTINA. (Continuando la conversación).—El agua estaba un poco fría. Tampoco pude ver á ninguno de nuestros amigos. Pero, ¿de dónde viene, papá, en aéreo-cab?
MR. FROMONT.—De nuestra usina de productos químicos alimenticios. Reventó una caldera y un chorro de agua hirviendo quemó horrosamente á Trimad, el chauffeur.
CRISTINA.—¿Desgraciado! ¿Peligra su vida?
MR. FROMONT.—Nó. Se ha quemado los ojos. Al ir á la usina he llevado conmigo al doctor Chopin.
CRISTINA.—¿Y qué ha dicho?
MR. FROMONT.—Que no era nada. Se ha ingerido dos ojos de conejo. Estará bueno en un mes.
CRISTINA. (Sentándose).—Tanto mejor. ¡Pobre hombre! ¿Me he atrasado?
MR. FROMONT.—Nó, hijita. Voy á despachar la correspondencia y en seguida puedes disponer de mí. ¡Juan, el fonógrafo! (Juan aproxima el aparato al escritorio y le coloca un cilindro. Mr. Fromont toma un paquete de cartas y se pone delante del reproductor y dicta las respuestas á medida que va leyendo las comunicaciones). Asunto Dumont: Sí, aceptado. Asunto Giraud: Explicaciones suficientes. Enviar datos más completos. Asunto Pepin: Nó. Asunto Le Bref: Sí. (Detiene el fonógrafo). Juan, lleva esos cilindros á la oficina de correspondencia. (Juan sale).

ESCENA VII

FROMONT, CRISTINA, DESPUES JUAN

MR. FROMONT.—Hémos, por fin, tranquilos, querida



Cristina. Tenemos una amplia media hora para discutir á fondo la grave cuestión de tu casamiento y tomar una resolución definitiva de la cual dependerá tu felicidad futura.

CRISTINA.—Soy toda oídos, papa.

MR. FROMONT.—¡Hum! Tú no ignoras que te doto con dos millones. No prestando que sea esa una gran fortuna, pero no obstante, es una suma suficiente para permitirte abor-

gó el mejor sastre de París, el camisero de Londres más á la moda, el zapatero de Nueva York que calza exclusivamente á los que tienen el cetro de la elegancia y del dólar. Soy miembro del Acro-Club y he tenido un nomónimo en la batalla de Poitiers, porque soy Carlos Martel.

MR. FROMONT.—No cabe la menor duda que es un buen partido.

CRISTINA.—Y como estoy precisamente en el

MR. FROMONT.—Por discreción. En fin. ¿Tienes algo que objetarles?

CRISTINA.—Nada. Son muy chics. Y seguramente me voy á decidir... Pero son los dos tan chic y allí está la dificultad. ¡Ah, si sólo hubiera habido!...

MR. FROMONT.—¿Si hubiera habido?...

CRISTINA.—No sabría explicarlo... algo... en alguna de las cartas... alguna cosa que hace falta... un no sé qué... tal vez una simple palabra... ignoro lo que sea... y que espero, sin embargo. Si tuvieran eso... yo creo, casi podría asegurarlo, que habría hecho latir mi corazón y habría resuelto ipso facto mi indecisión.

MR. FROMONT.—¡Diablos! (Mirando un reloj). Pero nadie nos apura. Tenemos todavía cinco minutos. Si tú escucharas de nuevo lo que han escrito... Tal vez encuentres allí esa famosa palabra... Se habrá pasado desapercibida...

CRISTINA.—Si lo deseas... Mr. Fromont toma maquinalmente un cilindro y lo coloca). MR. FROMONT.—Esta vez escucha bien. (Haz andar el aparato).

EL FONOGRAFO.—Mi querida Cristina.

CRISTINA. (Deteniéndole).—¡Hem!

MR. FROMONT. (Mirando los cilindros sobre la mesa).—¡Eh! ¡Me he equivocado! Esa es la carta de Paul que Juan ha dejado aquí. Esperate, la voy á cambiar.

CRISTINA.—¡Bah! Déjelo continuar, puesto que ya hemos comenzado... (Mr. Fromont lo vuelve á poner en movimiento).

EL FONOGRAFO.—Recuerda usted aquella tarde de Junio... Tenía usted entonces trece años y yo quince, cuando en la amplia avenida de álamos que borda el Sena, divisó usted un nido casi en el cielo y tuvo unas ansias locas de poseerlo... Subí al árbol, crugí una rama y caí con un brazo quebrado. Y durante dos meses vino usted todos los días á verme en la casi ermita en que residíamos.

Descarfa no haber sanado jamás... ¡Qué dulce hubiera sido morir entonces!...

MR. FROMONT.—Está loco.

CRISTINA.—¡Sht!...

EL FONOGRAFO.—¿No es acaso desde aquella fecha que soy un poeta? Tal vez, Cristina. Pero yo sé que mi pequeña Musa se va á casar. ¡Y entonces!... Todo ha concluido. Cierro mi cuaderno, color de rosa... y le digo adiós... ¡Adiós, Cristina... á quien am...!

CRISTINA. (Se pone de pie, conmovida).—¡Y bien!

MR. FROMONT.—El cilindro ha terminado.

CRISTINA.—¡Si sería tonta yo! (Corre hacia el teléfono y llama). ¡Aló! ¡Aló! (A su padre). ¿Qué número tiene Paul?

MR. FROMONT.—No tiene teléfono.

CRISTINA.—Es verdad. (A la telefonista). Na-

dar este importante asunto con toda libertad de espíritu, porque te coloca en una situación independiente y te deja dueña de escoger á aquea que tú más estimes y que creas te pueda hacer feliz. Habla. Te escucho.

CRISTINA.—Es esta una circunstancia en que es mas fácil escuchar que hablar.

MR. FROMONT.—Tienes tiempo demás para reflexionar. Dispones aún de veinticinco minutos... Me habías indicado á Pedro Ribrac y á Carlos Martel como los más asíduos de tus admiradores, como los más... ¿cómo diré?

CRISTINA. (Con un pequeño mohín).—Nó... Los menos... Tú me comprendes...

MR. FROMONT.—Lo mismo da para el caso. ¿Sabes lo que he hecho?

CRISTINA.—No adivino...

MR. FROMONT.—Les he rogado que me digan lo más brevemente posible cómo creen ellos que pueden labrar tu felicidad.

CRISTINA.—Esa es indudablemente una excelente idea. Y aunque eso hace conmover mi corazón, siento despertarse en mí la curiosidad, lo que es buen síntoma.

MR. FROMONT.—Tengo aquí dos cilindros para tu fonógrafo. ¿Quieres escucharlos?

CRISTINA.—Todos. (Mr. Fromont abre su caja de fondos y la de los cilindros). En el siglo XIX las niñas consultaban la voluntad divina deshojando la poética margarita (1), pero en el siglo XX consultan al fonógrafo. Abramos estos cilindros... Más... ¿por cuál empezar?

JUAN. (Pasándole un tercer cilindro).—El señor Paul Vergnes ha dejado esta carta para la señorita.

CRISTINA.—Está bien. Colóquela sobre la mesa. (Juan sale). Sí. (Tomando los dos cilindros). ¿Por cuál empezar? Veamos. Nada los distingue el uno del otro si no fuera por su firma y que sólo puede leer el fonógrafo. Dejémoslo á la casualidad. (Coloca un cilindro y da cuerda al aparato). Papá, júrame que no te darás por apercibido ni te chocará si me vez ponerme colorada.

MR. FROMONT.—Te lo juro.

CRISTINA. (Al fonógrafo).—Y bien, ¿quiere usted hablar?

EL FONOGRAFO.—Tengo treinta años y soy mo-

reno...

CRISTINA.—Este es Carlos Martel. EL FONOGRAFO. (Continuando).—Soy considerado el rey del boston... Tengo 6,000 libras esterlinas de renta... Considero que es *chic* pasar cada año, Diciembre y Enero, en París; la primavera, en Venecia; el verano, en el Polo Norte; el otoño, en las Canarias... Ten-

caso de tomar una determinación ya, á la brevedad posible... Pero queda oír aún al otro concursante: sería curioso saber si éste se ocupa un poco más de mí y algo menos de sí mismo.

MR. FROMONT.—Espérate. Es menester que no quede por 200. Romperé el encanto. (Prepara el fonógrafo). Mientras tanto, señor Ribrac, usted tiene la mejor parte... y la palabra.

EL FONOGRAFO.—Soy rubio... Tengo 28 años, me tienen por el mejor jugador de bridge de París. He tenido una gran fortuna y de ella no me queda sino deudas que me honran. Me visto en París en el taller de un sastre inglés... Me hago venir el calzado de Londres de una zapatería norte-americana. Soy el rey del nudo de la corbata... Tengo el chic de aburrirme en todas partes:



en Roma, en Venecia, en Londres y en San Petersburgo... Estoy inscrito en el círculo de los 'opinambour. Soy Piorac y con eso lo he dicho todo.

CRISTINA.—¿Y yo?

MR. FROMONT.—¿Tú? Tú debes sentirte orgullosa é impresionada muy halagadoramente de haber fijado en tu persona la atención de dos jóvenes tan... tan... ¿cómo te diré?

CRISTINA.—No lo digas. La palabra sería muy débil.

MR. FROMONT.—No podrías encontrar nada mejor: elegancia, fortuna, relaciones...

CRISTINA. (Ensimismada).—Son chics... es verdad.

MR. FROMONT.—Te aman.

CRISTINA.—Eso lo callan.

da, señorita, gracias... (Llama. Entra Juan). Juan, vas á subir en el Aéreo-cab.

JUAN.—Bien, señorita.

CRISTINA.—Volarás á la calle de Saint Jacquer número 17. Allí vive Paul Vergnes. Lo traerás.

JUAN.—Bien, señorita.

CRISTINA.—Si el señor Paul Vergnes no está allí, seguirás á Mantes.

JUAN.—Bien, señorita.

(1) Llámase en Chile "manzanillón de jardín".

CRISTINA.—Lo encontrarás entonces en casa de su madre. No vuelvas sin él.
JUAN.—Bien, señorita.
MR. FROMONT. (Intrigado).—¿Qué significa eso?



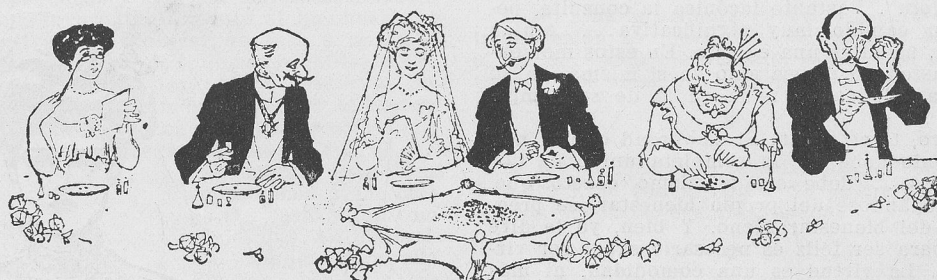
CRISTINA.—Sencillamente que ya he hecho mi elección.
MR. FROMONT.—Por fin. Ha terminado ya la media hora y voy á llamar al señor Donadieu. (Llama al teléfono). ¡Aló! ¡Aló! Con el 44,00,4, señorita. (Cuelga el fono. A Cristina). Y bien, ¿es Pibrac ó Martel?

ESCENA VIII

JUAN, MR. FROMONT, PAUL Y CRISTINA

JUAN. (Entra y anuncia).—El señor Paul Vergnes. (Paul entra con un aire de inquietud y nerviosidad manifiesta. (Campanilleo eléctrico)).
MR. FROMONT.—Un instante y estaré á sus órdenes. (Corre al teléfono). ¡Aló! ¿Cómo?... ¿Qué dice usted?... Bouffe l'Azur primero á veinte cuerpos de distancia linal? ¿Qué tengo qué ver yo con eso!... He pedido el número 44,00,4. (Engancha nuevamente el fono).
JUAN. (Arrancándose los pelos).—¡Por los siete mil clavos de Jesucristo!... Condenado Bouffe l'Azur... Tres luisas al barro. (Sale). (Campanilleo al teléfono).
MR. FROMONT.—¡Aló! ¿Con el número 44,00,4? ¿El señor Donadieu?... El mismo... Perdone usted, mi querido señor, que todavía lo incomode... ¿Qué amable!... ¿Verdaderamente? Me refiero al contrato de mi hija. Voy á decirle el nombre del novio. Es... (Volviéndose hacia Cristina con un aire interrogador). Por último, ¿cuál es?
CRISTINA.—El señor Paul Vergnes...
MR. FROMONT. (Soltando el fono).—¿Eh? (Pablo se desploma sobre un sillón).
CRISTINA.—¿Acaso no soy dueña de elegir á aquel que puede hacerme feliz? Pues bien, elijo á aquel que no es el rey de la corbata ni el príncipe del boston, que se viste mal... en París, en una sastrería parisién, pero que no bostezará en Venecia... á ese que es po-

sedor de la palabra... la palabrita de que carecían los otros...
MR. FROMONT.—¿Que palabra?
CRISTINA.—Precisamente la que no estaba impresa en el cilindro...
MR. FROMONT.—¿Pero si tú sabes que no es rico...
CRISTINA.—¿No me da usted dos millones?
MR. FROMONT.—Al fin y al cabo. ¿Y por qué no? (Campanilleo en el teléfono). Si... Si... No han cortado por casualidad... ¿El nombre del futuro?... Pero si es el señor Paul vergnes... Usted sabe... el poeta... Si... todavía queda uno... y es un muchacho encantador... Hasta luego, bien, bien... ¡Gracias! (Corta).
CRISTINA.—¡Papa, se ha desmayado!
MR. FROMONT.—¿Desmayado? (Sacudiéndolo). ¡Y bien! ¡Vamos! ¡Ponlo mojado!...
PAUL. (Levantándose).—¡Por favor, se lo ruego, no telefonee mas! Déjeme abrazarlo.
MR. FROMONT.—Abraze mas bien á Cristina... Yo le aseguré á usted que estaría con nosotros en el matrimonio... Pero no tenemos tiempo que perder. Vuelo hacia nuestra usina de productos químicos alimenticios para ordenar la comida del casamiento y dispondré que le reserven para usted los nuevos gránulos de "Chaufroid de mauviettes", y espero que usted me dirá algo bueno respecto á esta última palabra de la ciencia y del gusto, del "chic" en el mundo gastronómico.
CRISTINA.—Mandemos un marconigramá á mamá.
MR. FROMONT.—¿Para qué? Si ella me ha prometido estar en la iglesia... (Telón).



CONSEJOS A UNA NOVIA

AMABILISIMA Frida:

Me pide usted consejos para la elección de marido. La consulta clásica, antiquísima y nunca atendida ni resuelta... ¡Si esperaran ustedes conocer la opinión ajena para enredar y enredarse en las doradas redes de Himeneo!...

¡El matrimonio! Ninguna institución más santa, más bella, más poética, más divina, más capaz de elevar nuestro burdo materialismo á la cima del más puro idealismo. ¡Imaginaos!... Vivir unidos toda la vida, amarse sin sentir jamás debilitado ni empañado el purísimo oro de su solidaridad conyugal, sólidamente basada en el santo cariño, recorrer el camino terrenal tomados dulcemente de la mano, el corazón del uno muy cerca del otro, compartiendo cada esperanza, cada deseo, cada movimiento, compenetrándose, fusionando el alma propia en la del compañero: vivir alegres, satisfechos con su suerte común, orgullosos de su dulce provecho, confiados en la luz siempre encendida del mañana igualmente sereno y fecundo, como feliz el recuerdo de ayer... Este es ropaje auténticamente divino, es ropaje que cubre las alas y vuela y surca las azúleas y celestes regiones de la sublimidad...

Pero ha sido creado el hombre de tal modo y de tal materia, que no sabe jamás medir conscientemente su insignificancia, no sabe confesar humildemente su fatal inferiori-

dad. En sus disposiciones reglamentarias, en sus leyes, en sus instituciones, el hombre ha prescindido de sí mismo, ha hecho caso omi-



so de su propia miseria, no ha tomado en consideración los dictámenes de la experiencia y de la ciencia recogidos en el curso de su vida.

Y así, ha establecido el terrible desequilibrio entre él mismo y sus propias leyes, entre su inferioridad y sus propias aspiraciones; así ha acentuado aún más el desnivel que divide su individualidad misma, que lo hiende en dos partes autónomas y antagónicas: el ensueño y la realidad, lo ideal y lo real...

De todas las maravillosas fantasías que el hombre se ha forjado, ninguna más bella por cierto, ninguna más atrayente que la del matrimonio: se ha complacido en amontonar en torno del núcleo fosforescente todo el brillo de su vigorosa fantasía, todas las delicadezas de su sentimiento, todas las esflorescencias de sus características psíquicas... y ha colocado todo esto en la cumbre de su vida terrena, como incentivo, como objetivo, como supremo y glorioso premio de sus titánicos esfuerzos en la lucha con las mezquinas realidades de la vida.

Sin embargo, veamos, gentil Frida, si tengo algún éxito al aconsejarla á usted, que ya cuenta por meses los días que tarda en ser la compañera amada de su carnal—no espiritual—esposo.

No me dice usted ni una palabra respecto al sol que dió calor y vida á su matrimonio,



si ha nacido bajo el sol del amor ó el del interés.

“Estoy en vísperas de casarme, me dice usted, aconsejeme, doña Pabla, qué debo hacer para contribuir á labrarme una felicidad duradera”. Bastante laconica la consulta, pero en cambio muy significativa... Amiga Frida, usted es una egoista. En estos momentos, usted no piensa sino en sí misma, en su propia felicidad y nada en la de su compañero...

Pero, tiene razón. Si es verdad que el matrimonio debe ser la completa unión de dos mitades... debe ser asimismo exacto que, preocupándose del propio bienestar, se preocupa del bienestar ajeno. Y bien, yo le diré que para ser feliz es necesario saber ser virtuosa. La virtud es una comodidad, ni más ni menos que un par de zapatos á la medida de nuestros pies... morales.

Su primer pensamiento debe ser el de no olvidar que, al aceptar á un hombre por esposo, tiene el interés más vivo en ser una buena esposa, y sólo así podrá prepararse un porvenir de decoro, de paz, de satisfacción. El matrimonio es indudablemente un sacrificio, de modo que no se debe complicarlo con otros contratiempos; es un yugo: no debe hacersele más duro. Sea el suyo un matrimonio de amor ó de conveniencia, no espere cosechar menos cruces. Se exige al dinero que dé todas las satisfacciones: la felicidad, la alegría, el placer; pero el más perfecto actor no puede desempeñar todos los papeles.

La misma cosa puede decirse del amor: le pedimos mucho más de lo que nos puede dar, y cuando descubrimos su impotencia, en vez de culpar á nuestra exigencia excesiva preferimos maldecirlo y declararlo traidor.

Sea el interés ó el amor la causa de su matrimonio, dentro de un año habrá entrado usted en la vida de las ideas definitivas, encontrará que el matrimonio es una cosa más ó menos fastidiosa pero conveniente y el sentimiento que le inspirará su marido será el de una complaciente monotonía.

En consecuencia, le aconsejo entrar en el matrimonio desprovista en absoluto de exigencias sentimentales. De esta manera tendrá el placer de gratas sorpresas que la suerte haya querido singularmente proporcionarle, reservándole ésta una satisfacción imprevisible.

Libre el ánimo de ilusiones y firmemente dispuesta al mismo tiempo á aceptar el papel de buena esposa, podrá organizar una vida matrimonial exenta de oropeles pasionales, pero armónicamente metodizada y capaz de darle muchas compensaciones.

No se debería en conciencia aconsejar la mentira. Sin embargo, amiga Frida, no os aconsejo aquella franqueza absoluta que los códigos de la moral pura patrocinan pero que es tan funesta en la práctica. Siendo esposa virtuosa, no tendrá necesidad de mentir, esto es, de negar la verdad de un hecho; pero, si en sociedad es necesario, por educación, disimular los propios sentimientos, en el matrimonio este disimulo es absolutamen-

te imprescindible si se desea mantener la paz. La incompatibilidad de caracteres es el resultado de la falta de disimulo y de tole-

rancia. No crea por esto que yo le recomiendo el engaño: éste es la mentira activa, evidentemente culpable y que nada tiene de común con la mentira pasiva, el disimulo.

Trate de ser alegre. La mujer debe constituir la alegría de la casa. Al levantarse por la mañana, propóngase pasar un buen día; mas aun: tómelo como un deber y resuelva pasarlo bien no obstante todas las contrariedades que se presenten. Muestre á su marido un rostro sereno; si tiene “esprit”, no deje de dirigirle alguna ingeniosa pero sana broma; si su oído y su voz son mediocres, hágale un pequeño gorjeo. La casa que despierta al sonido de una voz amable y fresca es como el bosque lleno al alba por los trinos y los cantos de las avecillas; se respira un ambiente que infunde la calma y la esperanza á sus mismos habitantes.

Acostúmbrese á madrugar, si no por gusto, por vanidad femenil. Recuerde que acostarse temprano y levantarse á buena hora es uno de los mejores preservativos de la juventud y de la belleza. Sea cuidadosa en el vestir, no importa que demore en confeccionar una toilette nueva de visita, pero en ningún caso economice los bellos y claros trajes de casa. Evite el feísimo hábito de muchas mujeres que dan fin en el uso diario de la casa á los costosos trajes de paseo ya ajados y pasados de moda. La casa debe ser un templo no una tienda de ropavejero. Presentarse ante el marido vestida con un traje vaporoso de colores alegres y de buen gusto, es tributarle un merecido honor. Mantenga á



su marido alejado del tocador: un marido que asiste á la toilette de su esposa es un filósofo ó un imbécil, y usted debe procurar que no sea ni lo uno ni lo otro.

El hombre que ama á una mujer es un acreedor que espera el pago de una deuda. Pero en este caso, al contrario de lo que ocurre en la vida común, el acreedor quiere tanto más al deudor cuanto más rehacio se demuestra éste en pagarle.

No se prodigue nunca... amiga Fryda: procure ser siempre, durante todo el curso de su vida matrimonial, siempre, repito, un deudor... que paga sus cuentas por pequeñas parcialidades y regateando... Y en cambio, acumule nuevas "deudas" por medio de una inteligente y honrada coquetería. Mantenga siempre vivo en su adorable acreedor el interés del pago...

Cuide de su casa. ¡Deje que los neofeministas chillen!... El hogar será siempre la gran pasión de la mujer. No es este un privilegio, un mérito en ella: es un instinto. Una casa alegre y ordenada, íntima y confortable y sobre todo **personal**, es una verdadera delicia para aquel que está obligado, á veces mal de su grado, á vivir en ella.

Si yo fuera marido y si al regresar á mi hogar de vuelta de las agotadoras fatigas materiales y contrariedades de todo orden que salen al paso al hombre en su lucha diaria, "la batalla de los pequeños esfuerzos", y viniendo sediento de reposo, de paz, de frescura, encontrara una casa desordenada, ingrata, vulgar, rompería la cabeza á mi mujer con un buen bastón.

Sea humana y justa con la servidumbre, no la irrite con procedimientos mezquinos, celos, suspicacias injustificadas etc., pero tampoco debe dejarse embrollar por ella. Piense que si todos pueden ser ladrones, los hay honrados. Cualesquiera que sean los fastidios y amarguras que le procuren, guárdese como de la peste de comunicárselos á su



marido. Si es exacto que la mujer es la reina del hogar, debe saber despachar los asuntos de su reino sin necesidad de príncipe consorte.

Las pequeñas y grandes molestias domésticas aburren prodigiosamente al hombre, y la perspectiva de encontrar en casa á una mujer que lo colma de quejas y chillidos, alternando estas pláticas con crónicas de cocina, lo hace lógicamente preferir el restaurant y el club. A estos consejos de orden material debería agregar muchos otros de orden moral. Pero aquí entraríamos á un campo tan vasto y tan complejo que no bastaría un volumen para ello. Por otra parte, la materialidad, á pesar de cuantos pensaren lo contrario, es la base de toda la existencia: hacerla buena, sólida, ordenada, es dar una garantía casi absoluta de la estabilidad de todo el edificio.

Para terminar, transcribo los diez mandamientos de la esposa modelo, dictados por la reina de Rumania, Carmen Sylva. Ellos le demuestran que también las reinas tienen por marido á un hombre co-

mo todos los demás hombres, y que la circunstancia de ser él un rey no modifica en nada la situación respectiva de marido y mujer.

He aquí los mandamientos:

1. No seas la primera en disputar. Pero, si la discusión es inevitable, sé valiente hasta el fin. Si te sonríe el triunfo, ganarás en prestigio á los ojos de tu esposo.

★

2. No olvides que te has casado con un hombre y no con un Dios. No te maravillen, en consecuencia, sus fragilidades.

★

3. No pidas dinero á menudo á tu esposo. Amódate á lo que te da.

★

4. Si descubres que tu esposo tiene poco corazón, no olvides que no por eso carece de estómago. Tratando bien al último puedes desarrollarle el primero.

★

5. De vez en cuando, no muy á menudo, haz de manera que sea tu marido quien pronuncie la última palabra. Esto le producirá á él un placer y no puede molestarte.

★

6. Lee todo el diario, no sólo la crónica social y el material de lectura espeluznante ó escandalosa. Tu marido sentirá un verdadero gusto de poder comentar contigo los asuntos del día y aún hasta de política.

★

7. Aún en la más acalorada de las disputas, no ofendas á tu marido. No olvides que fué tu semi-Dios.

★

8. Procura demostrar á tu marido, de cuando en cuando, que él es el más listo y el más culto y que tú no eres siempre infalible.

★

9. Si tu marido es inteligente, sé su camarada. Si es estúpido, sé su amiga.

★

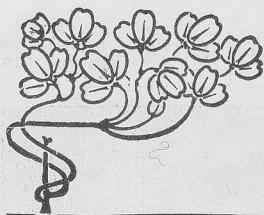
10. Respeta, sobre todo, la madre de tu marido: piensa que la amó antes de amarte á tí.

★

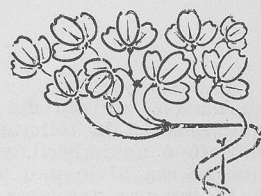
Y ahora reciba, querida Fryda, los sinceros votos de felicidad de su amiga,

DOÑA PABLA





UNA HISTORIA QUE PARECE CUENTO



I

La hoy opulenta ciudad de B... fué no ha mucho tiempo una pobre aldea de pescador. Su privilegiada posición topográfica llamó pronto la atención de muchas casas de comercio extranjeras que establecieron allí sus negocios,



"Al caer la tarde, al toque de la oración, entraba por la escueta puerta del cementerio, solo, cabizbajo, con aire lúgubre y preocupado".

cuya marcha próspera trajo consigo una fuerte inmigración. La pobre aldea se transformó poco a poco hasta tener pujos de ciudad y aún de capital. El Cólera que la azotó el año de 1848 repletó no sólo su vasto cementerio sino la plaza adyacente, lo que obligó a sus industriosos moradores a edificar una nueva necrópolis más extensa y distante que la primera.

La imaginación siempre viva y móvil de los habitantes de los climas cálidos, poderosamente estimulada por la gota de sangre mora que circula en sus venas, fué forjando consejos estrámboticos tocante al primer cementerio, cuyas ruinas solitarias se destacan con imponente majestad en las noches alumbradas por los anémicos rayos de la naciente luna.

Entre las gentes circulaba la especie de que un misterioso personaje había establecido allí su residencia; que pobre y haraposo había hecho de aquel nido de buhos su domicilio; que muy rara vez se le veía, á no ser uno que otro Sábado en que salía á menfigar por las calles comerciales de la ciudad; y que al caer la tarde, al toque de oración, entraba por la escueta puerta del cementerio, solo, cabizbajo, con aire lúgubre y preocupado.

Sin saberse cómo ni cuándo principiaron á circular extraños rumores acerca del huésped del *camposanto viejo*, como llamaban los sencillos habitantes de B... al vetusto edificio. No faltó comadre del barrio que asegurase haber visto la demacración y densa palidez de las facciones de aquel hombre cuando por casualidad miraba la cruz que corona la torre de la iglesia parroquial; las viejas mejor informadas aseguraban, con voz trémula y santiguándose repetida y piadosamente, que al contacto del desconocido morían las flores, se secaban las yerbas y aún los charcos de repugnante lodo que adornan las calles de la graciosa capital. Más de un chico vagabundo, entreterido en volar cometas por la plaza del arruinado edificio, juraba haber visto "con sus ojos que se habían de comer la tierra", hervir la saliva del medroso pordiosero y despedir un fuerte olor de azúfre. Los más aprovechados estudiantes del Instituto Ragonessi no ponían en duda que la espina dorsal de aquel hombre se prolongaba á manera de rabo, de donde deducían, de acuerdo con Darwin, que el tal personaje era un caso de atavismo que confirmaba el origen simiesco de la humanidad. En una palabra, se echaba de ver claramente que el misterioso sujeto que habitaba el camposanto viejo, si no era el Diabolo, por lo menos tenía con él lazos muy estrechos de parentesco.

II

Era una de esas noches ardientes y serenas tan comunes en las tierras cálidas. Ligeras

ráfagas sacudían suavemente la enhiesta copa de las palmeras, trayendo, junto con el aroma de los limoneros y resedás, el ruido casi imperceptible que como sollozo lejano parece desprenderse de la naturaleza toda, envuelta en el obscuro manto de las sombras. Noche de meditación en que la vista, extasiada en la contemplación del firmamento, ve rodar la infinitud de los mundos sembrados en el palio inmenso de los cielos. Las estrellas errantes, fragmentos desprendidos del despazado centro de los dioses, traen á la memoria las mil maravillosas narraciones con que cierran las ayas los párpados infantiles. Noche augusta y solemne en que la imaginación evoca lo pasado, analiza lo presente y trata de sondear lo porvenir; y en que los remordimientos, con acento apocalíptico, hablan al espíritu sin que el rugido de las pasiones logre apagar su voz. Los últimos armoniosos cantos del pardo cucarachero son reemplazados por el ruido estridente de los grillos, que hacen dúo á las escuálidas ranas, y las luciérnagas siembran la luz entre las sombras como la conciencia en las tinieblas del alma.

En tal noche y por tan horrible sitio vagaba el extraño personaje; y al pasearse, hollando el espeso polvo de los derruidos sepulcros, más parecía una creación dantesca que un sér humano y vivo. Su paso fué haciéndose más rápido como si le agitase algún mortificante pensamiento; su cuerpo encorvado se irguió; sacudió la espesa y sucia melena dejando al descubierto una cara hipocrática y sombría; sus ojos se animaron hasta al punto de despedir siniestros resplandores; y, extendiendo la crispada y huesosa mano sobre las cuencas vacías de los sepulcros, dijo: "¡Muertos que soportais el polvo pesado de la tumba y del olvido, ¡levantaos! ¡Volved á la vida y continuad desempeñando el papel que en esa comedia os corresponde! ¡Que vuestros destruidos corazones latan de nuevo al compás de idénticas pasiones y deseos; y si de la copa del placer no lograis apurar las heces; si la amistad, la gratitud y la creencia en la realidad del derecho hacen aún su nido en vuestra alma, vivid para siempre! ¡Pero si del goce de los placeres sacais la ponzoña del hastío que mata el espíritu y las enfermedades que consumen el cuerpo; si os convenceis de que el amor, la amistad, la gratitud y el derecho son un mito ó espejismo engañador; si la fe en la sinceridad de los hombres huye para siempre de vuestros corazones, entonces volved á ocupar vuestro sitio en este lugar y aguardad que se despeje la grande incógnita de la muerte!"

No bien se hubo extinguido en el aire la última vibración de aquel conjuro irónico y satánico, cuando un fenómeno jamás visto se produjo; de las sombrías cuencas de los vacíos sepulcros comenzó á desprenderse un vapor denso y luminoso; llamas fosfóricas surcaron el suelo en todas direcciones; las gastadas losas principiaron á moverse y á agrietarse, asomando por entre las rendijas las descarnadas manos de sucios esqueletos. Quien de ellos buscaba una costilla que le hacía falta; quien un ojo procurando arrebatárselo al vecino; uno se limpiaba con el índice los pertinaces gusanos que aún pululaban en las vacías órbitas; otro buscaba ansioso los dientes y la lengua ausentes de la descarnada boca; éste revolvía los apartados rincones del cementerio á caza de una mandíbula no cariada como la que llevó en vida; aquél una tibia ó un fémur perdidos en un campo de batalla. Conflictos terribles surgieron entre esqueletos, probablemente femeninos, al disputarse una columna vertebral, elegante y esbelta, muy distinta de la que deformaron en vida por el abuso del corsé. Aquel lugar de reposo convirtiéndose, gracias á la vanidad, en campo de Agramante en donde las blancas calaveras sirvieron de temibles proyectiles y los propios húmeros de garrotes ó mazas que fracturaron más de una costilla. El aire, perfumado por el aroma de los limoneros resedás, se tornó infecto con el aliento nauseabundo de bocas manchadas por la adulación y la mentira; y el hedor y los miasmas exhalados por las conciencias venales y corrompidas hicieron pesada é irrespirable aquella atmósfera.

En medio de tanta confusión y algarabía se

escuchó de nuevo la vibrante voz del fatídico personaje: "Cúbranse, dijo, con carne vuestros huesos; vuelva el ausente cerebro á los vacíos cráneos; tornen á vibrar los hilos nerviosos, vectores de las sensaciones; envuelvan las redes arteriales y venosas vuestros cuerpos, repartiendo el calor y la vida; pensad, amad, ambicionad y avorreced de nuevo; volved, en fin, á ese anhelado mundo y encontradle como cada uno de vosotros le dejó al exhalar el último suspiro".

Cual torrente desbordado, aquella columna humana, en donde se veían confundidos el caballero con el rufián, la meretriz con la señora y el rico con el pobre, se precipitó como una sola masa contra la única puerta de salida del cementerio, queriendo cada uno y todos ganarla al mismo tiempo. En la fiebre de la vida, era de verse aquel espectáculo en que unos caían, rodaban por el suelo, sirviendo de escalabel á otros más fuertes ó más audaces. El crugir de los huesos caídos, triturados por los pies de la multitud anónima, hacía dúo con las maldiciones y blasfemias de los arrollados por aquel oleaje humano. A puñadas, á mordiscos, á arañazos se disputaban aquellas gentes, enloquecidas por la sed del mundo, la estrecha puerta. Al fin lograron salir todos, no sin que muchos sacaran de la primera refriega de la vida, destrozado el vestido, laceradas las carnes y ensangrentadas las manos.

A medida que se aproximaban á la parte central de la ciudad, iban tomando las modas, el aspecto, los modales y defectos que tuvieron, según el medio en que cada uno nació ó se educó. Luego se desparramaron en todas direcciones obedeciendo á sus pasiones, vicios, aspiraciones y virtudes.

El político militante que pasó la parte útil de su vida en la prensa y en la tribuna diciendo, desdiciéndose y contradiciéndose para alcanzar el puesto, blanco supremo de su mal disimulada y vesánica ambición, encontró éste



"De las sombrías cuencas de los vacíos sepulcros comenzó á desprenderse un vapor denso y luminoso; llamas fosfóricas surcaron el suelo en todas direcciones; las gastadas losas principiaron á moverse y á agrietarse, asomando por entre las rendijas las descarnadas manos de sucios esqueletos".

ocupado por quien, en su concepto, valía menos que él.

El pétimetre que, chorreando afeites y cosméticos, cantaba endechas decandentes al pie de la ventana de su amada, y recogía embelesado sus palabras rebosantes de pasión y de ternura, encontró, reemplazándolo, á otro Adonis á quien la hermosa le decía: "Tú eres mi

primero y único amor; á nadie he amado sino á tí y seguiré amándote hasta la tumba".

La amante esposa que murió con el alma lacerada, al contemplar el dolor terrible que se reflejaba en la llorosa fisonomía del adorado esposo, encontró el tálamo ocupado por la segunda consorte á quien el desconsolado viudo regalaba con las mismas tiernas frases que gastaba con la primera.

El repúblico, que trabajó asiduamente por el engrandecimiento de su patria y se sacrificó por ella, vió su obra motejada y tachado de quijotesco su patriotismo por quienes no tenían otros ideales que el culto incondicional de Mammon.

Poetas, literatos, publicistas, que con líricas élicas vibraciones ó áurea pluma exteriorizaron la belleza de sus variadas formas, vieron criticadas sus obras por Aristarcos noveles; olvidados y reemplazados sus nombres por los del montón anónimo de poetastros y escritorzuelos, audaces como la ignorancia y abundantes como la necesidad. Los campos de la literatura patria, antes florecientes, encontraron desolados por los decadentes, bárbaros modernos que, con sus corceles "cubiertos por el aplauso" y sus lanzas de "versos de mármol", acabarán, si Dios no lo remedia, por no dejar piedra sobre piedra de la hermosa lengua de Garcilazo y de Cervantes.

El que soñó con la verdad dedicó su vida al estudio, en servicio de su patria y de sus semejantes, se encontró supeditado y vilipendiado por charlatanes que traficaban con la ignorancia y candidez del pueblo.

Industriales, ingenieros, empresarios, en fin, que enriquecieron el país con industrias, empresas ó obras útiles, hallaron sus nombres olvidados, y en vez de ellos los de otros que labraron su fortuna usufructuando los progresos iniciados ó realizados por los primeros.

El avaro que ocultaba su tesoro hasta del aire para gozar á solas con la extática contemplación del codiciado metal, vió, trémulas y desencajadas las facciones, cómo sus alegres herederos, después de brindar sarcásticamente por el muerto, derrochaban en coches, paseos

y orgías aquel caudal reunido con parsimonia y á costa de privaciones indecibles.

El que confiando en la gratitud y la amistad puso todo su haber en manos de un tutor para que con él atendiese á la educación de sus tiernos hijos, encontró al leal y agradecido ami-



"...y encontró, al pie de la respectiva boleta del muerto, la siguiente observación: ¡Era ciego, viejo, cojo y... estaba loco!"

go en posesión tranquila y perenne de la herencia y los pequeñuelos huérfanos reducidos á la mendicidad.

En suma: ingratitud, traición, mentira, deslealtad, adulación, bajeza, he ahí el acervo moral que sirvió de pasto á las almas ilusas de aquel pobre rebaño humano.

III

Las sombras de la noche luchaban todavía reciamente con las primeras luces del alba,

dando al firmamento ese tinte rosa-pálido, precursor del luciente Febo, cuando todos los muertos regresaban ya de la ciudad para volver al camposanto. Unos marchaban á pasos precipitados, como huyendo de sí mismos, demudado el rostro, dejando ver claramente el despocho y la rabia del corazón; y otros á paso lento, pensativos, cabizbajos, sellada la abatida frente con esa tristeza y melancolía que producen los grandes desengaños. ¡Todos entraron al cementerio á ocupar otra vez su puesto en él! Los rabiosos y despechados tiraron sobre sí, con estrépito, la fría losa de la tumba; los pesados y decaídos ni siquiera buscaron su fosa: se tendieron sobre la verde yerba, importándoles poco que el sol lanzara sus ardientes rayos sobre los mondados huesos.

Entonces aquel horrible andriago, mitad hombre y mitad demonio, tendió sobre aquel campo de dolores vivos y esperanzas muertas una mirada de satisfacción y de triunfo, y sonriendo fría é irónicamente dijo: "Estaba seguro de que volveríais. ¡Descansad en paz!" Ya se retiraba del cementerio cuando notó que una bóveda estaba desocupada. "Me falta uno", dijo. Lleno de curiosidad por saber quién era el que prefería la realidad de la vida al descanso de la muerte, corrió á la Alcaldía Provincial, y en el cuidadoso registro que allí se lleva de todas las defunciones, encontró, al pie de la respectiva boleta del muerto, la siguiente observación: "¡Era ciego, viejo, cojo y... estaba loco!"

EPILOGO

La anterior historia la hallé revolviendo papeles viejos en mi empolvada biblioteca. Al pie de la desaparecida firma del autor, advertí un *post scriptum* en caracteres casi ilegibles por el tiempo. A fuerza de paciencia pude ver que decía: "Todo lo anterior es un sueño de mi calenturienta imaginación. Existen, revueltos en el mundo, el vicio, y la virtud; y, como en todo hermoso cuadro, hay mezcla y armonía admirables de luces y de sombras. Vale..."

DR. QUEZADA ROMERO

RUIDO

Será, si ustedes quieren, una ilusión mía, pero yo creo que los hombres no buscan las lecciones de la experiencia sino en aquellos actos importantes que juzgan pueden interesar á su fortuna ó á su gloria: para ellos nada significan los mil ejemplos que constantemente surgen á su alrededor, producidos muchísimas veces por los acontecimientos más sencillos.

Empeñado el hombre en el difícil sendero de la vida, no se esfuerza en conocer ó buscar la buena dirección por medio de los pequeños obstáculos que estorban su marcha; se necesita para llamarle la atención montañas escabrosas ó corpulentos árboles. Pero los árboles y las montañas sólo se presentan de largo en largo trecho, mientras los obstáculos menores los encuentra uno á cada paso: la cuestión está en verlos y apreciarlos debidamente.

Estas reflexiones ocurríanse hace unos días al oír el tambor de un niño y la pandereta de otro.

Quizás crean ustedes, y hasta cierto punto con razón, que la causa no estaba á la altura del efecto; pero voy á convencerlos de lo contrario.

Los dos niños son hijos de un apreciable amigo mío.

Halléles la víspera de la Nochebuena parada parados frente al escaparate de un bazar de juguetes; hijos los ojos, los brazos caídos y suspensos de admiración. Les hice entrar en la tienda y elegir los juguetes más de su gusto; así sucedió: después de un breve rato de incertidumbre, el de más edad eligió una pandereta y el más pequeño un tambor.

No me lo perdonaré nunca.

Desde aquel aciago día los tengo continua-

mente al lado de mis ventanas, ensayando sus ruidosos instrumentos; y no bastando, sin duda, para expiación de mi delito, han hecho propaganda enseñándolos á todos los demás chicos del barrio.

Antes de levantarme tocan una diana que durará por término medio sus dos horas; me siento á leer, y me acompañan con una llamada infernal; quiero meditar un rato, y me aturden con sus gritos y redobles; tengo precisión de escribir... y nada, no me dejan. Desde aquella hora fatal no hay para mí ni un solo instante de reposo. Toda la vecindad está desesperada, enfurecida, y yo que estoy mil veces más desesperado que todos, ni aún me atrevo á unir mi voz á su coro de quejas; ¿por qué? ¿con qué derecho me atreveré á hacerlo, yo que soy la causa primitiva del mal, el que dió á conocer á los niños de mi amigo las excelencias del tambor y la pandereta?

Y ahora bien. ¿No podríamos contar en el mundo diariamente millares de hombres que hacen lo mismo que yo, y se preparan y arreglan ellos mismos lo que han de maldecir después?

Los que suministran constantemente á sus enemigos medios de acusación que hacen resonar en todas partes contra su nombre.

Los que arrancan á los tímidos de su natural reposo para lanzarlos al tumulto de la acción.

Los que, siendo escritores, distribuyen con la misma justicia la mentida lisonja ó la infundada censura.

Los que se burlan del que creen débil, sin otra razón que suponerse más fuertes que él.

Los que explotan la miseria, sin reflexionar que ellos á su vez son los miserables.

¿No hacen todo esto con los hombres preci-

samente lo que yo hice con los niños de mi amigo?

¿No los darán tambores y panderetas?...

Su ruido atronador les perseguirá por mucho tiempo y en todas partes. ¡Y muy felices serán, de seguro, si este ruido sólo les causa una molestia y no un remordimiento!

Oigo á mis vecinitos que lloran: hace dos días que sus padres les exigieron algunas horas de silencio; pero los niños rebeldes á todas las súplicas y amonestaciones, han continuado en su perpetuo ruido hasta el punto de que su padre, desesperado, les acaba de romper el tambor y la pandereta.

¡Cuán elocuente deberá ser para nosotros esta lección!

¡Nosotros que abusamos constantemente del prestigio ó de la fama de nuestro nombre, y nos dejamos llevar en brazos de la casualidad, de la que somos tan pocas veces dueños y, tan repetidas, juguetes!

Cánsase, como es natural, la constancia del destino, lo mismo que se ha cansado el padre de los niños; y cuando el rumor de nuestra prosperidad ha importunado á todo el mundo, amigos ó indiferentes, entonces el encanto se rompe, apágase el ruido, y ¿qué es lo que queda? Sólo la facultad de llorar el tesoro perdido y que creíamos eterno.

¡Consolaos, pobres niños de mi amigo! Lo que echais de menos, lo que tanto os inquieta, se reemplazará en breve; pero entonces las pruebas serán más graves y aprenderéis á vuestra costa que todo el que mete demasiado ruido, lo mismo grande que pequeño, podrá, durante un plazo más ó menos largo, incomodar á la humanidad, pero será hasta que le hayan roto el tambor... ó la pandereta.

CARLOS DE OLAVARRIA



Dibujo de Harrison Fischer

LA BELLA LECTORA

Emparedada



Viva



por G. LENOTRE

Acerca de los viejos castillos de ruinosas murallas, con piedras que se desploman y por los cuales han pasado los siglos, flota una atmósfera de misterio y de sombrías aventuras. ¿Y cómo separar de esas tradiciones que se legan de padres a hijos, los hechos reales de los que crea con vivas imágenes la fantasía popular?

Historia ó leyenda, recuerdo ó invención, poco importa, pero la característica de este artículo es el raro sabor que se percibe, y en el cual Mr. M. G. Lenotre ha vaciado con talento esa maravillosa adivinación de las cosas de otra época.

Como hubiésemos notado que estaba nevando mientras el viento entonaba su quejumbrosa canción en las puertas entreabiertas, avivamos el fuego y seguimos conversando.

Estábamos en uno de esos castillos sin estilo determinado que existen en el Norte de la Francia, negros como usinas, amplios como cuarteles.

Habíamos cazado durante todo el día y después de la comida, servida delante del hogar donde ardía un buen fuego, gozábamos, en medio del humo de los cigarrillos y de las pipas de ese dulce reposo que sucede siempre á las grandes caminatas. La casa en que íbamos á pernoctar contaba con dos siglos de existencia y estaba, por consiguiente, algo derruida y avejentada. Y á propósito de esas viejas construcciones, la conversación de esa noche rodó sobre los extraños recuerdos que encierran entre sus gruesas paredes. Se había hablado de cuartos encantados, de blancas apariciones, de golpes que se oyen en los muros en las altas horas de la noche, de puertas que se abren solas, de la luz astral, etc.

Cada uno, por turno, contó la suya y á cada nueva narración seguía, como es natural, una multitud de reflexiones sobre la posibilidad ó inverosimilitud de esos antecimientos. Sea que tuviésemos el alma endurecida ó que, como cazadores, fuésemos todos escépticos, el caso es que todos esos cuentos locos no habían producido emoción, é íbamos ya á pararnos de la mesa cuando uno de nosotros, sacudiendo su pipa en uno de los amorillos del hogar, dijo:

- Sé una historia, pero es terrible.
- Cuéntela usted, le dijimos todos á una voz.
- Por desgracia es larga y les dará miedo.
- Tanto mejor, empiece usted.
- Creo que les quitará el sueño.
- ¡Bah! no lo tema.

—Y sobre todo no es á propósito hablar de una historia de aparecidos.

—¿Y por quién la sabe usted?

—Es uno de mis más viejos recuerdos.

La biblioteca del colegio en que pasé ocho años de mi vida, no encerraba entre sus colecciones de "Cartas piadosas" y de "Viajes" de Mr. de la Harpe, sino un solo libro entretenido. Durante mis años de estudio vino á mis manos una docena de veces y lo volvía á leer siempre con una angustia nueva. Desde entonces no me he vuelto á encontrar con esa obra, ni tampoco la he buscado temiendo aumentar una emoción que aún conservo demasiado viva.

Era un viejo volumen de la época de la Restauración y creo que tenía por título "El último de los Rabansteins". Su autor, cuyo nombre nuestras imaginaciones juveniles hacían primar sobre Virgilio y Hugo, era un tal Mazas y según supe después fué el maestro del duque de Bordeaux.

He olvidado hasta de lo que trataba ese admirable libro y sólo me acuerdo de un episodio que se encuentra repartido en el curso

de la narración. Ignoro igualmente si es ó no auténtica esa historia; pero como Mazas ha mezclado en su relato el nombre de varias familias nobles que actualmente existen, de ahí el motivo que tengo para creer que hay en esa obra algo de verdad, y que más que todo, sea una tradición local.

Una visita á la mansión del barón de Adrets. —A mediados del siglo XVIII y por los años 1745 ó 1750, el joven vizconde de Rabansteins, á la sazón de veinte años de edad, recorriendo como turista el Delfinado, visitó una tarde de verano en compañía de varios jóvenes de su edad el viejo castillo de Montségur, situado en los alrededores de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Era una vieja mansión, medio arruinada y que desde hacía unos treinta años estaba sin habitar. Había sido el retiro del barón de Adrets, hugonote famoso por su bravura y cuyas astucias y crueldad eran leyendarias.

Siempre en guerra con sus vecinos, durante varios años, en tiempo de Enrique IV, aterrorizó la comarca y cuentan que tenía el don singular de desaparecer como por encanto cuando sus enemigos lo seguían de cerca.

Los campesinos decían santiguándose que había hecho pacto con el diablo y que él le había procurado para sus últimos días un retiro impenetrable y que nadie ha descubierto todavía. En cambio, su Montségur era poco frecuentado y las gentes decían que en los días de tempestad al tableteo del trueno contestaban desgarradores alaridos que parecían salir de los subterráneos del castillo. Con estas narraciones, de todos los habitantes de la comarca, ninguno se habría atrevido á aventurarse en ese dédalo de construcciones, de patios, de escaleras, de galerías y de salas que forman en conjunto toda esa vasta construcción.

Un guardián, que vive con su mujer en un pabellón aislado, muestra á los visitantes la propiedad y les cuenta sus tradiciones.

El día en que el vizconde se presentó con sus compañeros en Montségur, la atmósfera era pesada y el calor del sol aplastador.

El guardián condujo á los jóvenes á la entrada del castillo contándoles algunos rasgos de la vida del barón de Adrets, pero esta narración poco ó nada les interesó. Dieron la vuelta por los baluartes que, contruidos en la roca viva, se desplomaron ahora sobre la torrentera.

Una vez que hubo llegado con visitantes á una especie de plazoleta cubierta de pasto, en forma de un plano inclinado, el guardián se detuvo delante de una cruz de piedra y descubriéndose señaló con un aire solemne una inscripción grabada en el zócalo:

Lucía de Pracontal

24 de Junio de 1715

Y después les contó la terrible historia que sigue:

TRÁGICA HISTORIA DE LUCÍA DE PRACONTAL

En los últimos años del reinado de Luis XIV, el castillo de Montségur estaba habitado por la noble familia de Pracontal. Esta se componía: del marqués, un gran señor que casi siempre estaba en la Corte ó ocupado en la guerra; la marquesa, piadosa y caritativa dama, que era adorada por los pobres; y Lucía, una niña sencilla y encantadora á quien todos alababan por su gracia, su inteligencia y su bondad.

En la primavera de 1715 Lucía fué pedida en

matrimonio por un gentil-hombre del Delfinado: el vizconde de Quinsonas.

Como los dos se amaban y esa unión convenía á ambas familias, se anunció el matrimonio para una fecha próxima, el 25 de Junio.

Ese día hubo gran fiesta en Montségur.

Después de la misa que se celebró en la capilla del castillo, los invitados se sentaron á la mesa presididos por los recién casados. Radiante de hermosura y alegría bajo la aureola de gloria de su cabellos rubios, la nueva vizcondesa de Quinsonas, llevaba ese día un vestido de seda azul claro para realzar la esbeltez de su talle y belleza de su rostro. La marquesa de Pracontal la adornó, siguiendo una antigua costumbre de familia, con varias alhajas de sus antepasados: agujetas con diamantes y un collar con una doble hilera de perlas de gran tamaño y que tenían más de cinco siglos de antigüedad.

Desde hacía mucho tiempo, en la mansión de los Adrets nunca se había reunido tanta gente, nunca había reinado tanta alegría y felicidad.

Un accidente singular vino á turbar un momento la animación del banquete: Lucía que estaba empeñada en partir un hueso de durazno á fin de compartir con su marido la almendra rompió el frágil anillo de oro que apenas hacía una hora llevaba en su dedo.

—¡Oh! dijo ella. ¿No será este un signo de desgracia?

Con risas y con bromas trataron de disuadirla á que siguiera creyendo en esa vergonzosa superstición, y como el banquete hubiese terminado y los invitados organizaron algunas diversiones ese incidente quedó olvidado al instante. La animación reinaba en la concurrencia. Como un pasatiempo y á fin de esperar que pasase el calor para organizar las dansas, uno de los concurrentes propuso jugar á las escondidas. La amplitud y la complicación de los departamentos se prestaban admirablemente para ese pasatiempo, y al cual no faltarían, sin duda, algunas sorpresas y admirables emboscadas.

Después de una hora de trajines por los corredores, de gritos de alegría, de llamadas, de risas y de cazas al través de las escaleras, se tocó llamada á todos los jugadores.

Lucía fué la única que faltó. Conocía mejor que todos las disposiciones del castillo y bien escondida, no habría tal vez oído la llamada del término del juego.

Llamaron... y nadie respondió.

Los jugadores más y más intriguados volvieron con más ardor á buscar y rebuscar, abriendo todas las puertas y... nada. Lucía no apareció.

Mr. de Quinsonas, nervioso é inquieto ya, se puso á buscar llamando á su mujer, Lucía... Lucía... pero Lucía no respondió.

Todos los invitados y los servidores del castillo, impuestos de esta extraña desaparición, se dedicaron á buscar á la joven desposada. Visitaron los más ocultos rincones de los graneros, las caballerizas, los grandes depósitos de avena, los subterráneos, etc. Exploraron el castillo entero, las granjas, los baluartes; visitaron los techos, los nichos, sondearon los muros y... ¡Nadie! Mr. de Pracontal, llorando, reclamaba su hija á los asistentes.

Se suspendieron las dansas de los aldeanos y los campesinos visitaban los fosos que rodean la vieja mansión, escudriñaban el arroyo torrentoso que pasaba al pie del castillo y llegaron en sus exploraciones hasta las mismas casas de los pastores vecinos.

No se descubrió ni un rastro de Lucía.

Vino la noche, por fin, y la fiesta iniciada con tanta alegría terminó llena de consterna-

ción. Fué preciso interrumpir esa pesquisa para continuarla al día siguiente desde el amanecer; pero con igual resultado.

Mme. de Pracontal creía firmemente que Lucía había salido del castillo y que, resbalando por la pendiente de la esplanada cubierta de pasto, había caído al torrente. Siguiéron también esta nueva pista y tampoco se encontró nada.

¿Alguna bestia salvaje habría devorado su cadáver? Esta suposición era tanto más inverosímil cuando que en ninguna parte se encontraron rastros de su caída, ni ningún girón de sus

banda, conmovida de la desesperación de la marquesa, ofreció á la noble dama el concurso de su arte mágico; acto continuo arregló sus cartas é hizo cálculos misteriosos, y predijo que: *La castellana volvería á ver á su hija.*

Pasaron los días, las semanas y los meses sin que se encontraran los menores rastros de Lucía. Mme. de Pracontal, siempre en su idea de la caída á la torrentera, hizo levantar al borde del arroyo la cruz de piedra que lleva el nombre de su hija con la fecha de su desaparición. No es en realidad una tumba, porque el monumento no guarda ningún despojo; no es tam-

Perseguido por la imagen misteriosa.—Tal fué la narración del guardián.

La alegre banda de visitantes prestó más interés á esta última narración que á los recuerdos del barón de Adrets, pero como no estaban en la edad y disposición de ánimo para conmoverse profundamente, se limitaron á dar una ligera mirada á la cruz y al torrente donde se suponía que hubiera caído Lucía y se retiraron de allí á la aproximación de la hora del almuerzo. La mujer y los hijos del guardián arreglaron la mesa en el pórtico deruido y se dió principio al almuerzo en medio de la alegría consiguiente.

Solamente el vizconde de Rabansteins parecía menos animado que sus compañeros. La trágica historia de Lucía de Pracontal lo había impresionado profundamente. La imagen de esa hermosa niña de cabellos de oro vestida de azul se agitaba en su cerebro y, á pesar de haber oído por primera vez su nombre, le parecía que un vínculo misterioso lo ligaba á ese fantasma á tal extremo que parecía dominado por completo por la impresión; impresión más extraña y aún más inexplicable por cuanto era, por temperamento, poco dado á las ideas melancólicas. Contribuía aún á aumentar estas ideas y esta insólita disposición del espíritu del joven, el lejano rugir de la tempestad, la obscuridad de los cielos cargados de espesas nubes de color de estaño y el balanceo majestuoso de los árboles que inclinaban sus altas copas al paso del huracán.

El pick-nic siguió alegremente; pero Rabansteins se mezcló poco en la animación general de sus compañeros.

Un enorme gato negro, sin duda el del guardián, atraído por el olor de la comida, vino hasta la mesa y, poco á poco, rozando las piernas de los invitados, concluyó por subirse á las rodillas de Rabansteins. Allí acurrucado, formando casi un ovillo, runrruneando por momentos, miraba al vizconde con esos ojos medio cerrados de color de ámbar, acariciadores y atrayentes como un enigma.

Un poco fatigado del bullicio de sus compañeros y deseoso de moverse y recorrer los baluartes, Rabansteins se levantó primero que todos de la mesa. Instintivamente se aproximó á la esplanada donde estaba la cruz conmemorativa releiendo su inscripción: Lucía de Pracontal. 25 de Junio de 1715.

¿Por qué ese nombre lo turbaba hasta el extremo de hacerlo perder el apetito? ¿Por qué esa preocupación constante de averiguar algo que otros con treinta años de anterioridad no pudieron conseguir? Movido por este mismo deseo, por este mismo anhelo, poco á poco se aproximó al borde del torrente y, asido de las ramas de los árboles, se inclinó sobre la sima tratando de descubrir algún vestigio porque le parecía que la muerta estaba allí; que la habían buscado mal y que á pesar de esos treinta años iba á encontrar en el fondo del hoyo cenagoso algún rizo de sus cabellos rubios, algún girón de su vestido azul...

Las ráfagas de la lluvia lo sacaron de ese lugar siniestro y fué á reunirse con sus compañeros que, muy animados, miraban caer el chaparrón.

La lluvia les había interrumpido la partida, pero ellos alegremente trataban de pasarlo lo mejor posible.

Preguntaron á Rabansteins de dónde venía y éste, tratando de ocultar la impresión que le causara ese extraño relato, les dijo que venía de la esplanada, y entonces ellos recordaron entre risas los incidentes del anillo roto, y del juego á las escondidas de la narración. Y como la lluvia continuase invitiéndoles ponerse en camino, uno de ellos propuso jugar al escondite en el inmenso castillo cuyas salas estaban desiertas y por lo tanto se prestaban admirablemente para divertirse á su gusto.

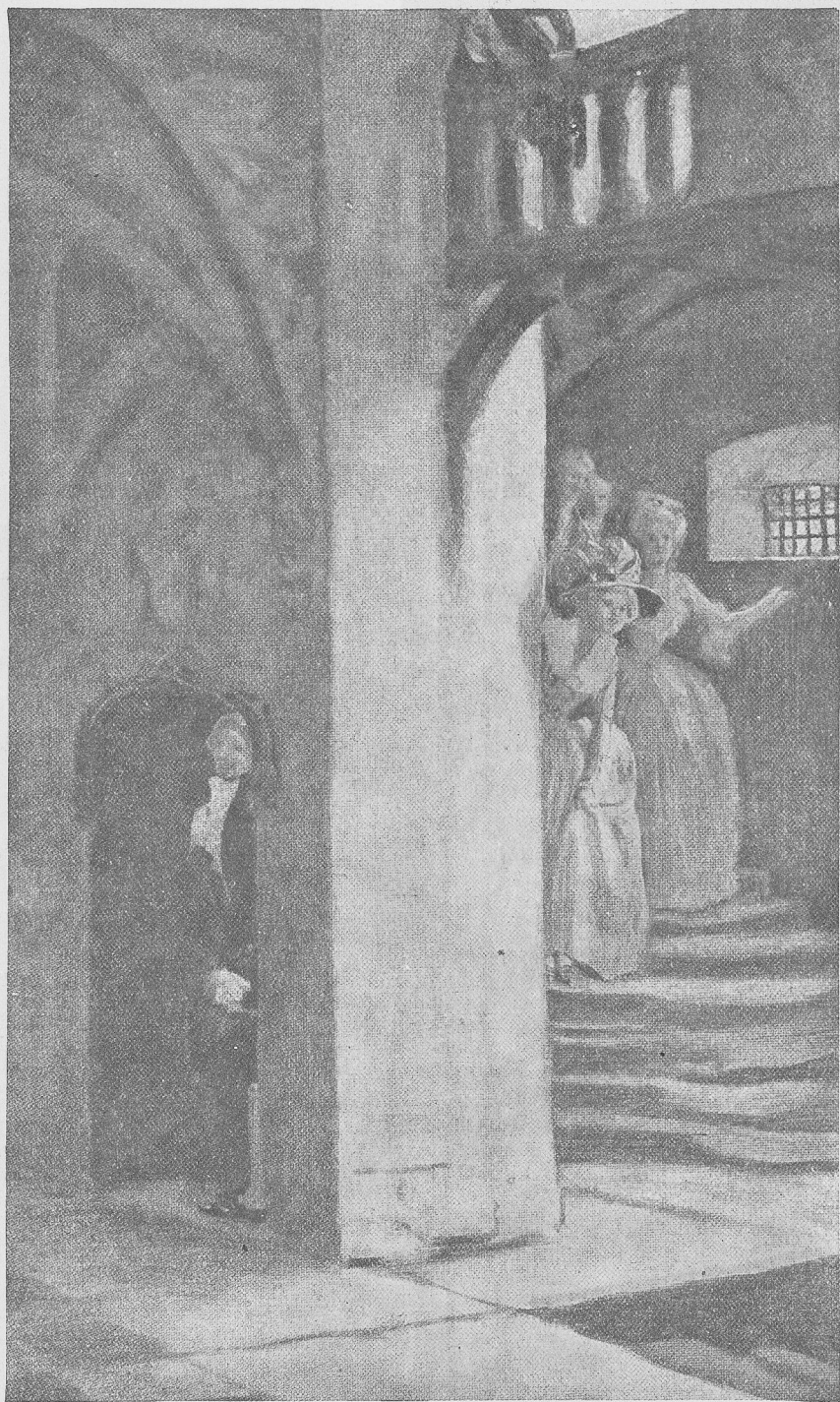
El escondite inesperado.—Todos á una voz aplaudieron esta idea é inmediatamente se organizó la partida.

Los asistentes se dividieron en dos bandos: unos se esconderían y otros irían á buscarlos. A Rabansteins le tocó esconderse.

Habiendo recobrado su alegría y deseoso de partir á la descubierta por entre ese dédalo de pisos, se lanza á través de dos ó tres salas desamobladas y polvorosas, pasa á lo largo de una galería, abre una puerta, baja una escalera de caracol y se introduce en una sala baja que da á un corredor oscuro...

Pero ya escucha detrás de él, resonando sobre el parquet, los sonoros pasos de uno de sus perseguidores. Disimulándose entre las sombras, se esconde detrás de una de las puertas, tapándose con uno de los batientes y se queda inmóvil, conteniendo la respiración.

El perseguidor se aproxima lentamente, á



vestidos, ni una yerba arrancada, ni rastros de sangre.

Se supo que el mismo día del matrimonio una banda de gitanos acampó en los alrededores del castillo y desapareció durante la fiesta. ¿No serían ellos los que, por apropiarse de las joyas de Lucía, se habían llevado á la joven enrolándola en su banda? Inmediatamente fueron hasta Saint-Paul-Trois-Châteaux donde los encontraron é hicieron volver á Montségur, pero ni los más minuciosos registros que los hicieron lograron establecer la culpabilidad de los gitanos. La casualidad, en su eterno errabundaje, los llevó hasta allí.

Una nigromántica que formaba parte de la

poco un cenotafio, porque no lleva la palabra *fallecida*.

Ese laconismo de la inscripción significa que, á despecho de la dolorosa realidad, la marquesa no se resignaba y que la predicción de la nigromántica subsistía como un destello de esperanza en el fondo de su atribulado corazón.

Después de esta catástrofe, los Pracontal habían dejado á Montségur y el castillo abandonado á la vigilancia del guardián, se desplomaba poco á poco al peso de los años. Desde hace treinta años la marquesa no ha vuelto á esa mansión y vive retirada en Valencia, dedicada exclusivamente á hacer obras piadosas y de caridad.

tientas, porque el pasillo es oscuro. Algunos pasos más y se va á encontrar con Rabansteins. Este se hace lo más delgado que puede, se apoya en la muralla, casi inscrustandose en ella; pero, de pronto siente que el tabique cede á su peso.

Una puerta que no había notado antes se abre sin ruido detrás de él dando acceso á un escondite admirable y se introduce en él. La puerta vuelve á cerrarse y tan á tiempo, que Rabansteins siente casi el ruido que hace, contra el delgado tabique que lo separa, el roce de las manos de su perseguidor.

El cazador palpa, inquiere, se aleja y sus pasos se pierden pronto en la distancia.

La pieza en que se encontraba Rabansteins era obscurísima.

¿Era un armario ó una cueva?

No habría podido decirlo, porque ninguna juntura dejaba filtrar el menor rayo de luz.

Seguro, por de pronto, de haber escapado á las pesquisas de su camarada, juzgó inútil permanecer por más tiempo en ese paraje tenebroso...

Pero sus manos no encontraron la cerradura y por más que recorrió el tabique en todos sentidos no descubrió siquiera la menor aspereza.

Con los brazos abiertos palpa, inquiere, busca... pero nada. y de lo único que se impone es que se encuentra en un gabinete de cinco pasos por lado completamente recubierto de planchas lisas. Su preocupación es salir de allí cuanto antes, porque en ese reducido espacio se ha viciado el aire de tal modo que su respiración se hace dificultosa.

¿Qué hacer? ¿Llamar? ¿Golpear la ensambladura?

Sería exponerse inútilmente á las bromas y cuchufletas de sus compañeros y á perder así la partida que tan fácilmente había ganado. Pero es inadmisibles que un gabinete en que se entra sin querer no tenga una puerta por donde salir.

Y nuevamente Rabansteins palpa las paredes de su prisión, metódicamente esta vez, sin dejar una parte sin explorar.

Recorriendo la muralla opuesta á la por la que había entrado, sus dedos encontraron una especie de cavidad harto parecida por su tamaño á un dedal de coser. Introduce su índice, lo apoya en ese hueco y al instante siente el ruido de un contrapeso que cae en la muralla: la puerta se entreabre, Rabansteins la empuja, la puerta se abre completamente, pero no da á un corredor, como él creía, sino que á un cuarto bajo al cual se llega por una escalera de piedra.

Desde lo alto de esa gradería, sujetando la puerta con una mano, inclinándose primero examina la sala: un ventanillo resguardado por gruesos barrotes de fierro, colocado á la altura del cielo raso, da entrada á una especie de penumbra gris que ilumina la alcoba; una armadura empañada; como muebles, una mesa larga, dos sillones de cuero con respaldos inclinados y todas estas cosas recubiertas con un velo de polvo, parecen tener un tinte uniformemente muerto.

Se nota un olor nauseabundo.

Una mujer duerme allí.—Desde el lugar en que se encontraba, no podía divisar sino el alto dosel de cuero gris; pero alargando un poco la cabeza, Rabansteins nota que allí hay alguien y penetra resueltamente soltando la puerta que se cierra al instante.

Al ruido que hizo al caer el pestillo, el vizconde tiembla involuntariamente, pero por más que intenta abrirla sus manos no encuentran ni picaporte, ni tirador, ni cerrojo: es una lámina de metal completamente lisa.

A pesar de las angustias que lo oprimen, no quiere amedrantarse. ¿Y qué puede temer desde que allí hay una persona que ha encontrado el medio de penetrar á la sala? Fácilmente podría él también encontrar una salida de aquel antro.

Baja unos cuantos escalones de piedra, avanza y en efecto, una mujer está allí inmóvil. Con la cabeza apoyada en el respaldo y los brazos descansando en los brazos del sillón.

Está dormida.

¿Sería acaso alguna de las hijas del guardián que, asustada por la tempestad, se había refugiado allí y quedado dormida?

Rabansteins no se atreve á despertarla. La situación que ocupa ella en la parte más obscura de la pieza, sin duda para dormir mejor, no le permite ver sino su silueta vagamente borrada y sus labios entreabiertos por una sonrisa dejan ver una doble hilera de blanquísimos dientes. El vizconde algo asustado de que el ruido que hizo la puerta al cerrarse no la hubiera despertado, se resuelve á armarse

de paciencia y suavemente se deja caer en el otro sillón vacío.

Un libro está sobre la mesa: es un libraco antiguo con un broche de acero, ya oxidado. Lo toma, sopla la capa de polvo que lo cubre y lo hojea. Es una biblia hugonote de dos siglos de antigüedad, la biblia del barón de Adrets probablemente; pero su lectura es poco entretenida.

Pero... ¿qué es esto? En el interior de la tapa de cuero hay algunas palabras escritas ó, más bien, grabadas por medio de un estilete. Y el estilete está allí sobre la mesa: es

Pero, ¿quién era esa mujer que estaba allí inmóvil y dormida?

¡Era menester despertarla!

Se pone de pie de un salto, va á donde ella, la toca, y le sacude el brazo y... ¡Horror!...

Los dedos que ha tocado están fríos y duros como osamentas. Se arroja sobre la puerta, forcejea, rueda, trata de remecerla y escuchar los ríñones gritando:

—¡A mí! ¡A mí! ¡Socorro! ¡Socorro!...

Pero le parece que su voz no resuena, que su clamor es sordo y apagado.

En medio del frenesí de su terror, llevado



un largo alfiler con una enorme cabeza de metal cincelado, uno de esos alfileres que, en tiempos de Luis XIV, usaban las mujeres para sujetar sus peinados.

Rabansteins á fin de ocuparse en algo, trató de leer lo que esos razgos decían: "Usted que ha penetrado á este cuarto encomiende..." El papel había sido desgarrado por el estilete á tal extremo que hacía ilegible la palabra que seguía, y continuando en el mismo renglón y muy claros "alma á Dios... Usted tampoco podrá salir de aquí".

Rabansteins dió un grito de espanto. Con una mirada leyó lo demás que había escrito.

"Usted no saldrá jamás, como yo... Lucía de Pracontal".

por el deso de hacer algo, de volver á la vida, se precipita sobre la armadura de acero que cuelga del muro, le quita el casco y lo arroja sobre la puerta, lo toma y lo vuelve á arrojar aunque convencido de su esfuerzo infantil, deteniéndose de tiempo en tiempo para escuchar. Pero á todo ese bullicio, á todo ese estrépito de ferretería que rueda, ni una voz le responde...

Las angustias de una noche de agonía.—Y vino la noche.

Ya la estrecha abertura cruzada por barrotes de fierro aparece como borrada en el crepúsculo lívido. Rabansteins no se resigna y saca fuerzas de su temor. Arrastra hasta la abertura la pesada mesa de pino, sobre

ella coloca el sillón, se trepa sobre esta improvisada plataforma y sus manos llegan hasta los barrotes mismos y por fin al través de ellos logra ver...

La abertura, al nivel del suelo, da á un patio reducido, rodeado de altas murallas negras y lisas.

Le parece que está en el fondo de un pozo.

Grita, llama... pero, qué esperanza que su voz logre transpasar ese hacinamiento de piedras... Tal vez desde que construyeron esos enormes muros ningún sér vivo, á no ser los ratones y los reptiles, ha penetrado en esa cloaca sin salida aparente y llena de guijarros y hortigas...

Sin embargo, el desgraciado grita todavía.

Esa bocanada de aire que se filtra á través de los escambros y malezas, esa claridad brumosa y pesada es lo único que le queda de la vida y él no quiere renunciar á ello.

Pero vencido por la fatiga vuelve á caer otra vez en esa tumba tenebrosa y oscura.

Inmóvil, soporta Rabansteins la idea de las horas que va á pasar allí; pero, ¿soportará esta situación hasta el fin sin volverse loco? ¿tendrá que sufrir en sus cinco sentidos todas las angustias de esa eterna agonía?

Un sudor frío inunda todo su cuerpo; su cabeza es un volcán, sus miembros están helados y en su desesperación, sollozando, sus labios balbucientes recitan una entrecortada plegaria. Arrimado contra el muro hace esfuerzos sobrehumanos para mantenerse derecho. ¡Oh, si pudiese llegar hasta el sillón y recostarse en él!... pero sus piernas desfallecen, sus ojos se anublan, su cuerpo se encorva y cae sobre las losas frías, sin conocimiento, desvanecido...

Un ruido lo despierta de ese sueño que le parecía eterno.

La idea de su atroz situación lo asalta al instante con implacable evidencia. Todo su pensamiento se concreta á la horrible vecindad de ese cadáver, su compañero de agonía. Y estaba allí, detrás de él como petrificado en esa actitud aterradora desde hacía treinta años. Rabansteins se daba cuenta exacta de la situación donde estaba el cadáver y desde el sitio en que se encontraba no podía verlo, y sin embargo, se obstinaba en mantener los ojos cerrados.

En ese preciso momento, un ruido claro, parecido al choque de un mueble contra el parquet, lo hizo temblar. Volvió la cabeza y en el rincón oscuro frente á él vió brillar dos ojos, dos ojos vivos y fosforescentes. ¿Era una ilusión de su delirio?

Rabansteins tenía la completa seguridad de que el cadáver no estaba en ese sitio, que se encontraba en el fondo de la sala cerca de una grada, y que por lo tanto, ninguna luz podía brotar de sus ojos secos desde hacía tantos años.

Sin embargo, era preciso rendirse ante la realidad: dos pupilas luminosas estaban fijas en él. Hizo un movimiento y desaparecieron para volver á brillar de nuevo más lejos, como si el sér á quien pertenecían pudiera moverse sin hacer ruido. Tenía deseos locos de ir donde estaban esos ojos, pero se sentía sin fuerzas y no se movía. Además, un dolor agudo que lo mortificaba lo hizo olvidar esta resolución: tenía hambre y su garganta estaba reseca. Probó entonces estar lo más inmóvil posible, porque le parecía que cada movimiento avivaba sus dolores, sus ideas se turbaron, cerró los ojos y se quedó dormido. Soñó entonces con el almuerzo que se había servido el día anterior con sus compañeros, su última comida, y se acordaba hasta en sus menores detalles de todos los incidentes de ella. Le habían puesto delante de él un vaso con agua fresca sobre el blanco mantel, le parecía percibir aún el olor del pan moreno que le sirvió la mujer del guardián, se acordó del gato negro, á quien le había dado la mayor parte de su almuerzo y después... se embotaron sus sentidos y nada más soñó.

Muda contemplación.—Cuando despertó era

ya de día. Del ventanillo caía sobre las lozas opacas un débil rayo de luz. Rabansteins se despertó muy ágil. Sacó su reloj, apretó el resorte pero la campanilla no sonó, se había parado. Le dió cuerda, lo puso en las doce y se paseó un rato por la pieza, bajó el sillón que había colocado sobre la mesa el día anterior y sólo entonces volvió los ojos sobre el cadáver de Lucía de Pracontal ya no tenía miedo ni repugnancia, sino una especie de curiosidad respetuosa por aquella compañera silenciosa que le dicra el destino. Tenía los ojos cerrados, los párpados hundidos, los cabellos yacían en ondas alargadas y sutiles como un vapor rubio, el cutis de la cara parecía como momificado, los labios replegados, como simulando una sonrisa, dejaban ver unos dientes blancos. Los pliegues de sus vestidos, aplastados y sin lustre, caían rectos y rígidos á lo largo del cuerpo disecado, y ese color de la seda apenas se distinguía en el fondo de los pliegues algo descolorido ya por la luz. Una especie de esponja seca y negra estaba sobre su falda: era un ramillete de flores. Los diamantes habían ennegrecido y las perlas del collar estaban muertas y sin brillo y se habían desgranado en parte. En los brazos del sillón, los dedos tenían una longitud desmesurada.

Rabansteins se acordó que había visto en Burdeos, en la cripta húmeda de una iglesia, cadáveres momificados. El de Lucía de Pracontal había sido manifiestamente objeto de un fenómeno análogo. De su actitud serena trataba de deducir las circunstancias de la agonía de la joven: había muerto, pensaba él, sin sufrimiento de ninguna especie en medio de un desvanecimiento prolongado tal vez. Pero no pensaba que á él le estaba reservada una suerte análoga, como tampoco pensaba que pudiera salir de aquel lugar maldito. Estaba absorto en la contemplación del cadáver con una tranquilidad de espíritu y con una calma en la que se manifestaba que estaba conforme con su suerte.

Vuelve á colocar la mesa delante del sillón de Lucía y aproximando el otro sillón se sienta delante de ella, con los codos apoyados en la mesa y se quedó allí soñando en espera del sueño de la muerte, fascinado por esos ojos huecos y por esa inmovilidad eterna.

Le parecía que más que nunca no podía retirar su mirada de ese rostro apergaminado de largos dedos de color ceniza.

¿Y quién hubiera adivinado que tan pocas horas antes, al escuchar la narración de la enigmática desaparición de Lucía, que era él el llamado á descubrir ese misterio?

Se explicó entonces la invencible atracción que había ejercitado en su pensamiento el nombre y la historia de esa joven, acudiendo al llamado de esta alma en pena que lo había escogido como su compañero de sepultura. Le parecía que al penetrar á esa cueva había obedecido involuntariamente al llamado de ese fantasma. Para librarse de estas divagaciones abrió la biblia y hojeándola se acordó del barón de Adrets, de ese partidario de los hugonotes y que tal vez él mismo había pasado muchas horas en ese refugio desconocido aún después de tantos años...

Suprema tentativa de evasión.—Anochece. Hacía veinticuatro horas que estaba allí. Sabía perfectamente que era inútil toda tentativa de evasión, y por tanto, esperaba en medio de una calma y una tranquilidad de espíritu que viniera la muerte con ese sopor tranquilo y dulce á embargar su espíritu con el desvanecimiento supremo.

De pronto tuvo la impresión de que una cosa viva se movía detrás de él. Suavemente volvió la cabeza y vió en la sombra en una de las esquinas, á los mismos ojos redondos y luminosos que lo habían asustado durante la noche.

Sus ojos se habían acostumbrado á la obscuridad. Entonces se convenció de que esos ojos eran los de un gato, de un gato que tenía la costumbre de visita: esa cueva, sin duda, y que había llegado hasta allí pasando á tra-

vés de los barrotes del ventanillo; pero fijando más aún su atención conoció al gato negro del guardián de Montségur. Instantáneamente Rabansteins sintió que toda su sangre se agolpaba en su cerebro y que sus sienes latían con una violencia inusitada.

No tenía todavía ningún proyecto, pero comprendía que ese gato era para él la única comunicación posible con el exterior. Cien ideas acudieron á su cerebro sin acertar á decidirse por ninguna. Allí, en su sillón, sin hacer un movimiento por no asustar al animal, que sorprendido evidentemente de encontrar á una persona viva en la cueva, discurría un ardid, un medio de hacer saber á sus compañeros lo crítico de su situación, las angustias de su alma. Y si, amedrentado tal vez el animal, huiera de allí para siempre...

Suavemente, suavemente esforzándose por no hacer un movimiento brusco á despecho de la angustia que le anuda la garganta y de las bruscas palpitaciones de su corazón, Rabansteins desliza su mano y la introduce en el bolsillo de su vestón, saca con todo cuidado su pañuelo, lo enrolla en forma de una cuerda sin dejar de mirar al gato y de pronto, de un salto se arroja sobre el animal, y á pesar de los zarpazos y de las contorsiones lo pilla por fin. Le ata la pata con un nudo del pañuelo pasándole la otra parte por el lomo y el pecho, lo asegura con un triple nudo por el otro extremo y en seguida lo suelta.

El gato gruñendo y asustado salta sobre una piedra de la gradería, de un segundo brinco llega al ventanillo, se desliza por entre los barrotes y desaparece. Hasta allí lo siguió Rabansteins, subido sobre el respaldo de la silla, y loco de esperanza sacude los barrotes de fierro gritando con los últimos restos de sus fuerzas:

—¡A mí! ¡A mí! ¡Rabansteins!... hasta que sin fuerzas, desfallecido, abre los brazos y vacila y cae sin conocimiento sobre las lozas, á los pies de la muerta."

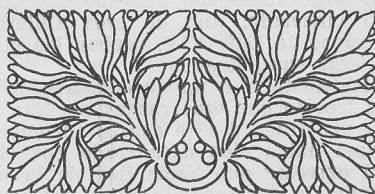
La castellana volvió á ver á su hija.—El narrador volvió á encender su pipa, satisfecho del éxito de su cuento, y, como gozara con nuestras angustias, uno de los oyentes aseguró que no había concebido ninguna inquietud por la suerte de Rabansteins por la sencilla razón de que no era preciso ser un genio para comprender que todos estos detalles no serían del dominio de nadie á no haberlo narrado Rabansteins mismo á alguien, lo que indica indiscutiblemente que fué sacado vivo de allí.

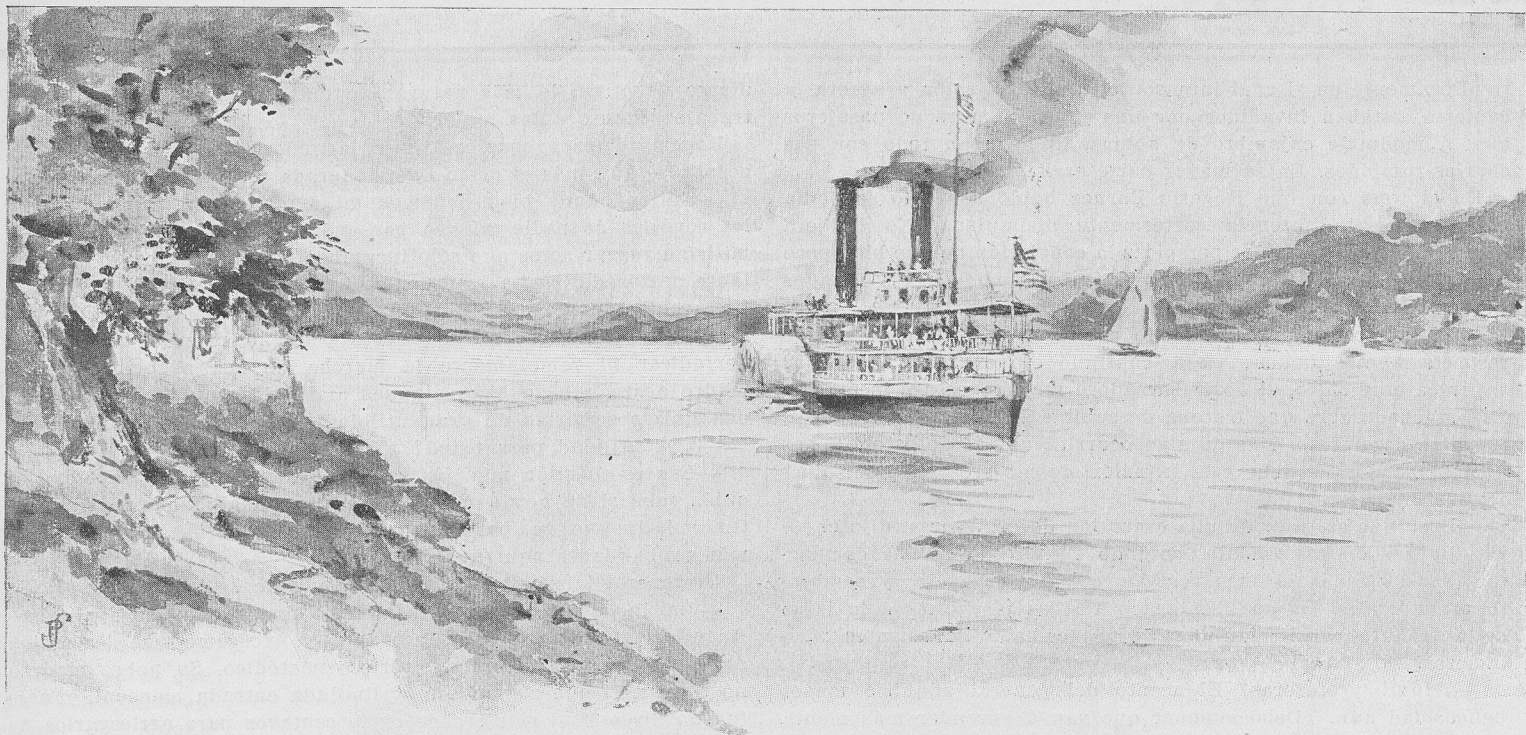
El narrador un poco mortificado añadió: "Salió, en efecto; sus compañeros, habiendo querido abandonar á Montségur al ver volver al gato á la casa con un pañuelo de Rabansteins, comprendieron que aquel había caído en un calabozo y que el gato podría servirles para saber dónde se encontraba Rabansteins; y en efecto, siguiéndolo descubrieron el ventanillo, lo que los indujo lógicamente á buscar la puerta de la incógnita pieza que éste ventilaba. No pudiéndola encontrar se armaron de picas, azadones, mazas, etc., arrancaron los barrotes, agrandaron la abertura y descendieron, valiéndose de una escala de cuerda, al subterráneo. De allí retiraron desmayado aún al pobre vizconde.

Había permanecido allí dos días completos.

Se descubrió asimismo el cadáver de Lucía Pracontal. Avisada inmediatamente Mme. de Pracontal, ésta no tardó en trasladarse á Montségur y tuvo el valor de penetrar al subterráneo donde se encontraba su hija muerta, pero en un estado de misticadora conservación. Y se cumplió la profecía de la adivinadora: La castellana volverá á ver á su hija.

El antiguo retiro del barón de Adrets fué convertido en una capilla. No se pudo abrir jamás la puerta de metal que impedía su entrada: fué preciso derribar la muralla en cuyo espesor se encontró todo un formidable mecanismo compuesto de ruedas, cadenas de exagerado grosor y contrapesos que quedaban admirablemente disimuladas en la cavidad mural.





...Estaban en el salón de cubierta de un vapor que hacía ya una hora...

DAPHNE

O UN MATRIMONIO A LA MODA

I NICIAMOS con el
presente número de
FAMILIA la her-
mosa novela :: :: ::
DAPHNE

**o Un matrimonio a la
Moda**

de la novelista inglesa
Mrs. Humphry Ward
traducida especialmente
para **FAMILIA** :: :: ::

Ilustraciones del señor
PEDRO SUBERCASEAUX

QUE día más caluroso. El general Hobson hincha los carrillos, sopla, arruga la frente indignado. Me pregunto cómo será en Junio. Estamos á 1.º de Abril, y me dejaría cortar un dedo si el termómetro no marca 80 grados á la sombra. ¡Ah! con el clima inglés no tiene usted que temer jamás estas jugarretas. Rogerio Barnet dirigió á su tío una mirada un tanto risueña:

—¿No le agrada el calor, tío Archibaldo? ¡Ah! olvidaba que se trata en este caso de un calor norteamericano.

—Me agrada un clima estable, un clima que permita saber á qué atenerse con respecto á las estaciones del año, replicó el jeneral perfectamente convencido de lo absurdo de su observación, pero no por eso menos dispuesto á decir algo, cualquiera co-

sa, á fin de dar libre curso á su mal humor y desechar alguna molestia que tenía allá en sus interioridades. Estamos materialmente sofocándonos de calor por acá y en Nueva York tuvieron un temporal de nieve la semana pasada; aún aquí mismo tuvimos unos días bastante crudos, lo suficiente para obsequiarme un buen reumatismo. El clima es siempre extremoso como su gente.

—Bien veo que Norte América no es muy de su agrado, tío Archibaldo; créame que lo siento.

El joven tomó asiento al lado de su tío. Estaban en el salón de cubierta de un vapor que hacía ya una hora más ó menos había abandonado el embarcadero de Washington con dirección á Mount Vernon. Por la entreabierta puerta veíase un buen trozo de río serpenteando entre bancos tapizados de una vegetación primaveral, y sobre él las nubes cuyo gris obscuro se destacaba ma-

ravillosamente en el azul intenso del fondo. El salón y afuera la cubierta estaban invadidos por una muchedumbre de pasajeros que, á modo de enjambre de abejas, lo llenaban todo con sus charlas-zumbidos. En su mayor parte eran mujeres.

En el tono con que Rogerio Barnes habló á su tío se podía notar cierta indiferencia cortesmente disimulada. No hubiera escapado á un observador perspicaz la convicción de que bien poco le importaba á él si su tío simpatizaba ó no con los Estados Unidos.

—Y no estoy en ningún modo conforme con nada de lo que respecta á este famoso viaje, continuó el general irritado. El vapor es muy chico, el desembarcadero muy angosto é incómodo. Esa muchedumbre que trataba de subir á bordo, todos á la vez, fué algo desastroso. Más de algo ocurrirá un día de estos. Y por último, ¿á qué se debe esta invasión de mujeres en pleno día? ¿No es día festivo!

—Creo que se trata de una excursión de profesoras, dijo el joven Barnes distraídamente, posando su mirada en las compactas filas de niñas jóvenes vestidas con blusas azules y sombrero primaverales, las que, sentadas en sillas plegadizas á lo largo de la cubierta, constituían unas huéspedes hartos impacientes y bulliciosas.

—¡Hum! profesoras! El acento del general adquirió mayor belicosidad aún. ¿Debo suponer que van á aprender más mentiras acerca de nosotros para inculcar tal enseñanza á los niños? Hace días estuve hojeando uno de sus textos escolares que ví en una librería. ¡Sencillamente abominable! Es monstruoso lo que enseñan á los niños aquí con referencia á la llamada por ellos "Guerra de la Independencia". No hay una palabra de verdad en todo aquello. Nuestra actitud no pudo ser más lógica. Nosotros sólo pedíamos que se nos pagara algo por su propia protección. Ellos, y sólo ellos, eran los directamente beneficiados. ¿Qué nos importaba á nosotros sus cuestiones con los indios ó los franceses? ¡Nada! Pero es muy justo que si ustedes quieren que entremos en toda clase de gastos y molestias para protegerlos y amedrentar á los perturbadores de su paz, repetimos, es muy justo que ustedes paguen algo de la cuenta! Eso es lo que pidieron los ministros británicos y con perfecta razón. Con respecto á sus héroes, á esos hombres que casi endiosan: Samuel Adams, John Adams, Franklin y todos los que quedan por mencionar aún de la famosa comparsa, no fueron otra cosa que unos grandísimos badulaques. Franklin fué un hombre de vida licenciosa, á quien yo no hubiera permitido jamás transpusiera el umbral de mi puerta. Y en cuanto á los Adams, unos intrigantes, hipócritas y miserables, tanto el uno como el otro hermano.

—A lo menos les concederá usted á Jorge Washington, intervino Barnes, disimulando un involuntario bostezo, signo evidente de fastidio, pero seguido de un movimiento ostensible de vivo interés, cuyo origen no era difícil de adivinar siguiendo la dirección de sus miradas. Acababa de descubrir que una de las niñas sentadas cerca de la puerta era verdaderamente bonita, hasta hermosa.

El canoso y rubicundo general no contestó inmediatamente, sino que se dió tiempo para pensar un poco antes de abordar este punto para él de suma importancia; luego prorrumpió:

—Nada puedo decir con respecto á lo que Jorge Washington pudo ó hubiera podido ser si hubiera tomado la vía recta, el buen camino; pero, tal como se desarrollaron los hechos, la cosa cambia y no puedo menos de declarar, sin el menor escrúpulo, que Jorge Washington no fué otra cosa que miserable rebelde y nada más.

—Cuidado tío, interrumpió el joven girando la vista á su alrededor y observando con cierto alivio que, por el momento, ellos parecían poseer el salón para sí solos. Estos yankees soportarán muchas cosas, pero...

—Eso no le preocupe á usted en lo más mínimo, fué la airada respuesta del tío. No está dentro de mis hábitos el disputar con mis vecinos. Y bien, ya que se presenta esta oportunidad de hablar con cierta calma, no quiero desaprovecharla. ¿Quiere decirme usted qué significa este su absurdo viaje?

El joven arrugó el ceño, ya bastante nervioso. Empezó á escarbar el suelo con el bastón.

—No veo por qué pueda usted calificarlo de absurdo.

—Pues, ese es el juicio que á mí me merece, explicó enfáticamente el obsecado tío. Es absurdo y extravagante. La última noticia que tuve referente á usted ha sido la carta de su madre en que me habla de un puesto que la casa Burton & Co. ofrecía á usted y de su aceptación. Ahora bien, cuando un hombre ha perdido su dinero, convirtiéndose por ese solo hecho en depen-

diente de otros, lo más natural, lo más sensato, es largarse á trabajar cuanto antes mejor.

Rogerio Barnes enrojeció ante la rudeza de la embestida y acentuóse aún más el gesto de avinagrada terquedad de su boca.

—Entiendo que bien podemos mi madre y yo prescindir de los consejos de nadie, ni veo por qué personas extrañas se permitirían juzgar actos que sólo incumben á nosotros dos, dijo bastante acalorado. Hasta la fecha no hemos pedido dinero á nadie, tío Archibaldo. La casa Burton & Co. puede contar conmigo en Septiembre próximo, sin que este pequeño retardo alcance á perjudicar ni remotamente la marcha de sus negocios, y mi madre desea que yo haga algunas amistades aquí, las que pueden quizás servirme de gran utilidad presentada la ocasión.

—¿De utilidad para usted? ¿Y en qué sentido?

—Esa es cuestión mía. En este país todo se puede esperar, y quién sabe si de hoy á mañana se presenta alguna buena oportunidad, la que yo, por cierto, no desperdiciaría. Hay siempre más probabilidades aquí que allá.

El general lanzó una risotada á modo de desaprobación.

—La única probabilidad, casualidad etc., que puede ayudarle, Rogerio, en los momentos actuales, y excúseme que le hable con franqueza, es el trabajo serio y metódico. Su pobre madre no tiene más que su modesta y limitada entrada mensual, y usted no dispone ni siquiera de cinco centavos para arriesgarlos á la casualidad. Tan sólo su pasaje en el "Lucania" le ha costado ya algunos buenos pesos, y yo apostarí mi cabeza, sin temor de perderla, que usted se vino en primera clase...

No cabía la menor duda de que el joven estaba á punto de estallar, pero conseguía conservar el dominio de sí mismo con gran esfuerzo.

—Pagué la tarifa de invierno y mi madre consiguió aún una rebaja, pues conoce á los Cunard. Créame, tío Archibaldo, yo se lo digo: ni mi madre ni yo estamos locos; nosotros sabemos perfectamente bien lo que hacemos.

A la vez que decía esto se levantaba é irguiéndose por fin enérgicamente, miró á su compañero cara á cara.

Observando sus movimientos, el tío, como por encanto, se dulcificó, debiéndose este cambio, como siempre, á la exclusiva influencia de la bella apostura, de la hermosa figura del joven. La rara belleza de Rogerio Barnes había sido, en verdad, desde su niñez su carácter más distintivo. A esta condición estética y á las proezas atléticas que eran su complemento, debió el recibir, por parte de sus compañeros de estudio, los honores y consideraciones de un verdadero rey. En Oxford, cuando se trató de representar "Las Euménides", no hubo sino una sola opinión en toda la Universidad: el "Apolo" ideal era Barnes. También es no menos cierto que la lamentable deficiencia de sus conocimientos del griego dió bastante qué hacer á sus profesores y organizadores de la representación teatral. La nariz, barba, cejas, la artística situación de la cabeza en relación con los hombros y el conjunto, esos ojos azules, rasgados, dormidos y tan expresivos, adornados de párpados que caían cual pesado cortinaje sobre ellos, de una corrección griega casi clásica, la pureza del óvalo del rostro, su delicada tez, contrastaban singularmente con la notable impresión de belleza y vigor de esa cabeza coronada de crespos cabellos, que hacían recordar ciertos medallones antiguos de emperadores, tiranos etc. Todas estas cualidades juntas y unidas á "otras" habían contribuido en mucho para convertir en senda de flores el camino de la vida recorrido hasta ese momento por su feliz poseedor. Las "otras", digámoslo de una vez, hasta hacía pocos días no habían dejado de acompañarlo, pudiendo contarse entre las principales el poder disponer de los beneficios de una cuantiosa herencia y de las ventajas de un padre que ocupaba una situación muy envidiable en la high-life. Su padre había muerto recientemente, como lo dejaba comprender el riguroso luto de su manga, y junto con su muerte había desaparecido su fortuna en medio de la vorágine de una de esas catástrofes financieras tan corrientes en la vida de los negocios, que apenas si son notadas por alguien más, abstracción hecha de las víctimas mismas.

El general Hobson contemplaba á su sobrino, y ya, completamente dominado por su arrogante aspecto, se hacía á sí mismo estas reflexiones:

"No tiene un ochavo más de lo que pueda darle la pobre Laura; sus gustos y tendencias son las de un hombre que debe disponer por lo menos de una renta de cuarenta mil pesos anuales; educación hartos superficial: ¿cuáles eran sus designios?"

Y en voz alta dijo:

—Pues, todo lo que yo puedo decirle es que he recibido ayer una carta bien poco alegre de su madre.

El joven dió vuelta la cabeza á otro lado, disgustado, conservando siempre el cigarrillo entre sus labios:

—Sí, lo sé; mi madre está extraordinariamente abatida.

—Por cierto, no hay que extrañarse mucho, pues su madre no nació para ser mujer pobre, dijo el general con energía. De allí que á ella le afecte la situación tanto más cuanto mayor es la disociación entre sus tendencias y la triste realidad.

Rogerio continuó mirando á otro lado, demostrando ostensiblemente que no tenía el menor deseo de entrar en una discusión acerca de las características de su madre en tan delicado punto.

—No obstante, se amoldará y todavía pueden lucir buenos días para ella, siempre que su hijo sepa cumplir con su deber.

—Eso pienso hacer, fué la lacónica respuesta de Barnes, poniéndose de pie. Creo que ya estamos muy cerca de Mount Vernon. Voy á echar una mirada.

Se dirigió á la cubierta de afuera seguido por el general. El viejo soldado, á la vez que avanzaba por el paso abierto por su sobrino por entre las sillas de ese mundo femenino, tenía lugar de observar el efecto que producía en las niñas el gallardo joven. Muchos ojos bellos lo siguieron con interés y, mientras las damiselas se limitaban á mirar en silencio, las madres reían y cuchicheaban entre sí hasta que el joven Apolo pasó.

De pie, inclinado sobre la baranda de uno de los costados del vapor, tío y sobrino notaron que el río iba ensanchándose y ya podían divisar, muy á lo lejos, allá al sur, algo blanco colocado en una eminencia, algo sobre el nivel visual en ese momento: era Mount Vernon. Los excursionistas se abalanzan todos á mirar, expresando

su admiración por la belleza del escenario y la alta significación patriótica del monumento, en forma entusiasta, charlando animadamente todos á la vez, ejecutando de pronto un movimiento que, involuntaria ó premeditadamente (?), dió por resultado envolver al enemigo, quedando momentáneamente separados, cada uno por su lado, el joven Barnes y el general, quien soportó pacientemente este nuevo estado de cosas, manteniéndose sí en obstinado silencio, cual una roca en medio del embate de las olas del mar.

¿No es hermoso pensar en la poesía del hecho de desear venir á vivir aquí, así tan sencillamente, después de hacer una na-

ción? dijo una niña tal vez de Omaha á su compañera. ¿No es realmente algo encantador?

Su voz reprimida, pero, sin embargo, llena de vibrante emoción, molestó al general Hobson. Se hizo á un lado y logrando reunirse á su compañero, le dijo, atenuando en lo posible la acritud de la frase:

—¡Famoso servicio se les hizo elevándolos á la categoría de nación: pasen su mirada por su prensa, tómense el peso á su corrupción, sus escandalosos divorcios!

Barnes se rió muy de buenas ganas y, tirando la colilla de su cigarro en las tranquilas y parduzcas aguas, dijo:

—Francamente, tío Archibaldo, por esta vez no lo acompaño en sus pesimistas apreciaciones. Por lo menos, hasta este momento tengo la más alta idea de Norte América y de los norteamericanos.

—De lo que yo deduzco que su madre le ha dado cierto número de cartas de presentación para algunas familias pudientes de Nueva York y ellas lo han tratado muy bien, dijo el general socarronamente.

—Y bien, ¿qué crimen hay en ello? He tenido el gusto de hacer algunas relaciones encantadoras.

—Y no serían seguramente bendiciones las que merecí de su parte á la recepción de mi telegrama en que lo llamaba á mi lado por algunos días.

El joven rió un poco antes de contestar y después de un momento dijo cortesmente:

—Bien sabe usted que es para mí siempre un verdadero placer el disfrutar de su amable compañía, tío Archibaldo.

El viejo general enrojeció un tanto de satisfacción. En su fuero inter-

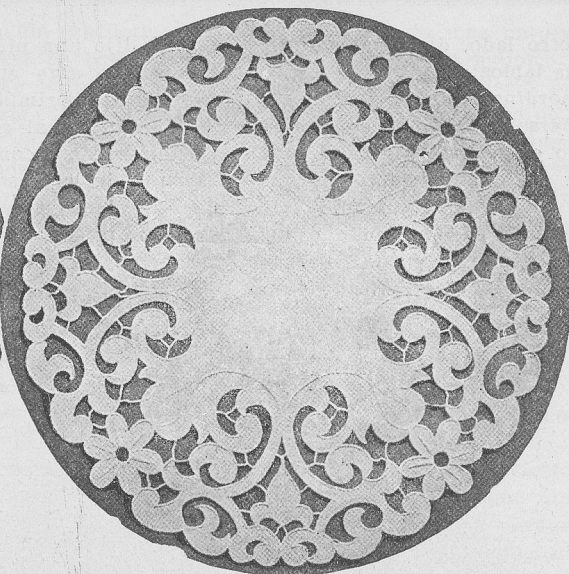
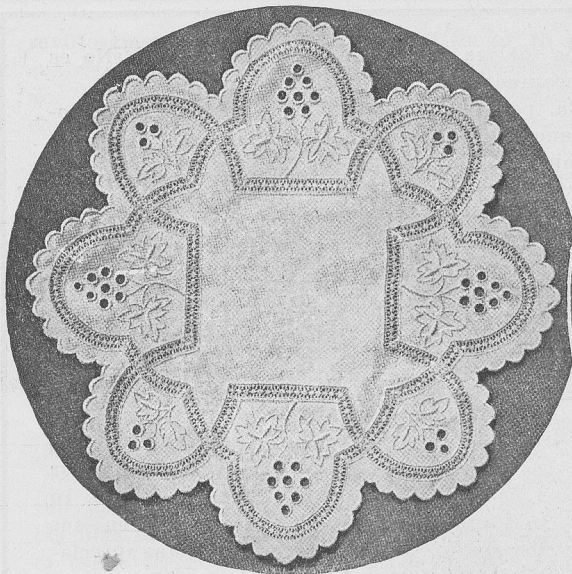
no, no ignoraba él que su telegrama citado á su sobrino había sido un acto de disimulada tiranía, suave pero no por eso menos tiránico abuso de su poder ó derecho recientemente adquirido sobre su único heredero. No se divertía en Washington. Había venido después de veinte años de ausencia á pasar algunos días en la capital de los Estados Unidos y se aburría soberanamente. Su alma británica se sentía turbada y herida por toda una revelación de la fuerza vital de América, por los gigantescos recursos cuyas manifestaciones palpaba de la joven nación.

(Continuará)



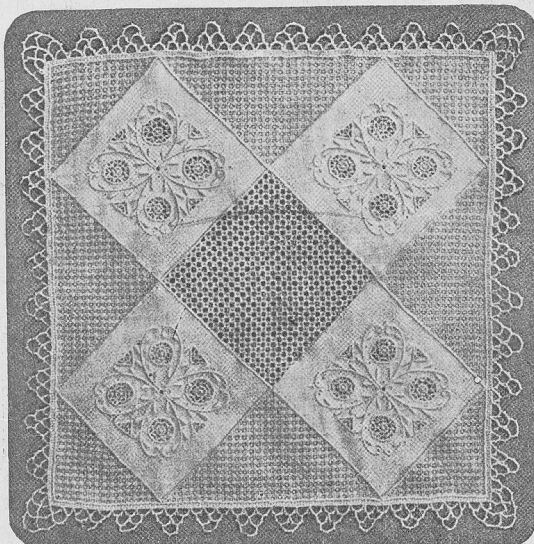
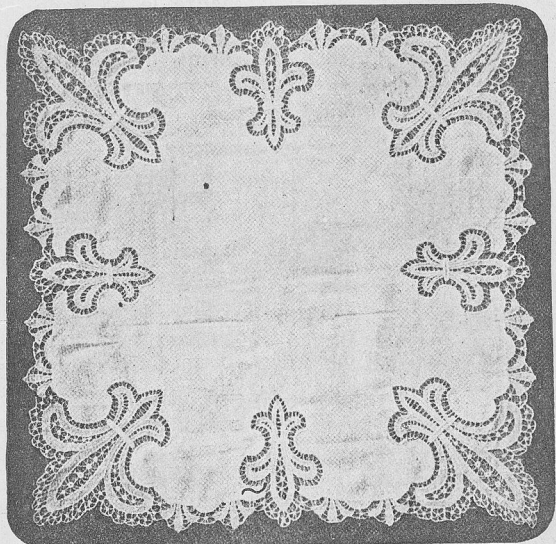
...Era en verdad, la primera vez que ella lo miraba con cierta distinción...

BONITOS CENTROS DE MESA



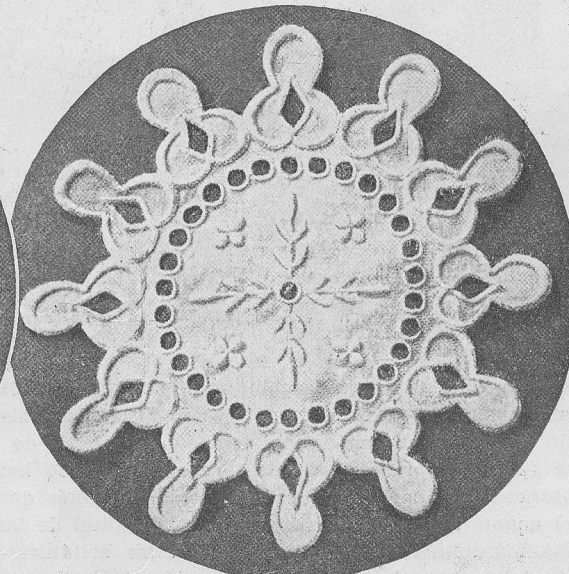
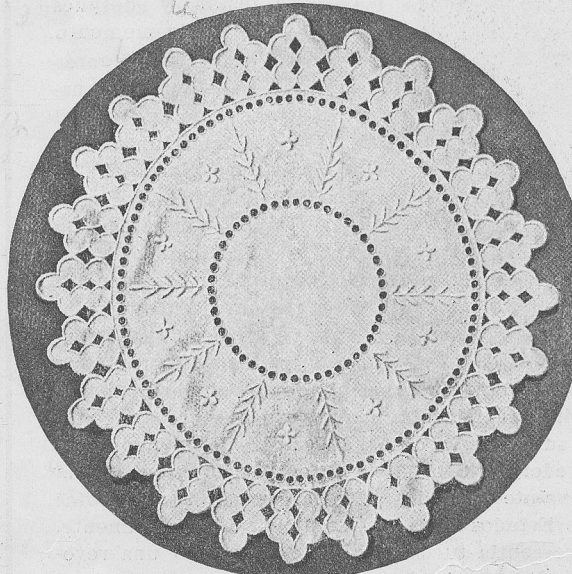
La manera como están colocados los entredoses en este bonito centro deja adivinar que una mano experta de buen constructor ha tenido a su cargo esta obra. Se debe hacer en tela de hilo de regular grueso y el encaje debe ser también de hilo, ya sea de Cluny ó de miñiques. Colóquese bien hilvanado el encaje y, después de estar segura de su buena disposición, cósaalo a la máquina y bórdesse en seguida los bonitos modelos de racimos de uvas con sus hojas; las uvas se hacen con ojales. Se forra desde el ras del entredós dejando libre los bordes que van festoneados.

Un centro de gran efecto es este bordado al encaje Richelieu que puede usarse como chemin de table ó como un centro de aparador de caoba sobre el que se colocará un florero alto para que pueda lucir este bonito trabajo. Este es un modelo muy á propósito para una mesa desnuda, pues como el trabajo es tan abierto lo realza mucho el color obscuro de la mesa. Es muy hermoso en su sencillez este modelo trabajado en hilo grueso al punto de ojal y sujeto entre sí por ojales. Se necesita tener mano muy pareja y regularidad en el trabajo para que estos centros de mesa resulten de grandioso efecto.



Este centro está bordado al estilo de encaje de Venecia completamente al aire y tomado por arañas hechas a la aguja, que son tan conocidas de las buenas costureras. Las flores de lys se forman con cintas de hilo, que se compran á propósito para este trabajo, y se sujetan por medio de puntadas á cada lado y combinadas con barras de precillas. Se le da un efecto muy de encaje con el borde todo hecho de arañas y sujetas con puntadas.

El fondo de este centro es todo deshilado, lo que ocasiona un trabajo enorme; si se quiere trabajar menos se pueden dejar sólo los medallones del centro sobre el género sólido. Los modelos tienen toda la delicadeza italiana y también dan oportunidad para trabajar en deshilados á las que les gusta esta clase de trabajo; lo demás es bordado. Alrededor un encaje de crochet ó de precillas que es muy nuevo.



Un hermosísimo centro hecho en bordado romano muy perforado, como lo veis es este interesante modelo. Los bordes van ojaleados como también la línea de ojales que, con la más chica del centro, dan el espacio necesario para bordar con hilo blanco el dibujo que veis en el modelo.

Este centro es una original combinación de trabajo relleno y de ojales bordados con hilo blanco sobre tela de hilo. Especialmente hermoso es este festón muy ancho y muy relleno y con un gran ojal al centro; otra hilera de ojales colocados en redondela cierran el centro que está adornado con un bordado sencillo.



Jabon Flotante

FAIRY

== SIN RIVAL ==

UNICO AGENTE PARA CHILE:

E. DAVIS

San Antonio 439

**Al Bello
-SEXO-**

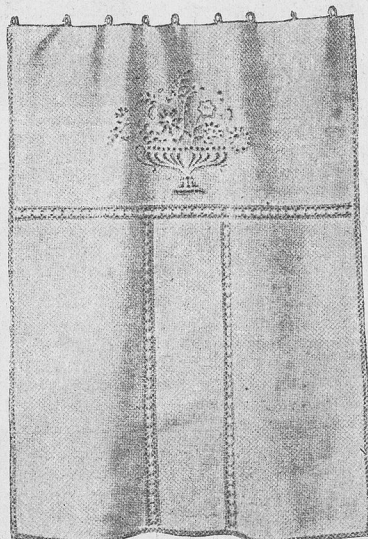
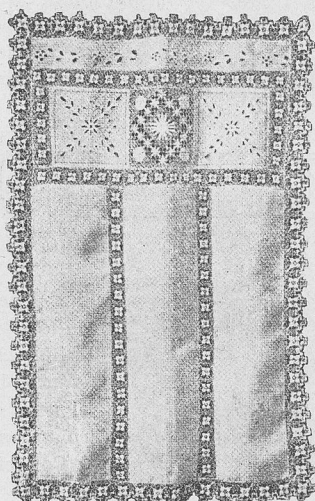
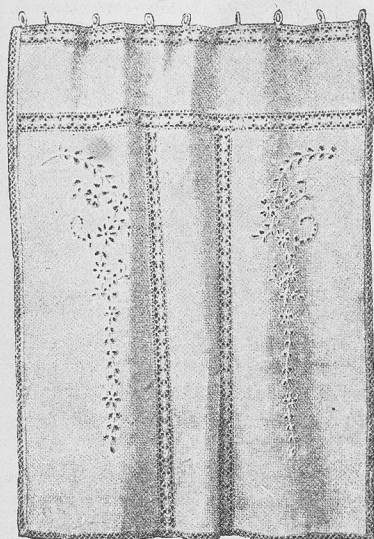


**La Crema
Bella
Aurora**

quita las pecas y limpia abso-
lutamente el cutis

USELA USTED

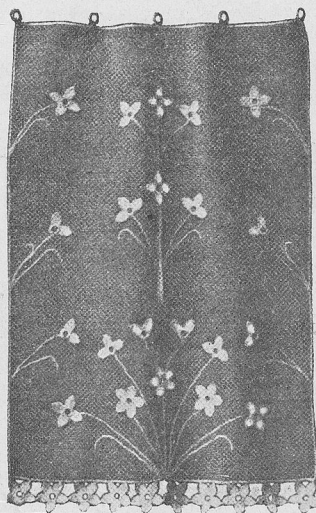
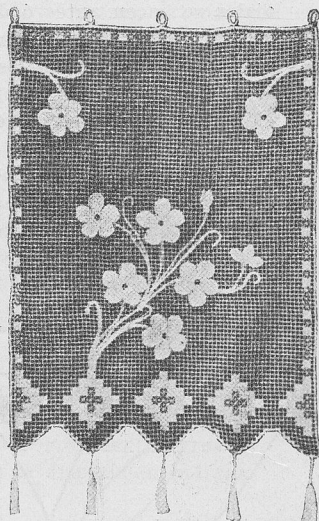
Cortinas Bordadas Lavables



Las cortinas bordadas á mano tienen dos grandes ventajas sobre las que se compran en las tiendas.

La primera ventaja que poseen es poder tener algo que no tiene todo el mundo y conseguir así salir de la rutina teniendo algo original, y en segundo lugar tienen la cualidad de durar mucho y de resistir el lavado conservándose siempre nuevas.

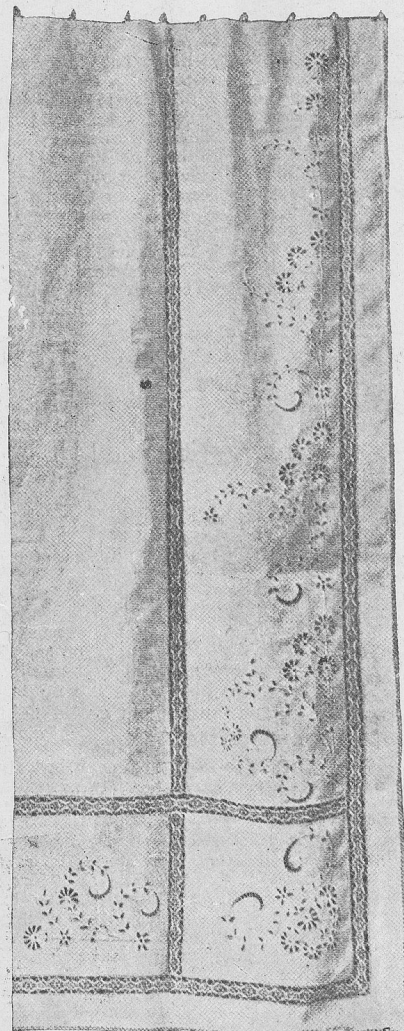
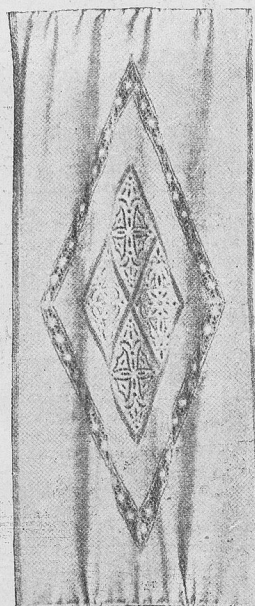
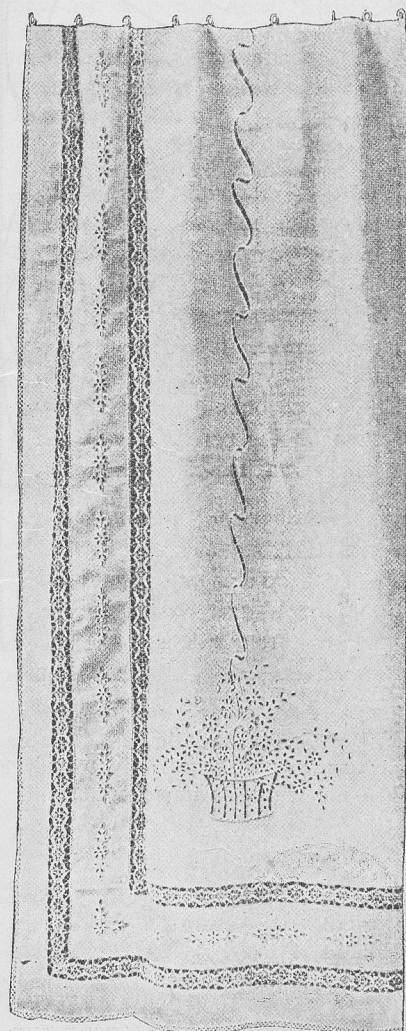
El género para



También las colchas de cama quedan muy bonitas bordadas de esta manera.

Los dos brise-biso que veis al frente con tul blanco y las flores son de crochet, y las flores y los medallones en la del lado izquierdo son tejidos en el mismo tul. El efecto de las flores tejidas al crochet es muy nuevo y elegante y sumamente sugestivo para apropiarse la idea en otros trabajos en su género.

bordarlas puede ser el que se quiera, es cuestión de gusto y de bolsillo. La gasa y el lienzo de Bohemia son los más adecuados para este objeto. Esta clase de géneros se lavan muy bien y se prestan mucho para bordarlos. El bordado llamado inglés y los deshilados son los más á propósito para estas cortinas.



**Mata la
Casma,
Vigoriza y
Embellrece
la
Cabellera**



**CARPIQUINA
del Dr. BORRELL**

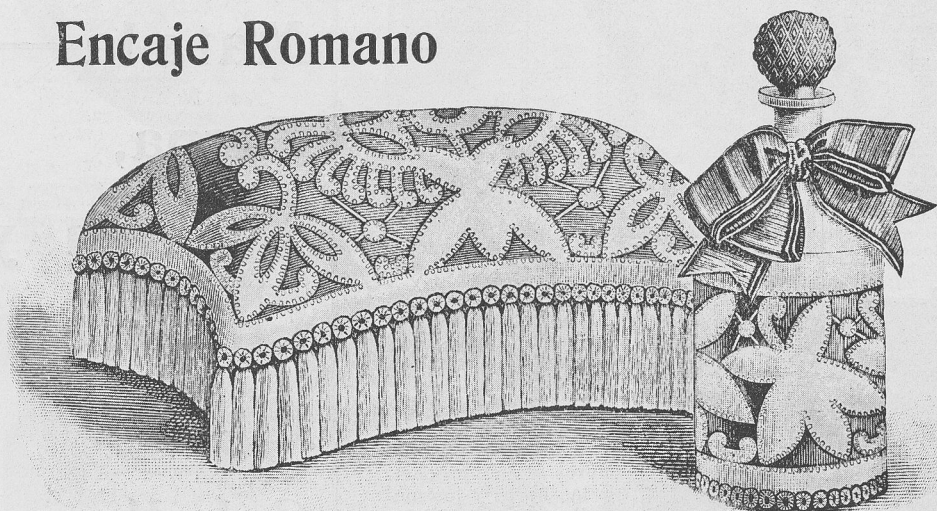


**Se vende en to-
das las Boticas,
:: Droguerias y
Perfumerias :: ::**



OBRAS DE MANO

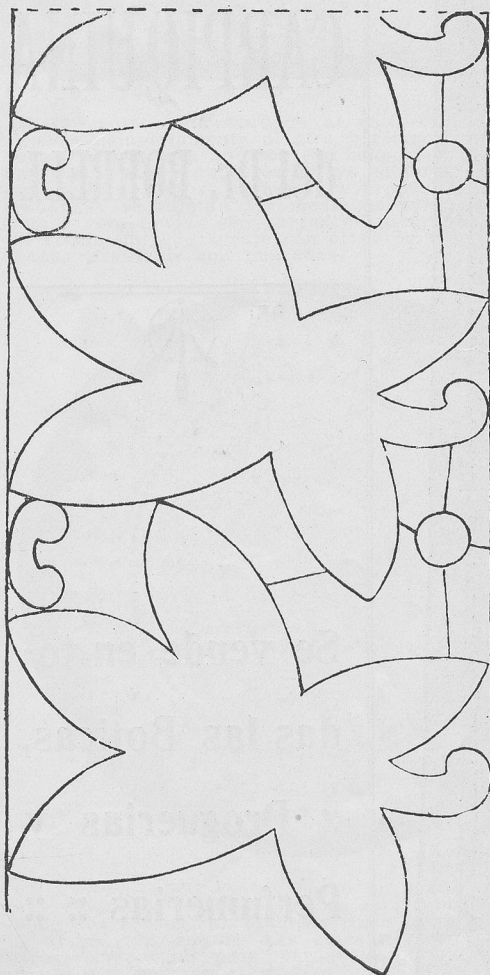
Encaje Romano



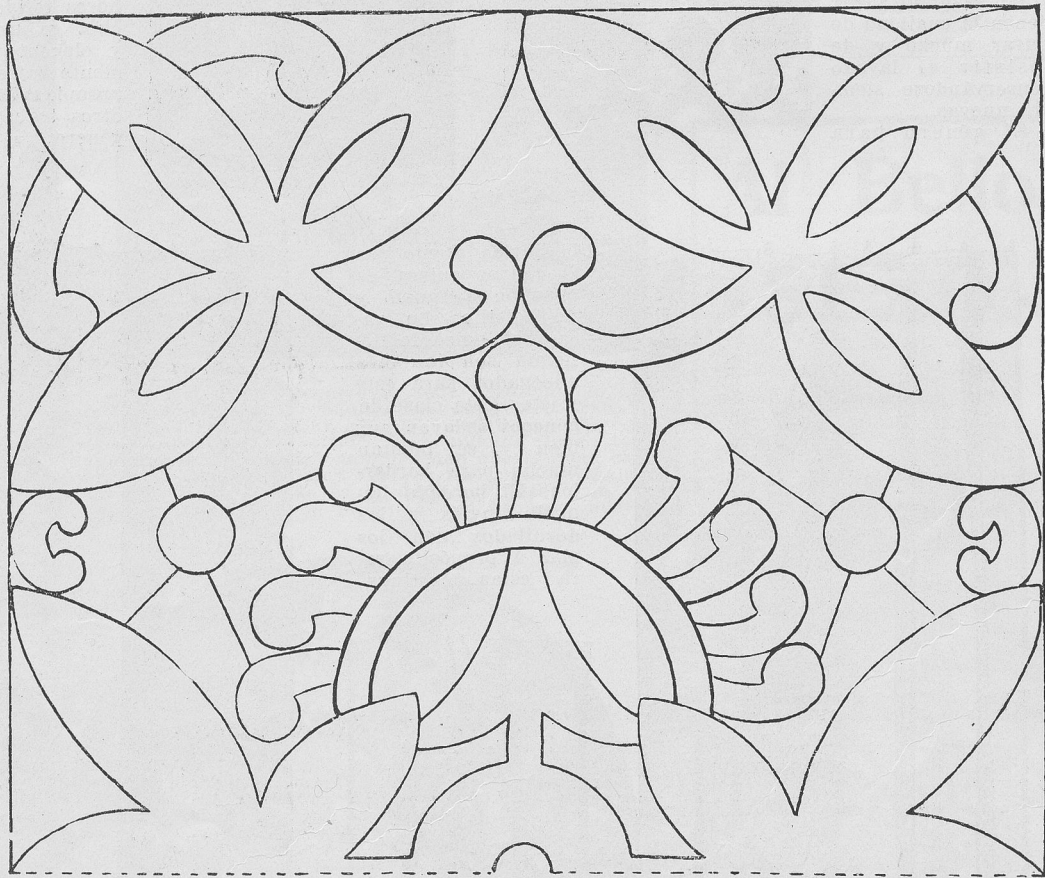
Esta es una de las más hermosas variedades de encaje que están ahora de moda, y que por su variedad y elegancia se puede asegurar que siempre estarán de moda, por ser prácticas al mismo tiempo que elegantes.

Para hacer almohadillas, cojines, cubiertas de botellas de esencia y papeleras.

La figura número 1 muestra el estilo. El frasco para esencia es muy sencillo para hacerlo y de mucho gusto.



III

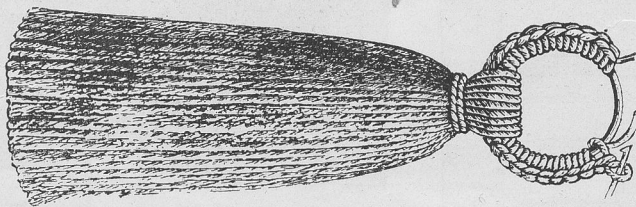


II

La almohadilla es larga, forrada en satén de seda cubierto con el encaje romano, el que se hace sobre gasa ó batista muy fina, rodeando las orillas de punto de filete ó hilos pasa-

La seda que se debe usar es muy gruesa; también se puede hacer con hilo pelo de cabra.

Para unir los unos á los otros y formar el fleco se hará con puntadas imperceptibles.



IV

dos; después se recortará con mucho cuidado.

Con el número 2 doy el dibujo para hacer la almohadilla. Todo al rededor se le pondrá el fleco que doy con el número 4, de hilo blanco grueso.

Con el número 3 muestro el punto que debe hacerse para este trabajo.

Mucho cuidado se debe tener al cortarla, y es cuestión de la persona que lo hace, si los ojales se hacen antes ó después de recortar el género; para las personas que no están acostumbradas á los trabajos de agujas les aconsejaría que hicieran el ojal primero, pues, haciéndolo después, se corre el riesgo de que encoja la tela.

El fleco, que es muy bonito y que lo doy con el número 4, se puede hacer también en seda y la parte de arriba trabajada en una argollita de metal con punto de crochet, se cubre con este punto la argolla.

Deshilados y Bordados

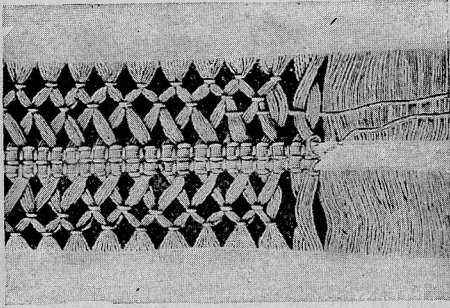
Deshilados.—Para vestidos, ropa blanca, cubiertas de mesas y manteles, el hilo debe ser según la tela, grueso ó delgado. En un ancho de dos centímetros se retiran dos veces, dejándose un espacio de

dosamente la tela del fondo, y se colocan cuidadosamente sobre seda de color delicado.

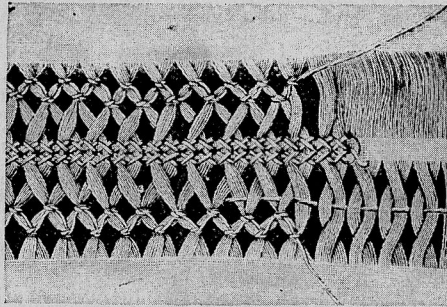
Pantalla para lámpara.—Este artículo, además de ser útil es muy decorativo y muy fácil de hacer.

Se manda tornearse un palo redondo con una redondeza de madera que le servirá de pie; en la parte de arriba se le clavará un abanico pantalla chino, el palo se envolverá en cinta lo mismo que el pie, un gran lazo de cinta abajo y otro arriba, en la pantalla se le pega-

rán con cola ó goma ramas de helechos finos esterilizados, se cubrirá por los dos lados, medio á medio se le colocará un ramo de la flor que se desee, generalmente se le ponen flores naturales. En tiempo de botón de oro es muy bonito colocarle un ramo



Grabado número 1



Grabado número 1 a

seis centímetros. Se principia por los puntos de adornos horizontales de la tira central, extendiendo cada uno sobre sus hilos del tejido, primero en la orilla, luego en medio en la otra orilla, y, por último, en la otra orilla y pasando de punto á punto en dirección oblicua. De esta manera se forma en el reverso puntos de cruz. Para facilitar los nudos, se tiende primero un hilo auxiliar que cruce el segundo grupo de hilos sobre el primero, véase el grabado 1-a. Después se hacen los nudos en que se pasa el hilo en zig-zag. El hilo auxiliar se quita una vez terminado el calado.

Colchita y funda de almohada para bautizo.—Esta colchita y funda se hace en batista blanca muy fina, se le pone á los siete centímetros del borde un entredos de dibujo artístico que se repite igual en la funda. Esta mide 50 centímetros de largo por 39 centímetros de ancho, luce el dibujo en la disposición indicada en el grabado.

Después de trazar el dibujo en el hilo, se perfilan los contornos finos. Siguen las varillas del fondo hechas con dos pasadas de hilo de lino fino festonados al volver.

De una varilla á la otra se pasa el hilo por las líneas trazadas.

Los lirios, los capullos de rosas, las hojas, los tallos gruesos se festonan sobre un relleno consistente de una gufa doble. (Véase grabado número 2). Para el borde exterior de las rosas se empleará algodón de rellenar.

El centro se hace al pasado, las vetas y las líneas al punto de cordoncillo fino. En los pétalos inferiores del lirio figura punto de cruz muy fino, en los estambres punto al pasado.

Después de terminar el trabajo se recorta cuida-



Colchita para bautizo

de esta flor; la espuela de galán es también de gran efecto. Esto se coloca enfrente de una lámpara eléctrica ó de parafina.



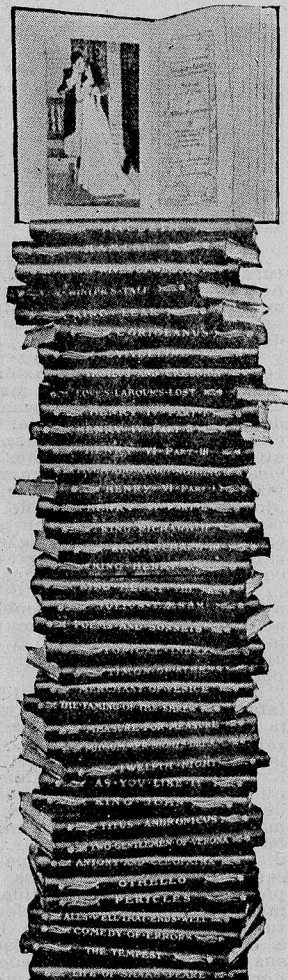
Bordado de la colcha



R. W. BAILEY

& Co. Esmeralda 7, VALPÁ-RAISO
Bolívar 26, IQUIQUE
Valparaíso 312, VIÑA DEL MAR

**Especialistas
EN REVISTAS DE MODAS**



Recomendamos las siguientes:

- LE GRAND CHIC
- NOUVEAUTÉS DE FOURRURES
- ROBES DE BAL
- FAÇON TAILLEUR
- LE CHIC
- JUPES NOUVELLES
- ALBUM DE BLOUSES
- MODELES PRATIQUES
- MODES D'ENFANTS
- LA MONDAINE
- LE CHIC PARISIEN
- LE CHAPEAU PARISIEN
- LA CONFECTION PARISIENNE
- GRANDE CONFECTION ELITE
- LA LINGERIE PARISIENNE
- LA COUTURIERE PARISIENNE
- FEMINA (ESPAÑOLA)
- LA ELEGANCIA PARISIENNE
- LA REINA DE LA MODA
- MODAS Y PASATIEMPOS
- WELDON'S LADIES' JOURNAL
- FASHIONS FOR ALL
- HARRISON'S DRESSMAKER
- MYRA'S JOURNAL

HERMOSURA E HIGIENE

LA BELLEZA DE LAS MANOS



AS manos deben ser objeto de particular atención tanto de parte del hombre como de la mujer. Son un exponente vivo y constante de la cultura, aficiones y hasta del carácter de la persona. Una rápida inspección, un simple contacto, nos dan a veces idea de la idiosincrasia del individuo. ¡Qué distinta impresión deja en el ánimo un toque de manos afectuosas, ligeramente expresivas, al de esas otras frías, secas, que parecen deslizarse a la más ligera presión! No lo dudemos. Hay manos simpáticas y manos repulsivas, que revelan el carácter. En cuanto a la forma natural, también varían estos elocuentes y serviciales miembros. Tenemos la mano larga, fina y flexible del pianista. Como tipo de mano del pintor encontramos una blanca y grande; así como otra ancha, fuerte y terminada en dedos gruesos y cortos, nos da idea del hombre de trabajo. Naturalmente que todo esto es relativo y que hay numerosas excepciones. Es aventurado tomar cualquier regla en toda su extensión.

En cuanto a que unas manos sean más ó menos bonitas, no depende exactamente de una forma y dimensiones determinadas. La belleza depende de la armonía del conjunto. A una joven pequeña y gruesa corresponden bien las manos cortas y llenitas; como a una persona alta y delgada, las manos largas y finas. El tipo ideal no es precisamente una mano demasiado delicada, sino más bien de regulares proporciones. La estructura de la mano, así como el color de los ojos y la forma misma de ellos, tiene algo de inherente que corresponde con la de muchas generaciones pasadas. La ley de herencia es inevitable y transpasa el campo de la higiene el modificarla. En cambio, ¡qué suma de gracia y belleza se adquiere por un cuidado constante! Son infinitos los recursos para lograr la distinción apetecida. Y no nos referimos a prácticas de alta escuela fuera del alcance de la mayoría. Todo el mundo, aún las personas menos favorecidas por la fortuna, tienen a su disposición variados medios de conservar y embellecer sus manos.

No deja de haber individuos, y lo que es más lamentable, señoras, que juzgan como superflua la atención prestada a las manos. Otras alegan falta de tiempo. Tan equivocados están los primeros como éstas últimas. Nada que contribuya a nuestro perfeccionamiento debe considerarse nunca como superfluo. Por el contrario, es un deber que tenemos con nosotros mismos y con el medio social en que vivimos. Y como deber se ha de respetar y cumplir. Por otra parte, qué distinta impresión produce en el ánimo del observador una ama de casa (pongamos por ejemplo) con las manos cuidadas, a otra que las muestre faltas de la higiene necesaria. Es natural que también falte la confianza respecto a la pulcritud con que ésta última desempeña sus funciones. Como puede pensarse, esto sería horrible para la señora menos pretenciosa. En cuanto a la falta de tiempo, tampoco es razón que puede admitirse. Mejor podría llamarse falta de costumbre. "La costumbre es ley" dice un refrán. Una vez adquirido un hábito, se hace necesidad imperiosa, para la que siempre hallamos un momento de atención en medio de nuestras ocupaciones cotidianas.

Actividad y reposo son puntos capitales para el cuidado de las manos. Es mucho más importante de lo que a primera vista parece, el conceder diario descanso a miembros tan ajetreados como son las manos. Principalmente en personas de temperamento nervioso, que siempre encuentran un motivo para tenerlas en constante movimiento. Ya es parte del cabello que se descompone, ya un juego inconsciente con la cartera, cadena ó cualquier otro objeto. Hay personas para las cuales representaría un verdadero sacrificio cesar por unos instantes el continuo movimiento de sus dedos. Precisamente para estas personas es más necesario concederle atención al reposo. Esto no se consigue sino con el propósito deliberado de llevarlo a efecto. Con la quietud descansan los músculos y los nervios. Una mano que esté en constante actividad se debilita y vulgariza. Se acentúan más las venas y articulaciones, robando mucho a la morbidez y a la estética.

Queda, pues, sentada la conveniencia del descanso diario de las manos. Luego viene el ejercicio premeditado de la muñeca. Se dejará caer el brazo en toda su extensión y entonces se moverá la mano de atrás a delante. Es buena práctica higiénica que facilita la circulación y le da flexibilidad a los músculos. Este aspecto de la flexibilidad es otro de los que contribuyen a la belleza de las manos. Las hay que carecen de ella en absoluto, que tienen la rigidez desagradable de la piedra. El ejercicio por excelencia es la práctica del piano. Para conseguirlo no es enteramente indispensable dicho instrumento. Basta una superficie cualquiera, la mesa, el tocador, etc. Por algún rato, cada día, se moverán los dedos como para tocar el piano, teniendo cuidado de acentuar la presión sobre cada dedo en particular. El menos observador habrá advertido que no todos los dedos se mueven con la misma fuerza y facilidad. A éstos debe atenderse en particular. Otra buena práctica es la de aplicar la mano abierta sobre una superficie plana, de modo que cada uno de los dedos diste del otro todo lo posible y que la palma de la mano toque en toda su extensión dicha superficie. Este ejercicio es conveniente aún más para las personas que cultivan el piano. Da elasticidad y soltura, importantísimas en los ejercicios musicales.

Pero ni la forma ni la flexibilidad son suficientes para la belleza de la mano. Es indispensable el cuidado diario y de cada momento. Las atenciones necesarias a este respecto están tan al alcance de la modesta ama de casa como de la dama más encopetada. Los tra-

bajos rudos del hogar pueden efectuarse con unos guantes, para preservar la mano del efecto del roce y el polvo; los de goma son buenos para los lavoteos necesitados en dichas faenas.

Cuando el polvo se adhiere a las uñas es difícil desalojarlo. Lo mismo sucede con la piel, que a la larga se vulgariza y oscurece. El frotarse las manos con vaselina pura ó "cold cream" antes y después de lavarse, es práctica muy conveniente para aquellas señoras que desempeñan por sí mismas las tareas caseras. No obstante, debe procurarse humedecer las manos lo menos posible, porque el agua y los jabones disminuyen la grasa natural y resecan la piel. La operación poco estética de lavar los platos puede resultar agradable si se hace con las debidas precauciones. Ya provista de antemano con los guantes de goma, se tomará un estropajo y jabón de borax con lo que se procederá al lavado. Esta cuestión de la clase de jabón es importante. La mayoría de esos jabones baratos que se emplean para estos casos contienen substancias que enrojecen la piel y la hacen áspera. Primeramente se enjabona bien el plato y acto continuo se pasa por el agua. Es preferible que sea caliente para que arrastre más fácilmente la grasa. De este modo se evita el remojar las manos hasta un extremo perjudicial. Es conveniente, cuando se ha concluido, secarse cuidadosamente las manos y ponerse unos guantes antes de exponerlas al aire. Para restaurar la piel y quitar esas arrugas características que aparecen cuando se está mucho rato en contacto con el agua, basta bañar las manos en vinagre y frotarlas con cold cream. Una magnífica pomada para este propósito es una mezcla en partes iguales de cera blanca, espermaceti y aceite de almendras dulces. Las manchas de vegetales desaparecen frotándolas con jugo de limón, que al mismo tiempo blanquea. El desagradable olor de cebollas, etc., se quita con un baño de agua de mostaza ó friccionándose con la mostaza misma. Como se ve, cualquiera de estas prácticas es sumamente fácil y al alcance de todas las fortunas. Aún suponiendo que estas precauciones representaran alguna molestia, bien vale la pena de ponerlas en práctica.

La satisfacción de conservar las manos finas y limpias, compensa con creces de cualquier esfuerzo.

No queremos dejar de hacer mención especial de un objeto imprescindible para el aseo de las manos: el cepillo. Pero no uno de esos de fantasía, cuyo mayor mérito reside en un artístico mango. Lo que se necesita es que el cepillo mismo sea bueno. Hay unos de regular tamaño, anchos, fuertes, que suelen encontrarse mejor en las boticas, pues se venden precisamente para médicos y enfermeras. Además de estar más de acuerdo con los preceptos higiénicos, son también baratos. El simple lavado con agua y jabón, cualquiera que éste sea, no es suficiente para limpiar los poros de la piel, se hace necesario un efectivo frote con el cepillo. Ha de tenerse cuidado especial de conservarlo seco. Cada vez que se use debe colocarse de modo que escurra el agua. Todavía es mucho mejor colgarlo, para lo cual se provee previamente de una argollita ó bien de una cinta ó cordón. De esta manera dura más tiempo y su efecto es más eficaz.

Otro peligro que corre la piel, doloroso a la par que feo, es el de agrietarse. La mayor parte de las veces suele tener origen en el uso de malos jabones, pero lo que indiscutiblemente perjudica más, es la exposición al aire frío ó viento. La piel se reseca, se agrieta y se oscurece. Sentado esto, huelga recomendar el uso de los guantes.

Para combatir la tendencia de la piel a researse, es muy recomendable la pasta de almendra en vez de jabón, y fricciones con aceite de almendras. Esto refresca y suaviza al mismo tiempo. En cuanto a las uñas, colocadas por la naturaleza al extremo de las manos, son como lindos pétalos de rosa cuando están bien cuidadas.

Las joyas por sí solas no añaden ni un átomo de distinción, mientras que la mano puede ser hermosamente bella por una esmerada atención. El tipo ideal de uñas es proporcionado: ni largas, ni cortas. La forma de almendra es la más adoptada. La parte mecánica de este cuidado también puede hacerse en casa y con poco esfuerzo. En todo caso se acudirá a la manucure para la primera vez. Visto el procedimiento, es fácil repetirlo. Los instrumentos necesarios no son numerosos, pero deben ser de buena calidad. Una pequeña y fina lima de acero, un par de tijeras de punta curva, un cepillo, ó mejor dicho, un frotador de gamuza, un paquetito de papel esmerilado y un limpia-uñas. Este puede suplirse con una púa de nanajo. En primer lugar, se prepara una palangana con agua caliente, jabonosa, a la que se agregan unas gotas de Colonia ó vinagre aromático. Se sumergen las manos por cinco minutos para ablandar las uñas. Luego se recortan en la forma deseada. Con un poco de cold cream ó manteca de cacao se untan las uñas en todo su contorno con el fin de suavizar la piel que las circunda. Entonces se usará el cabo ó extremo romo del limpia-uñas para separar la piel adherida a la base y costados. La uña debe quedar libre de toda aspereza. Una vez separada la piel se recortan sus partes duras, proporcionando un bonito marco a las uñas. Como último requisito se pulen las uñas con el pulidor de gamuza y polvos que se venden para el caso. Esto es lo verdaderamente indispensable. La receta que damos a continuación es de efectos maravillosos para la conservación de las manos. Es muy sencilla y puede hacerse en el hogar. Tómese ¼ libra de manteca de coco, ½ onza de cera virgen y ½ onza de espermaceti. Mézclese al fuego para formar una pasta. Con ella se untará cada noche el interior de unos guantes donde se meterán las manos. Son preferibles los llamados guantes mosqueteros por ser más cómodos y amplios. Han de ser de mayor tamaño que la mano para que permitan la libre circulación de la sangre.



Es indispensable un constante cuidado

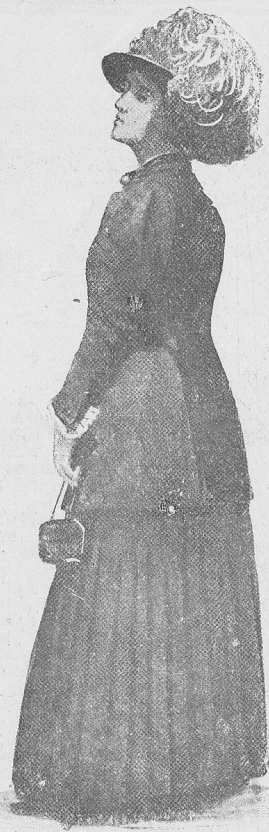


LA ROCA ADORANTE

(Dibujo de Charles Dana Gibson)



La Moda Femenina a traves de las Epocas...



Lo que queda de la crinolina de 1880, trajes tal vez no muy cómodos, pero al menos artísticos. En comparación con ésta y otras modas ya "pasadas", la moda en 1909 representa la simplicidad llevada a su grado máximo.

LOS trajes elegantes hacen más atrayente y más elegante á la mujer, precisamente como ocurre con las avejillas del cielo cuya belleza es á menudo debida al brillante colorido de su plumaje. Existe una estrechísima relación entre la vida y costumbres de la época y el estilo de los trajes que se llevan, de tal manera que un dandy del año 1800 se sentiría tan poco confortable en un traje moderno como un contemporáneo nuestro con una toilette de 1800.

Llamamos nuestra época, la época de "lo práctico" y nos vanagloriamos de haber concluido con las complejidades de los trajes de otro tiempo; pero tal aserción no ha sido demostrada aún, especialmente en lo que concierne á las mujeres y, por otra parte, no se puede tampoco asegurar que las particularidades de las modas antiguas no pudieran aparecer de nuevo, bajo un aspecto ú otro, modificadas, mejoradas, ó sea, simplificadas, respondiendo á nuestro ideal moderno de "lo práctico, lo cómodo".

Es particularmente curioso observar cómo el traje hace cambiar el aspecto y aún los sentimientos de una mujer, porque una mujer no sólo parece distinta, sino que siente y se comporta diferentemente según el traje que viste. El hombre que, para elegir mujer, se propusiera sorprenderla, estudiarla á diversas horas de su jornada diaria, esto es, vestida con distintos trajes, se metería en un callejón con muchas salidas. En verdad de cosas, una señora ó señorita de buena sociedad, en el breve espacio del curso de un día, muda de aspecto según que se eche encima el "matinée", el "traje de paseo" la toilette de mesa á la hora del "almuerzo", la de la "comida" y, por fin, el ya más modesto y sencillo traje que se coloca para quedar en la casa, charlando, soñando un poco, en la intimidad, muy cerca del fuego.

Quienquiera que haya estado en un baile de máscaras, donde personas muy conocidas de él circulaban transvertidas con los más variados trajes que la fantasía de cada cual imaginó, ha notado por cierto cómo tales personas parecían transformadas del todo y cómo en sus gestos, en su habla, han asumido involuntariamente el aspecto del personaje que copiaban: casi una iden-

tificación psicológica muchas veces involuntaria. Además, esta observación pertenece á la experiencia de todos los días, en este caso un poco intensificada. Cuanto más sensible es una persona á las impresiones exteriores, tanto más querrá exteriorizar estos sentimientos. En efecto, existen personas de temperamento tan flemático que pueden pasar años y años de su vida sin sentir la necesidad de algún cambio, y en éstas la experiencia hace poca mella: no cambia en ellas perceptiblemente su modo de ser ó vestir. Para la mujer que pertenece á esta categoría—en el fondo bien poco simpática—de seres, un magnífico traje y un traje horrible, un traje de corte exquisito ó del peor gusto, una moda graciosa y distinguida ó... lo contrario, representan perfectamente la misma cosa: es un traje y nada más; pero, y es una verdadera suerte, las mujeres de este género son escasísimas. No es raro oír en los círculos de hombres que la moda de nuestros días, respondiendo á las exigencias del progreso que han despertado el criterio muy acertado de tender á vivir una vida más sana é intensa, lanzándolas así con verdadero furor á las rudas prácticas del sport, ha dado á la

mujer un aspecto más masculino del que hubiera podido jamás tener en los ya lejanos tiempos de las basquiñas y de los tocados paradójicos. Si quisiéramos establecer un paralelo entre los antiquísimos cuadros que nos permiten la visión exacta de la moda de otros tiempos y la vida de hoy, encontraríamos que la afirmación expuesta más arriba responde hasta cierto punto á la verdad. No obstante, no se puede asegurar que sea completamente exacta y, para convencernos, nos basta con vestir á una dama de hoy día con uno de aquellos trajes que llamaban en Inglaterra "de los primeros Victorianos".

Veremos, pues, que la crinolina, el diminuto chal y el birrete podían perfectamente simular á nuestros ojos, sin ser chocante, á una graciosa niña lista para lanzarse á los sports más endiablados de nuestros días sin perder su aspecto femenino.

¿Bajo el imperio de cuál moda fueron las mujeres más atrayentes, más seductoras, por estar mejor vestidas? He aquí



Un traje del año 1720



Una particularidad de la moda en 1460 era el curioso y largo cubre-cabeza de cuyo extremo pendía un velo.



Un traje del año 1620. Es muy sugestivo el hecho de que no se aleja mucho de la moda de 1720.



La moda del año 1540, con la enorme crinolina, daba un aspecto anticuado hasta á una niña joven.

una pregunta difícil de contestar, por la sencilla razón de que la respuesta no sería sino el producto de la propia opinión y nó la enunciación de una verdad.

Es extraño, pero sin embargo cierto, que la simpatía para con las modas aumenta en conformidad á los años que las separan de nuestra época actual. Mientras encontramos horrible una moda que haya dominado cuarenta ó cincuenta años atrás, no desdeñamos en exhumar y usar, aún con verdadero placer, las modas de épocas más antiguas.

El período más atrayente del pasado más reciente fué en los años comprendidos entre el 1860 y el 1870, conocido en Inglaterra con el nombre de "la primera manera de Millais", porque este artista pintó en ese período de años muchos retratos espléndidos de mujeres.

Las crinolinas eran de justas proporciones y todo el traje no muy amplio. Estaban en voga las telas listadas, de listas anchas y de colores armoniosos, mientras tanto las pesadas telas de seda para trajes de lujo sustituían á las muselinas, muy de moda en el período precedente. Las chaquetas eran de muy gracioso corte en su parte delantera, y el rehinchamiento del canesú, guarnecido de una cinta de flecos de hilos de seda, recordaba los delantales de fantasía cuya boga acababa de caducar. Una vez que pasó el período de Millais, la moda se precipitó en las más aterrantes exageraciones, con las largas basquiñas ó cercos y los ridículos canesús. Francamente, en ese período, era materialmente imposible para una mujer ofrecer un aspecto atrayente. El traje denominado "polacca" era antiestético, y el adorno de la cabeza, con verdaderos canastos, era un horror.

En 1860 los sombreros tenían un aire infantil por su forma baja, sus largos lazos colgantes y las guirnaladas de flores.

Diez años antes, en 1850, las basquiñas de amplio cerco estaban de moda. En aquella época, el corte resultaba muchas veces elegante, y los sombreros, en forma de castillo que dejaban escapar los largos rizos, eran muy graciosos. Chales y mantones eran, por decirlo así, casi de rigor, aunque no siempre eran muy armoniosos los colores populares.

Las modas del siglo diecinueve tuvieron algo de bueno: no fueron

extravagantes, y no hubieran podido serlo, porque los trajes eran tan sencillos que parecían responder al deliberado propósito de demostrar que se podía estar vestido con el minimum del material posible y con poquísimo trabajo.

El año 1800 tuvo sobre el 1820 la ventaja de trajes algo más graciosos. Además, el 1820 se desembarazó de una moda característica del período precedente, esto es, de las pelucas empolvadas y de aquellos complicadísimos tocadores que hacían con sus cabellos, llegando hasta lo inconcebible su extravagancia, siendo su altura media la de cuarenta á sesenta centímetros, adornando tales monumentos con plumas y penachos. Las pelucas adornadas eran usadas tanto por los hombres como por las mujeres, y después no fué necesario usar peluca. Se podía adornar, transformar los propios cabellos agregándoles rizos aquí y allá. Como se ve, la moda del año pasado no tiene el mérito de la originalidad. La sola ventaja de esta moda consiste en dar un aspecto distinto á los peinados más insignificantes.

Echando una mirada retrospectiva nos encontramos en 1790, esto es, diez años atrás, en uno de esos períodos más pintorescos de la moda, una época en lo que todo se exageraba. Era el imperio del antifaz y del afeitado.

El rostro de las damas ostentaba un esmalte pintado con mucha proligidad, sembrado aquí y allá de lunares negros, y las pelucas rizadas y empolvadas, peinadas por peluqueros artistas, dejaban escapar á los lados largos rizos. Y bien, todo el conjunto de este tocado, á pesar de su evidente artificiosidad, era del más alto agrado. Los trajes eran de riquísimos, soberbios brocados, con la parte delantera entreabierta para lucir las basquiñas de vivos colores.

Las crinolinas no eran muy grandes y resultaban muy decorativas cuando no se caía en la exageración. En este período se consideraba como una gran distinción el uso de una mantilla de punto, la que, unida á una graciosa cofia para la cabeza, daba al conjunto una expresión serena y atrayente.

En aquellos tiempos las modas cambiaban menos rápidamente que ahora: diez, veinte y aún treinta años transcurrían sin traer los cambios de cinco de nuestra época. Así, por ejemplo, no es grande la diferencia en la moda concerniente al tocado entre los años 1760 y 1790, ni son de consideración los cambios que puedan notarse en



La moda del año 1790. Era el imperio del antifaz y del afeitado.

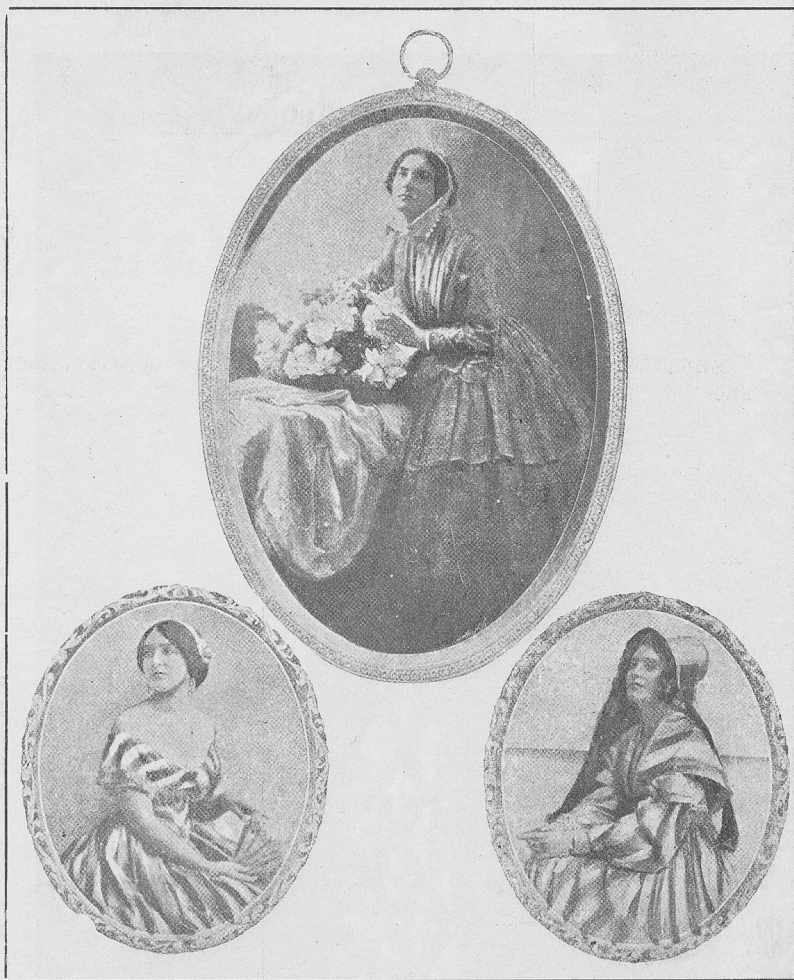
Un soberbio traje del año 1760

Una graciosa cofia que estuvo de moda en 1800. Encuadraba armoniosamente el rostro y daba á la dama que la llevaba un aire muy joven.



Un traje de boga durante el decenio conocido por los ingleses bajo la denominación de Primera manera de Millais: 1860 á 1870.

Los trajes de 1850 fueron encantadores. Agregábase á ellos el sombrerete que dejaba escapar uno que otro largo rizo.



Una moda durante el reinado de la reina Victoria.

En 1820 las basquiñas infladas estaban de moda.

Otra moda bajo el mismo reinado.

los trajes, á excepción de la crinolina que todavía no estaba en boga.

Las franjas eran de una finura maravillosa, y no era ésta cuestión nimia ante el criterio social de las elegantes damas de la época. En el período de las cofias de ancho cerco seguir las exageraciones de la moda era, en verdad, más pintoresco que cómodo. Las damas, más que el procurarse aditamentos graciosos, debían preocuparse de... no producir desastres, y tan importante era este punto que el arte de sentarse era enseñado escrupulosamente por un maestro de baile. Es verdaderamente sorprendente notar la gran semejanza entre

ciertos artísticos trajes de las damas de hoy y algunas modas del siglo doce.

Por lo demás, mucho más tarde aún, allá por el año 1460, encontramos trajes de un estilo que parece haber sido ideado consultando los modernísimos dictámenes de los higienistas actuales.

Precisamente en aquella época y por más de un siglo casi, las damas elegantes usaban un altísimo cubre-cabeza polichinesco de cerca de sesenta centímetros de largo, de cuyo extremo pendía un largo velo voltejante.

¡DUERME, HIJO MÍO!

Duerme, hijo mío, luz de mi vida,
duerme y reposa joya querida,
ramo de flores
de mis amores,
preciada prenda, que cuando el sueño
cierra tus ojos, mi amante dueño,
bajan del cielo blandos rumores,
y en tu alba frente, pura y hermosa,
igual que un cielo limpio de nubes,
tienden sus velos de oro y de rosa
las aéreas manos de los querubes.
Duerme, hijo mío,
que yo te fio
velar tu sueño junto á tu cuna,
mientras tu madre, con tierno anhelo,
al ver tus gracias una por una,
su amor te llama, su fe y su cielo.
¿Quién que dormido llegue á mirarte,

viendo tu rostro, no ha de adorarte?
¿Quién no contempla con embeleso
tus rojos labios, nido de un beso?
¿Quién no te adora,
blanco lucero de blanca aurora?
¿Quién no destierra pesar impío
viendo tu sueño? ¡Duérmete ahora,
duerme, mi vida! ¡Duerme, hijo mío!
Tu madre hermosa, sus negros ojos
también entorna: sus labios rojos
sigue agitando,
y murmurando
esas canciones que te adormecen,
y que susurros más bien parecen
que blandas brisas van disipando.
¡Dios os bendiga! ¡Sois las dos flores
de mi existencia! ¡Sois mi alegría!
¡Seres queridos de mis amores,

sois dos pedazos del alma mía!
Duerme, mi niño,
tú, mi cariño,
la luz que ahuyenta luto y tristeza,
tú de mis ojos querido espejo;
mañana poyo de mi pobreza...
¡consuelo acaso de un triste viejo!
¿Quién de tu sueño ve la bonanza
y en tí no encuentra dulce esperanza?
¿Quién no te quiere? ¿Quién que te mira
por tí no llora, reza y suspira?
¿Quién no te ansía,
alma adorada del alma mía?
Por tí trabajo y en tí confío;
paz de mi casa, luz de alegría,
¡Duérmete ahora! ¡Duerme, hijo mío!

JACINTO SORIANO

EL VOTO

SEBASTIAN Becerro dejó su aldea á la edad de diecisiete años y se embarcó con rumbo á Buenos Aires, provisto, mediante varias oncejas ahorradas por su tío el cura, de un recio paraguas, un fuerte chaquetón, el pasaje, el pasaporte y el certificado falso de hallarse libre de quintas, que, con arreglo á tarifa, le facilitaron donde suelen facilitar tales documentos.

Y en la travesía, le salieron á Sebastián amigos y valedores. Llegado á la capital de la República Argentina, diríase que un misterioso talismán, acaso la higa de azabache que traía al cuello desde niño, se encargaba de removerle obstáculos. Admitido en poderosa casa de comercio, subió desde la plaza más ínfima á la más alta, siendo primero el hombre de confianza, luego el socio, por último el amo. Tan rápido encumbramiento se explicaría, aunque no se justificase, por las condiciones de hormiga de nuestro Becerro, hombre capaz de extraer un billete de banco de un guardacantón. Tan vigorosa adquisitividad, unida á una probidad de autómatas y á una laboriosidad más propia de máquinas que de seres humanos, daría por sí sola la clave de la estupenda suerte de Becerro, si no supiésemos que toda planta muere si no encuentra atmósfera propicia. Las circunstancias ayudaron á Becerro, y él ayudó á las circunstancias.

Desde el primer día vivió sujeto á la monástica abstinencia del que concentra su energía en un fin esencial. Joven y robusto ni volvió la cabeza para oír la melodía de las sirenas posadas en el escollo. Lenta y dura comprensión atrofió al parecer sus sentidos y sentimientos. No tuvo sueños ni ilusiones: en cambio, tenía una esperanza.

¿Quién no la adivina? Como todos los de su raza, Sebastián quería volver á su nativo terruño, fincar en él y deberle el descanso de sus huesos. A los veintidos años de emigración, de terco trabajo, de regularidad maniática, de vida de topo en la topinera, el que había salido de su aldea pobre, mozo, rubio como las barbas del maíz y fresco lo mismo que la planta del berro en el regato, volvía opulento, cuarentón, con la testa entrecana y el rostro marchito. Fué la travesía, como al emigrar, plácida y hermosa, y al murmullo de las olas del Atlántico, Sebastián, libre por vez primera de la diaria esclavitud del trabajo, sintió que se despertaban en él anhelos extraños, aspiraciones nuevas, vivas, en que reclamaba su parte alícuota la imaginación. Y á la vez, viéndose rico, no viejo, dueño de sí, caminando hacia la tierra, dió en una cavilación rara, que le fatigaba mucho: y fué que se empeñó en que la Providencia, el poder sobrenatural que rige el mundo, y que hasta entonces tanto había protegido á Sebastián Becerro, estaba cansado de protegerle, y le iba á zorrugar disciplinazo con las de alambre: que el barco embarrancaría á la vista del puerto, ó que él, Sebastián, se ahogaría al pie del muelle, ó que cogería un tabardillo pintado, ó una pulmonía doble. Como de estas aprensiones suele padecer el que se acerca á la dicha esperada largo tiempo, y con superstición análoga á la que obligó al tirano de Samos á echar al mar la rica esmeralda de su anillo, Sebastián, deseoso de ofrecer expiatorio holocausto, ideó ser la víctima, y desechando antojos que le asaltaron al fresco aletear de la brisa marina y al murmullo musical del oleaje, si había de prometer al Destino construir una capilla, un asilo, un manicmio, hizo otro voto más original, de superior abnegación: casarse sin demora con la soltera más fea de su lugar. Solemnizado interiormente el voto, Sebastián recobró la paz del alma, y acabó su viaje sin tropiezo.

Cuando llegó á la aldea poníase el sol entre celajes de oro; la campiña estaba muda, solitaria é impregnada de suavísima tristeza; todo lo cual es parte á sacar chispas de poesía de la corteza de un alcornoque, y no sé si pudo sacar alguna del alma de Sebastián. Lo cierto es que en el recodo del verde sendero encontró una fuente donde mil veces había bebido siendo rapaz, y junto á la fuente una moza con unas flores, alta, blanca, rubia, risueña; que el caminante le pidió agua, y la moza, aplicando el

jarro al caño de la fuente, y sosteniéndolo después, con bíblica gracia, sobre el brazo desnudo y redondo, lo inclinó hasta la boca de Sebastián, encendiéndole el pecho con un sorbo de agua fría, una sonrisa deliciosa y una frase pronunciada con humildad y cariño: "Beba, señor, y que le sirva de salud".

Siguió su camino el indiano, y á pocos pasos se le escapó un suspiro, tal vez el primero que no le arrancaba el cansancio físico; pero al llegar al pueblo recordó la promesa y se propuso buscar sin dilación á su feróstica prometida y casarse con ella, así fuese el coco. Y, en efecto, al día siguiente, Domingo, fué á misa mayor y pasó revista de getas, que las había muy negruzcas y muy dificultosas, tardando poco en divisar, bajo la orla abigarrada de un pañuelo amarillo, la carátula japonesa más horrible, los ojos más bizcos, la nariz más roma, la boca más bestial, la tez más curtida y la pelambreira más cerril que vieron los siglos; todo acompañado de unas manos y pies como paletas de lavar y de una gentil corcova. Sebastián no dudó ni un instante que la monstruosa aldeana fuese soltera, solterísima y no digo solterona, porque la suma fealdad, como la suma belleza, no permite el cálculo de edades: cuando le dijeron que el espantajo estaba á merecer no se sorprendió poco ni mucho, y vió en el caso lo contrario: que Polícrates en el hallazgo de su esmeralda al abrir el vientre de un pez: vió el perdón del Destino, pero... con sanción penal: con la fea de veras, la tea expiatoria. "Esta fea, pensó, se ha fabricado para mí expresamente, y si no cargo con ella, habré de arruinarme ó morir".

Lo malo es que á la salida de misa había visto también el indiano á la niña de la fuente, y no hay que decir si, con su ropa dominguera y su cara de pascua y por la fuerza del contraste le pareció bonita, dulce, encantadora, máxime cuando, bajando los ojos y con mimoso dengue, la moza le preguntó "si hoy no quería agüina bien fresca". ¡Vaya si la quería! Pero el hado, ó los hados (que así se invocan en singular como en plural) le obligaban á beber veneno, y Sebastián, hecho un héroe, entre el asombro de la aldea y las bascas del propio espanto, se informó de la feona, pidió á la feona, encargó las galas para la feona y avisó al cura y preparó toda la ceremonia de los feos desposorios...

Acaeció que la víspera del día señalado, estando Sebastián á la puerta de su casa, que proyectaba transformar en suntuoso palacete, vió á la niña de la fuente, que pasaba descalza y con la herrada en la cabeza. La llamó, sin que él mismo supiese para qué, y como la moza entrase al corral, de repente el indiano, al contemplar tan linda indefensa, pues la mujer que lleva una herrada no puede oponerse á tales demasías, la tomó una mano y la besó, como haría algún galán del teatro antiguo. Rióse la niña, turbóse el indiano; ayudóla á posar la herrada, hubo pálique, preguntas, exclamaciones, vino la noche y salió la luna, sin que se interrumpiese el coloquio, y á Sebastián le pareció que, en su espíritu no era la luna, sino el sol de Mediodía lo que irradiaba en oleadas de luz ardorosa y fulgente...

—Señor cura, dijo pocas horas después al párroco, yo no puedo casarme con aquélla, porque esta noche soñé que era un dragón y que me comía. Puede creerme, que lo soñé.

—No me admiro de eso, respondió el párroco reposadamente.

—Pues el caso es que tengo hecho voto. ¿A usted qué le parece? Si le regalo la mitad de mi caudal á esa fiera, ¿quedaré libre?

—Aunque no le regale usted sino la cuarta parte, ó la quinta.

Sin duda el cura no era tan supersticioso como Becerro, pues éste, antes de casarse con la bonita, hizo donación de la mitad de sus bienes á la fea, que salió ganando, pues no tardó en encontrar marido muy apuesto y joven. Lo cual parece menos inverosímil que el desprendimiento de Sebastián. Verdad que era fruto del miedo.

EMILIA PARDO BAZAN

Crema



del

Harem



CONSERVA AL

= ROSTRO LA =

Frescura

de la

Juventud



Página
para
hombres

EL ARTE DE AFEITARSE

Sin duda, que una de las grandes preocupaciones de un imberbe, es poder afeitarse. El hombre debe raparse todos los días, porque andar con las mejillas oscurecidas por el pelo, es muestra inequívoca de pereza. El dilema es andar perfectamente afeitado ó dejarse la patilla. Hacerse afeitar por un criado en casa es una cosa y entrar á una peluquería y pagar para que los afeiten, es otra.

Cuán grave sería si el barbero hace un tajo y al continuar después su operación restrega la parte herida con hisopo, en el cual puede haber gérmenes infecciosos ocultos! Y no menos desagradables son las reflexiones que asaltan á nuestras mentes, cuando entregados mansamente á la navaja, pensaremos: ¿qué sucedería si se le desviase la mano?

El hombre debe afeitarse solo durante su vida hasta que llegue el feliz día en que se encuentre algo que pueda sustituir á la navaja.

Pero hay hombres que han pasado su vida entera sin haber podido aprender los secretos del arte de afeitarse, porque

Teóricamente el arte de raparse es sencillísimo y basta con seguir echan á perder. Todos los días se cortan; con el tiempo tienen tantas cicatrices como un estudiante alemán, y como resultado final de estas carnicerías, se dejan el rostro cubierto de manchas de pelos.

Teóricamente el arte de raparse es sencillísimo y basta con seguir las indicaciones de un barbero para evitar los sufrimientos que pro-

porciona una navaja mal empleada.

Lo primero que se exige, es el uso del agua caliente; un buen jabón que dé bastante espuma y que antes de jabonarse se pasa una esponja con agua por la cara.

La navaja debe estar



— La señora
me ha dicho que
cuando tiene vi-
sitas á las que de-
sea verlas nueva-
mente les sirva
una rica taza del
delicioso

TE

DEMONIO

Unicos Importadores:

Alfredo Betteley & Co.

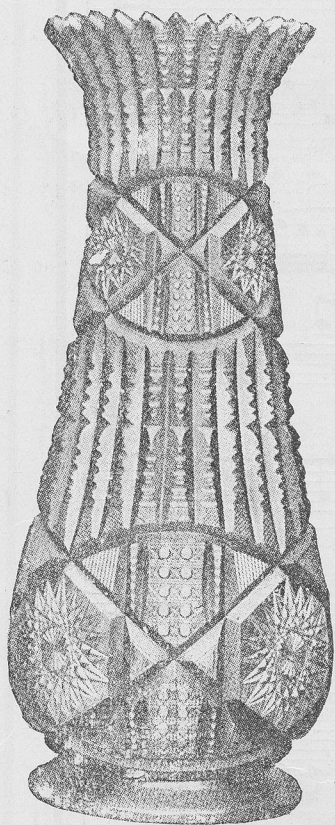
VALPARAISO

Gran Surtido en Artículos Finos

DE

Oro
Plata
Plaqué
Cuero
Cristal y
Fantasia

PARA REGALOS



PERFUMERIA



- MALETAS PARA VIAJE -

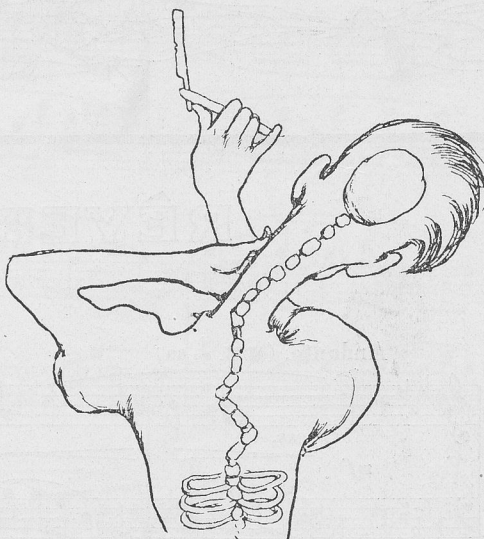
Se reciben Suscripciones
á todos los PERIODICOS
DE MODA □ □ □ □ □

J.W. HARDY

Calle Huérfanos 1016

:: SANTIAGO ::

bien afilada. Al asentarla, no hay que formar un ángulo recto con el cuero del asentador sino que debe pasarse sesgadamente á lo largo



de éste, y en el mismo sentido de la hoja, imprimiéndole una presión muy débil.

Una vez bien asentada se introducirá un momento en agua caliente.

Al afeitarse debe mantenerse el cutis tirante con los dedos de la mano izquierda perfectamente secos.

Este es en teoría uno de los métodos de hacerse la barba, advirtiéndose que existen, sin duda, algunos otros.

Todo el problema está en aplicarlas con destreza, pero pasa siempre, que de diez que se rapan nueve las olvidan á cada instante.

Pero ahora, para felicidad del género humano, se han inventado las navajas de seguridad y los asentadores patentados.

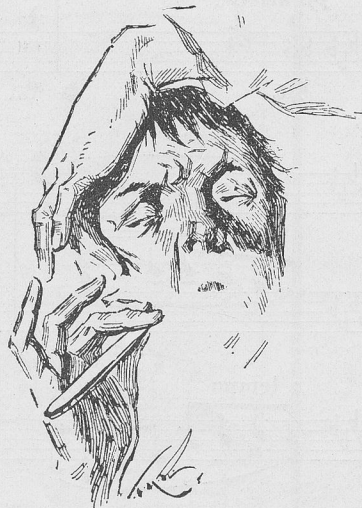
Algunos han ensayado en el mercado las diferentes clases de navajas de seguridad, las máquinas para asentarse y las han abandonado para continuar usando las navajas primitivas y los antiguos asentadores.

Esto es porque han adquirido gran destreza en el manejo de la navaja y los asentadores han fracasado en el aprendizaje de los nuevos sistemas.

Con una buena navaja de seguridad un hombre puede afeitarse sólo, con ligereza, sin agua caliente, con un jabón ordinario, sin importarle que haya luz y sin temor de cortarse.

Gradualmente y á medida que se aprende a raparse por este nuevo sistema se olvida, al mismo tiempo, el mal hábito de gesticular.

Entre los que se afeitan con navaja de seguridad hay quienes aseguran, que hasta se encuentran poéticos durante la rasurante operación.



Joyeria Londres

CASA ESPECIAL
EN OBJETOS PARA
REGALOS

Mauricio Weinstein

Calle Condell 83
Casilla 815

VALPARAISO

Importación de Joyas, Relojes, Brillantes, Perlas :: :: ::

MAYOR Y MENOR



Unico agente
de los afamados Relojes



Clinton
Cannon
Baldvin
Colville
Thyra
Carnegie

PLAQUE marca BRISTOL

ANTEOJOS teatro PIMALION

ANTEOJOS de Carrera y Viaje ETOIL

IMPORTACION DE ARMAS

□ DE TODAS CLASES □



Piano

RÊVERIE

L. St. Giarda, Op. 48, No 5.

Andante. (M.M. 69)

espress. mf

rit. a tempo

pp dolciss. pp p ma espress.

poco rit. poco rit. Poco più mosso.

pp mf f

La mayor maravilla que se ha inventado en el siglo XIX, y perfeccionado en el siglo XX, es el

Autopiano Americano

de The Autopiano Co.

— de NEW YORK —

cuyos agentes únicos en Chile son los señores **Doggenweiler Hnos. y Co.**, Santiago y Valparaíso



Este extraordinario instrumento es un magnífico piano que puede ser tocado como otro cualquiera, por las personas que saben de música; y que, al mismo tiempo, puede ser tocado también por los que no saben de música, con la misma perfección y sentimiento que el mejor pianista virtuoso.

Para obtener tal resultado, es necesario pedir el verdadero y legítimo

Autopiano Americano

de The Autopiano Co.

— de NEW YORK —

el único que reúne todas las condiciones de perfección, seguridad y duración.

Almacén de pianos de las mejores marcas, música, instrumentos y objetos de fantasía.

Doggenweiler Hnos. y Co

Calle Ahumada 99, SANTIAGO

Salvador Donoso 74, Valparaíso

Cómo debe interpretarse á Schumann

EJECUTAR la música de Schumann en la forma ordinaria es perder el tiempo lastimosamente sin lograr sacar ningún partido de sus composiciones, por la sencilla razón de que él divide sus compases en frases según un estilo que le es particular, que le es propio, correspondiendo cada frase á la expresión de una idea, como en un poema. Estas ideas pueden estar, por decirlo así, vaciadas en una línea ó continuar en la próxima, como es el caso del verso.

Si se comete un error en la acentuación, se destruirá completamente el significado y el valor del conjunto, tal cual si se leyera un poema sin ningún conocimiento de gramática. Schumann tenía la costumbre de colocar el acento no al medio del compás, como otros, sino precisamente al fin. Por este motivo, si usted no conoce la regla que rige en la interpretación de Schumann y coloca los acentos como son requeridos por muchos compositores, el resultado será la más completa adulteración del trozo.

La mayor dificultad en la interpretación de Schumann consiste en pillar el correcto ritmo con que debe ejecutarse el trozo. En verdad, son bien pocos los que interpretan correctamente á Schumann en lo que concierne al ritmo. Sin embargo, no es cuestión muy difícil subsanar tal dificultad una vez que se siguen ciertas reglas, y á estas reglas vamos á hacer referencia.

Schumann mismo dice: "Mis composiciones son parte de mis pensamientos, y mis pensamientos parte de mi carácter".

Psicológicamente, Schumann pertenecía al tipo de los cerebros dotados de una gran dosis de fantasía y poesía. Todo lo que él escribió fueron descripciones de escenas de la vida del pueblo. Aún sus más pequeñas composiciones llevan títulos descriptivos. Su tendencia peculiar parece haber sido la expresión de lo existente en la naturaleza ó de retratos individuales.

El nos asegura que escribía primero la composición, buscando en seguida un título que le cuadrara, y en más de una ocasión manifestó su descontento por la imputación que se le hacía de adoptar el temperamento inverso, esto es, la precedencia de la selección del tema. Sea como fuere, el hecho es que tenía una notable y grande facilidad para la caracterización de los hechos y sentimientos. Sea que el tema fuere una premisa, una escena ó un individuo, él escribía una descripción ó monografía musical.

Consecuente á su gran pasión por el piano, el cual llegó á dominar eximamente, sus primeros trabajos fueron compuestos para este instrumento. La primera de sus composiciones para piano, publicada en su Opus 1, es un estudio que responde muy sensiblemente á su original tendencia psicológica y á su modo peculiar de distribuir el ritmo, esto es, sus Variaciones sobre el Thema Abegg. Habiendo encontrado en un baile á una niña cuyo nombre era Meta Abegg, transformó el nombre en una frase musical: A B—E G G, y escribió una serie de variaciones sobre el tema. En la dedicatoria del trozo leíase:

A Mademoiselle Pauline, Comtesse d'Abegg". Tal título constituía una licencia poética.

En el comienzo de la composición coloca el acento en el tiempo más débil y final del compás; precisamente al revés de los cristianos en arte musical. Ejecutar este tema ciñéndose á las reglas ordinarias para la acentuación métrica de él, sería hacerlo ininteligible.

Como el Thema de estas Variaciones se da en la ilustración que acompañamos al presente artículo, podemos entrar sin inconveniente y haciendo referencia á él cada vez que sea menester, á estudiar el método rítmico de Schumann. Cuando hayamos logrado interiorizarnos en el secreto de tal método, nos habremos asegurado un faro que nos será de gran utilidad para evitar los bancos que han hecho zozobrar á tantos bajelos musicales. No obstante, á pesar de la simplicidad de la cosa, una vez que se ha logrado adquirir un completo dominio, no hay día que no se nos presente la oportunidad de oír á Schumann falseado en cuanto á su ritmo.

Su ritmo es fácil de seguir si usted se toma la molestia de fijarse un poco, pero bien pocos creen necesario imponerse este trabajo, y confunden el metro, que es el acento en la parte fuerte del compás, con el ritmo que es algo muy diferente.

En Schumann, como ya se ha dicho, el ritmo no guarda relación con el tiempo fuerte del compás, y aún, como regla general, sucede precisamente lo contrario, pues el ritmo cae de preferencia en el medio ó en la parte débil del compás.

Su música está escrita en versos. Cuando tocamos la música de Schumann tenemos, como en la poesía, la coma, el punto y coma, dos puntos, los signos de interrogación y exclamación y el punto final. Combina dos ó tres frases en una sección ó período: estas frases pueden empezar en el medio ó al fin de un compás. Al final de todo el período ó sección existe la pausa para respirar, exactamente como en el caso de una composición poética que debe ser leída ó cantada ante un auditorio y en que se distribuyen inteligentemente pausas para permitir al actor etc. la oportuna respiración.

Ningún artista interrumpe ó quiebra el tiempo por estas pausas: es el principio del día y quita. Si se roba la duración de una ó dos notas, en el compás que se sigue se compensa el déficit y queda saldada la cuenta del tiempo.

Este "Thema" desarrollado sobre "Abegg" ha sido dividido en cuatro secciones diferentes ó períodos, que comprenden cada uno de ellos siete compases y tres cuartos de compás. Al final de esta primera sección hacemos una pausa apenas perceptible, y para indicarlo ha puesto una coma. Al término del segundo período se ha señalado una pausa mayor por medio de un punto y coma. A continuación, en el último compás, hay una coma nuevamente y, por último, al finalizar la cuarta sección, un punto final señala una pausa muy larga.

En el Thema Abegg que se "modula" en el curso de toda la composición, el primer acento cae en la primera nota, que es casualmente la tercera y débil nota del compás. Más adelante es la última nota del grupo, la *mínima*, la que lleva el acento. Esta está señalada con un acento (1) en el original.

Si alguien quisiera apreciar más claramente la diferencia entre la expresión rítmica correcta y la errada en el trozo que damos, no hay más que ejecutarlo en ambos modos, primero en la forma correcta y en seguida según la acentuación métrica ordinaria sobre la primera nota de cada compás. Esta misma adulteración será el resultado

(1) En la notación sajona, las siete primeras letras del alfabeto corresponden á las siete notas musicales, descomponiéndose de este modo. A. la; B. si; C. do; O. re; E. mi; F. fa; G. sol.

inevitable del descuido en la distribución del ritmo en toda música de Schumann que ejecutemos.

Yo recomiendo siempre á aquellos que quieran estudiar seriamente, que dirijan sus esfuerzos á conocer el principio y fin de la frase, pues con este sensato temperamento se evita el equívoco solfeo.

Con respecto al acento, es ésta una de las cosas más importantes para las frases, pues todo depende de la correcta acentuación. Hacemos esto más ó menos como el lector emite sus palabras. Al escuchar á un orador ó recitador, notamos que una sentencia comienza suave, y va aumentando en intensidad y en seguida se hace más suave. Y bien, al llegar á cierto límite final, la frase musical que le sigue es algunas veces fuerte y al fin un poco más suave. Todo depende de la clase del sentimiento que se desea expresar. Pero si no se tiene una idea ya previa y claramente definida de lo que se va á hacer, la mera operación de acentuar indiscriminativamente.

Ante todo, debemos tener presente en nuestro cerebro el cuadro, asunto ó idea que deseamos materializar, y Schumann no nos permite la menor perplejidad respecto á sus intenciones. Aún la más insignificante de sus composiciones, como por ejemplo las "Escenas Infantiles", tienen sus títulos ilustrados con toda propiedad. En el Carnaval, una obra tan rebozante de vida, ha bosquejado entre otras figuras las de su mujer, Chopin y la suya propia, retratos aparentemente artificiosos é inconexos con relación al título; pero cualquiera de las biografías de Schumann, ó sus cartas, nos darían la clave de esto y de muchas otras cosas que no debiéramos ignorar tratándose de Schumann.

Lástima grande es que la corta extensión de este artículo no nos permita llenar aunque fuera en una pequeña parte este vacío. Será para otra vez.

Las audiciones de Schumann, interpretadas por Anton Rubinstein, resultaron poemas, ejecutados como hubiera recitado un gran actor. Los mejores pianistas modernos siguen la misma senda. De aquí que la ejecución metronómica es tan falta de sentimiento, pues, si no es posible cantar sin respirar, tampoco lo es tocar.

Un pianista que no tenga temperamento artístico, ni siquiera aficiones poéticas, no debiera intentar jamás interpretar á Schumann, que no hace otra cosa que "hacer poesía musical". Y todo verdadero admirador de su música encontrará en el estudio de la poesía un gran auxiliar al interpretarlo. El ritmo de las frases poéticas, la gimnasia imaginativa y la inspiración, son poderosos elementos de afinidad mecánico-artística para con Schumann.

Faschingsschwank, los Estudios Sinfónicos, Davidsbündler, Papillons, son verdaderos cuadros y, para reproducir un cuadro en su verdadero tono, se debe tener la sensación del colorido é imaginación. La ejecución puede ser buena ó mala bajo el punto de vista de la técnica, pero debe esterilizar una idea.

No quiero decir con esto que la técnica sea algo superfluo para la correcta interpretación de Schumann, pues muy al contrario, es indispensable, aún en sus más pequeñas composiciones, y sus obras de mayor aliento lo requieren en un grado superlativo; pero en la ejecución de toda música de Schumann debe primar muy principalmente el sentimiento, ¡el alma! mucha alma!

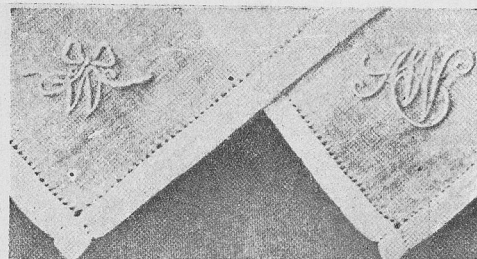
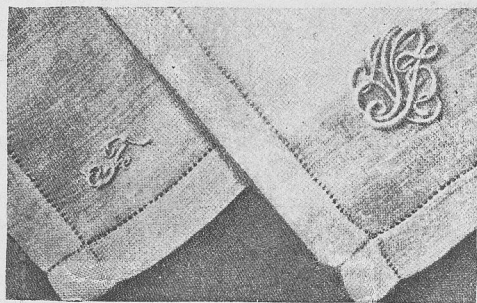
MARK HAMBOURG



LA VISION INSPIRADORA

Dibujo de Howard Chandler Christy

Los nuevos monogramas bordados



Al marcar la ropa blanca que ya está bordada, esta es una cosa secundaria y debe corresponder al estilo del bordado, si fuera posible, pero de ninguna manera debe ser vistoso. Si la ropa que se quiere marcar no es bordada, entonces el monograma ó las iniciales pueden ser tan elaboradas ó tan sencillas como se quiera.

Estilos comunes son preferibles para usarse con cualquier estilo de bordado. Se debe evitar, por ejemplo, usar antiguas letras inglesas en un bordado estilo italiano. Aquí es donde se demuestra el talento artístico de la persona que lo ejecuta. En todo trabajo decorativo, un poco de conocimientos históricos nos salva de hacer una equivocación.

Quiero dedicar aquí un pequeño párrafo para las novias. La primera indicación que quisiera hacer en este sentido es que se adopte una inicial que sirva para todo y para siempre. Se debe tener tres tamaños: uno de cuatro pulgadas para manteles y sábanas, otro de tres pulgadas para fundas, almohadones, tohallas y otras piezas grandes de los ajuarés; otro de dos pulgadas para las piezas chicas, como servilletas y pañuelos. Para estos objetos dareis el nombre nuevo que vais á tener.

Estas ilustraciones muestran hermosos estilos de monogramas entrelazados desde el sencillo cuadrado del A B W hasta el más elaborado oval M L F.

Los monogramas sencillos son siempre bordados sobre mucho relleno. El relleno es muy importante y debe hacerse muy firme y parejo antes de bordarlo encima. Hay que dibujar muy bien el monograma, pues el bordado debe seguir con precisión la línea para no perder el dibujo, que es en lo que consiste la perfección del trabajo. Aquí encontrareis algunas letras sueltas que os pueden servir de guía en vuestro trabajo. Os invito á fijaros en la letra B, que se asemeja á una cinta. Este trabajo resulta siempre muy bonito.

Aquí podeis ver un trébol de cuatro hojas y en el centro de cada hoja van bordadas las letras L. M. T.

Se deben estudiar los diferentes puntos de bordado al pasado para que vuestro trabajo resulte armonioso.

Pasemos ahora á los bordados de los pañuelos. Los pañuelos para hombres deben ir marcados con una letrita muy chica, en un rincón, como á media pulgada del dobladillo. Esta letra puede ser diagonal como en el caso de la F que veis en el pañuelo del grabado. Se puede poner también un monograma de una pulgada como en el caso de A. J. L. En este caso se debe colocar á una pulgada de distancia del dobladillo. Una manera muy bonita y elegante es la de bordar el autógrafo de su dueño, bordado en dos colores muy finamente.

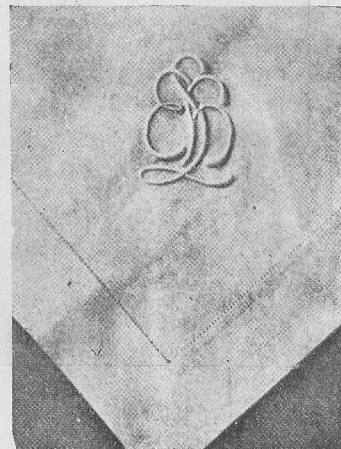
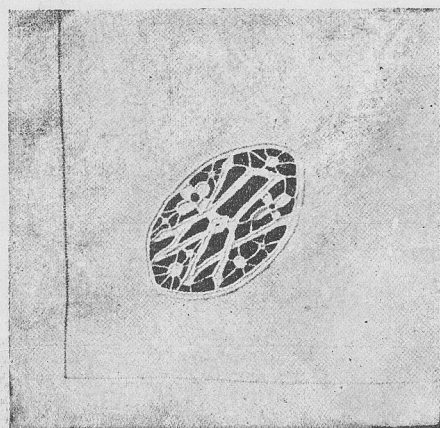
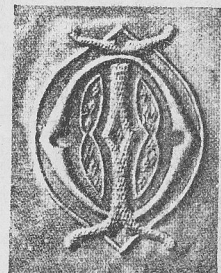
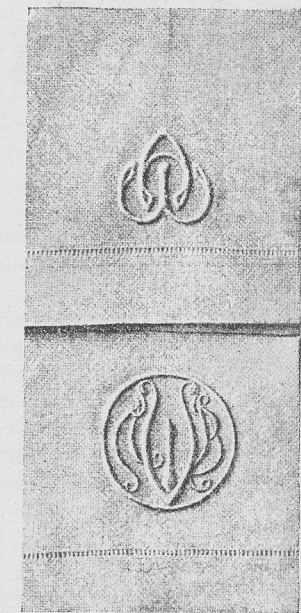
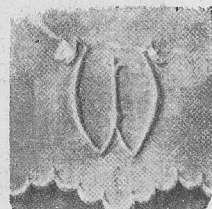
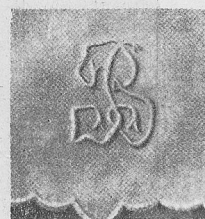
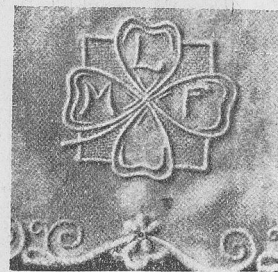
Pequeñas divisas tales como no me olvides, coronas, pequeños canastos ó pájaros, se pueden usar en pañuelos de señoras, si es que se puede hacer este trabajo muy fino; de otra manera un monograma sencillo como el de W. y A. W. son los más convenientes y también es muy bonita y nueva esta manera de encerrar las letras.

Tenemos otros puntos de fantasía en la I. O. que dan un trabajo muy costoso. La I está bordada con puntadas.

La colocación de los monogramas ó iniciales sobre ropa es cuestión de gusto. Hay que colocarlos donde más se luzcan y respondan mejor á su identificación.

Los monogramas sobre manteles se colocan generalmente en el centro ó, si son dos, uno al frente del otro, procurando siempre que queden sobre la mesa. Las servilletas se marcan en una de las esquinas y las de ceremonia tienen la marca al centro.

El lavado y aplanchado es muy importante en el bordado de las marcas, así es que el bordado debe hacerse muy consistente para que resista por mucho tiempo al lavado. El aplanchado debe hacerse sobre franela; esto hará resaltar el bordado. El bordado debe ser tan bien hecho que sobreviva al género. Os aconsejo que al bordar los monogramas pongais todo vuestro talento en ello, pues es muy difícil hacerlo y es algo que se debe hacer muy bien para que dure mucho tiempo.



Buen gusto y mal gusto en Jarrones



Este jarrón es de conveniente largo para servir al propósito de sustentar flores de largo tallo ó helechos y es por sí solo lo bastante hermoso para justificar su colocación en un salón, aún haciendo abstracción de su utilidad. De forma elegante, textura delicada, su color es de un verde-mar claro parduzco con reflejos de un matiz delicadísimo resultante de la combinación y en su aspecto mate parece conservar aún avaramente los caliginosos rayos del sol de Mediodía. No pertenecen estos vasos á la categoría de los que se compran al por mayor ni se encuentran en todas las tiendas, pero no es raro que el "conosieur" inteligente pueda descubrirlos en una tiendecita insignificante, ó bien en una casa importadora de objetos de arte, no en la sección de "novedades" sino, muy al contrario, en algún rincón donde pueda pasar desapercibida tal vez por largo tiempo sin lograr llamar la atención del cliente que compra "á toda prisa" ó del que no tiene paciencia para "bruhlear" entre tanto cachibache. El ejemplar que ilustramos tiene más ó menos 33 centímetros de alto y su costo es relativamente bajo.



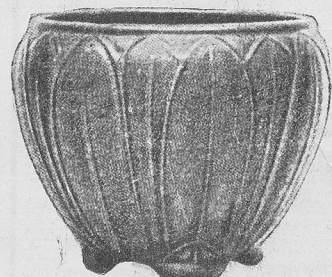
Este vaso es de un color atrayente constituyendo su fondo un tono verde-mar claro con viso pardo muy tenue. Por única decoración ostenta una rama de pino ribeteada de albisima nieve. La rama ha sido pintada con un tono azul apagado y la nieve es una feliz imitación en realce del más puro esmalte blanco. El efecto es de un gusto exquisito. La forma del vaso es ideal para flores de tallo recto. Dá á las flores un aire cuadrangular muy distinguido. ¿Sucedería lo mismo con algunos de los que aparecen á la derecha? En todos los tamaños este estilo de floreros es del mayor gusto y responde admirablemente á la seriedad, belleza y chic de todo salón.



Un florero sencillo, humilde y á la vez artístico para flores pequeñas. De color verde olivo opaco y decorado apenas rudimentariamente con un esbozo de rama y hoja diseñado en la arcilla antes de ser cocida. Forma y decoración sencilla; sin embargo, su aspecto no puede ser más elegante y sus líneas más puras. Dos hay igualmente armoniosos en cristal. Su corte de arcilla ó cristal es bastante pequeño.



Si bien no ofrece este tipo la superioridad de la rectitud de líneas, la armoniosa simetría de su curva se impone para disimular la relativa altura del vaso. De color verde azulado, en su orilla superior recorre toda la gama de los delicadísimos matices intermedios hasta perderse en el aristocrático color pardo rojizo de su base. Una verdadera fuente de sano goce psico-artístico para su feliz poseedor. Da cabida cómoda á un macetero de los corrientes de arcilla y es de solidez y buen gusto indiscutibles.



Otro estilo sencillo con su superficie, de color verde olivo, ligeramente laboreada simulando unas hojas que sobresalen apenas de la línea general del artefacto. Tan tenue es el realce que no se disminuye en nada la utilidad del vaso y aún si se quiere lo hace ganar un tanto en belleza. Los hay de todos tamaños y su precio es bajo.



Un vaso sólido, serio y chic. Las orejas, apenas perceptibles, no alcanzan á destruir la armonía del todo y, no obstante, son lo suficientemente grandes y sólidas para servir al objeto á que han sido destinadas, esto es, dejan pasar y sostienen sólidamente las cadenillas que sirven para colgar el vaso. No haya temor de que la orejita ceda, no es de fantasía. Son un modelo muy recomendable para colocar en ellos macetas de flores péndulas (colgantes).



¿No es ésta una verdadera atrocidad? Orejas torcidas, informes, absurdas, patas sin objeto ostensible y en generosa profusión y una decoración del peor gusto, amalgama de oro y amapola rojas. Anda algo lejos el modelo éste de ser una "joyita" por sí solo y "asesinaria" literalmente á la más bella flor á quien cupiera la desgracia de ser colocada en él. Esta clase de jarrones importa algo más que el del lado y ocupa un espacio que no le corresponde entre los objetos de arte de un salón. Es muy sugestivo seguir, aunque más no sea por amenizar este párrafo, la evolución de tal predilección por estos "vasos". Estos jarrones norte-americanos fueron en un principio el resultado extravagante de un pintor ingenioso y muy buscavida que, no teniendo criterio estético alguno y estando muy urgido de dinero, amontonó abigarradamente flores, hojas, botones, yemas, cucuruchos, etc., sobre un vaso de forma caprichosa y le pasó encima la brocha así no más, á la de Dios es grande... flores?... lacre... ¿lo demás? pues, oro y... tuvo éxito. Y esto es en seguida irónicamente copiado por alfareros de todas las nacionalidades y lanzado al mercado con el pomposo nombre de "American Style". Y lo más divertido del caso es que los mismos americanos lo compran en la inteligencia de adquirir "novedades importadas".

Tal vaso no resistiría á la crítica sana ni bajo el punto de vista artístico ni el utilitario y, en consecuencia, no merece la suerte de vivir. Debiera ser condenado á muerte irremisible. Son muy corrientes y de mucho efecto estos jarrones cuajados de orejas, patitas y multicolores adornos. Su base dorada forma caprichosas y ridículas filigranas, seducen al sencillo aficionado compeliéndolo á llevar á su casa como objeto de arte tal mamarracho. Y por esta aberración artística ha pagado él con toda seguridad seis á ocho veces más del precio que le importaría el que se ve á la izquierda. Invitamos al lector culto y de buen gusto á establecer la comparación de estos dos jarrones. Por lo que á nosotros respecta, recomendamos calurosamente á los que posean jarrones como todos los ilustrados en esta columna (derecha), los hagan mil pedazos y no se espongan ellos ni espongan á sus niños á la corruptora influencia anti-estética de la vista diaria de tales vasos.



Otro atentado al buen gusto. La "dama" se apoya contra una concha marina cuya valvas se afren para recibir flores. No es bella, ni la composición tiene arte alguno. ¿Qué ganan las flores estéticamente en tal vaso y recíprocamente en qué contribuyen ellas al embellecimiento del vaso? ¿Quién podría conservar por algún tiempo esta complicadísima estructura sin quebrarle alguna de sus muchas puntas? ¿Será preciso que digamos algo de sus líneas y curvas? Una sola observación al pasar: su altura es mayor que la del vaso de la izquierda y, no obstante, sólo sirve para sostener flores pequeñas ó botones. Importa tres ó cuatro veces más que el florero del lado.



¡Qué contraste entre este pretencioso vaso y el de la izquierda! Observemos por un instante su sinuoso y accidentado borde superior y las ridículas orejitas tan débiles que no podrían soportar el peso del jarrón si se pretendiera levantarse asíéndolo de éstas. Tanto sobresalen las tales orejitas que difícilmente podría evitarse el tropezar con ellas á cualquier movimiento. Constituyen una constante zozobra del poseedor. Y por esta "pacotilla" se dará el hombre de fortuna el lujo de pagar una á dos veces el valor de un jarrón semejante al modelo opuesto á esta ilustración.



Tiene demasiadas curvas indentaciones, etc., para poder hacernos pensar seriamente en que pueda ser sólido. Su forma es mistificadora, pues á pesar de su ancha boca no podemos colocar dentro un macetero de tal diámetro porque quedaría "pescado" la mitad por las paredes del vaso en su segundo tercio. Como las "aplicaciones" ornamentales azules y doradas han sido puestas "á mano", el precio de este horrible macetero es exorbitante.



Esta clase de jarrones atrae preferentemente la atención del comprador debido á sus brillantes rojos, amarillos, verdes y oro. Encantadoras estrechitas de oro salpican todo el fondo de esta deliciosa obra de arte y seducido por "tanta belleza" el ingenuo comprador, concluye por olvidar que lo que se trata de exhibir es la flor y no el macetero... Y este vaso puede importarle un ojo de la cara... Bien merecido.



PORCELANAS ARTÍSTICAS

Elaboradas á la alta temperatura por Metzler Dnos. y Ortloff de Ilmenau

EL año 1909 es un jubileo para la porcelana. Dos siglos han transcurrido desde que se acertó á producir la porcelana blanca en Alemania. Débese este importante descubrimiento á una feliz casualidad. Un ayudante de boticario, de Berlín, llamado Juan Federico Böttcher, se ocupaba mucho en experimentos de alquimia; logró adquirir gran reputación, al punto de creerse que pretendía hacer oro. Semejante hombre podía ser necesario al rey de Prusia. Pensóse, por esto, en apoderarse de Böttcher y en hacer que su secreto fuera útil para el tesoro del Estado.

Böttcher sospechó aquel plan, huyó al reino de Sajonia y se puso al amparo de Augusto el Fuerte. Por desgracia, la fatalidad de que se libró en Prusia, se realizó en Sajonia: por de pronto fué transportado á Dresda, en seguida á la fortaleza de Königstein, y se le dió el encargo de fabricar oro. El oro esperado con tanto anhelo, naturalmente, no llegaba. En los ensayos practicados, empero, Böttcher reparó en otra idea.

Pero entonces estaba muy en boga la costumbre de empolvar el caballo, y como medio para esto era muy usada una tierra blanca, encontrada en las montañas Erzgebirge sajonas, la cual no era otra cosa que caolina ó porcelana. Aquel polvo llegó á manos de Böttcher; hizo experimentos con él; sustituyó la arcilla roja por la tierra blanca pulverizada, en una vasija rojiza parecida á la loza, que encontró, resultándole así, en 1709, una porcelana semejante á la de China. Ya no se habló más de hacer oro, sino que se acogió inmediatamente la fabricación de la porcelana. Púsose gran cuidado en mantener en secreto la elaboración de la porce-

les, ni antes ni después de él. Sobre la adaptabilidad de configuración casi ilimitada, el nuevo material ofrecía también un campo á la pintura, de suerte que á su valor real se unía el valor artístico.

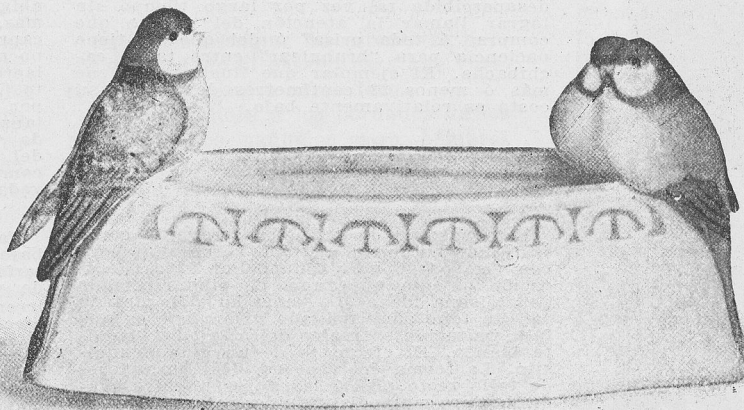


Figura 1

Notóse, empero, que la porcelana puramente blanca hacía un efecto demasiado frío y seco, y se volvía al gusto por los colores, como había sucedido con la antigua loza vidriada, mayólica y otras obras de alfarería.

Pronto se reconoció que la paleta rica en colores de la cerámica medioeval, no se dejaba transportar simplemente á la porcelana cruda, sino que esos colores se destruían en la porcelana al fuego. Esta observación condujo á decorar los objetos terminados, superponiendo los colores sobre el barniz; técnica que se ha conservado hasta el día. Esta "pintura sobre barniz" permite al artista gozar de los colores á su sabor; todas las gradaciones están á su disposición; se halla en estado de imitar toda la riqueza de colores de sus alrededores y de rendir con eso homenaje á un naturalismo extenso.

Otra cosa es la "pintura bajo el barniz", en la que se pintan los colores sobre las piezas de porcelana cruda, se barnizan y se calientan hasta una alta temperatura, que les da su brillo completo. Esta técnica es igualmente antigua, si bien estaba reservado á nuestro tiempo completarla, práctica y artísticamente, llevándola hasta una altura que antes apenas se creía posible.

En tanto antes se conocían sólo unos pocos colores, bajo barniz, principalmente de matiz azul, que resistían al fuego necesario para fundir el barniz, la paleta se ha enriquecido esencialmente en los últimos 20 años. Dió el impulso para ello la Fábrica Real de Porcelana de Copenhague, con la ostentación de una serie de exitantes pinturas bajo barniz, cuyo origen remontaba hasta un estudio inteligente de modelos japoneses; dejaban entrever un naturalismo sano, con un arte plano decorativo muy desarrollado que reconocía únicamente á la naturaleza como modelo.

Los artistas de Copenhague no habían buscado motivos por largo tiempo, los tomaron de su país natal, de los alrededores, y los copiaron con pintura bajo barniz sobre placas de porcelana, sin la intención de producir efecto plástico, sino decorativo. El resultado fué enorme: al espectador se presentaba una pintura bien dispuesta, en colores tiernos, que presentaban una suavidad que se consigue únicamente cuando se refunden igualmente en un todo el color con la materia.

Es muy comprensible que la Fábrica de Copenhague y otras del norte hicieran escuela. El nuevo arte se mostró apropiado á

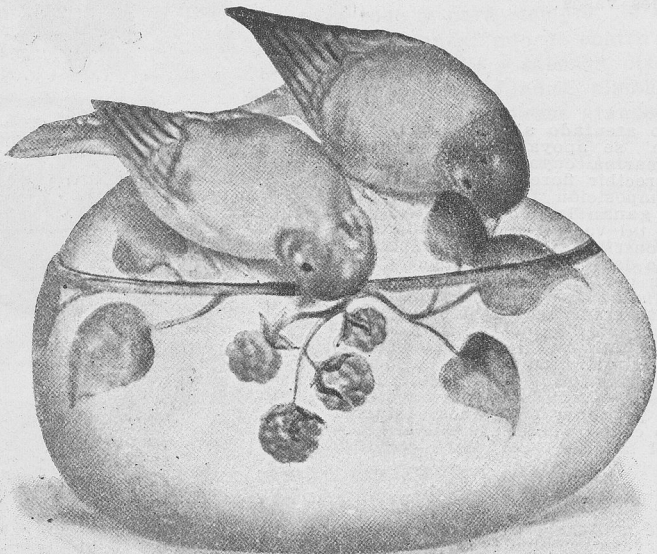


Figura 2

ana; el que lo revelara debía ser condenado á presidio perpetuo. Imposible fué, sin embargo, reservarlo durante largo tiempo. Pronto erigiéronse otras fábricas en Viena, en 1718; en Höchst, en 1720; en Nymphenburg, en 1747; en Berlín, en 1751; en Sévres, en 1765; en Copenhague, en 1780.

Cuanto esos establecimientos han ejecutado, en sentido técnico y artístico, ha sido apreciado sólo en los tiempos más recientes; empero, desde el comienzo se notó una influencia poderosa de la porcelana sobre las relaciones de la cultura. Para la cerámica principió una nueva era, un tiempo que penetró inconscientemente hasta la belleza y realidad del material, requisito que es hoy presuposición de toda creación artística.

Encontróse un material que por su consistencia densa, homogénea, por su color blanco, deslumbrante, combinado con cierta transparencia luminosa, hacía efecto por sí solo, y podía, por eso, ser declarado materia prima noble. Demostróse, al efecto, ampliamente apta para decoraciones, alcanzando así un perfeccionamiento á que no llegó ningún otro material de las artes manua-

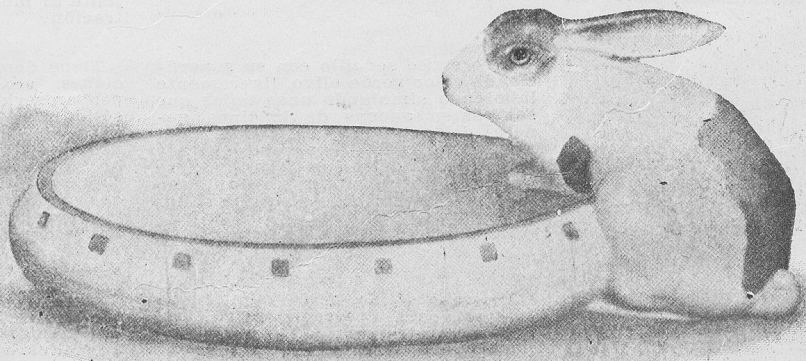


Figura 3

la porcelana, correspondiendo enteramente al carácter de este material. La técnica del requisito ya mencionado sobre la realidad de la materia prima, se prestó tanto mejor cuanto no era objetivo en sí misma, no pretendía encubrir la porcelana ni presentarla en el fondo, sino vivificar sus trozos blancos, ennoblecerlos, y hacer obrar la tierna suavidad del objeto en íntima armonía con la decoración.

Esta armonía y unidad de objeto y decoración son la característica de la cerámica legítima, de la pintura bajo barniz. Bajo el punto de vista práctico, la pintura subpuesta tiene una ventaja de particular valor. A consecuencia de que los colores pintados sobre porcelana cruda, cubierta en seguida con barniz transparente y cocida al calor, recibe una capa protectora, excluye cualquier desgaste de colores, inevitable en la pintura superpuesta.

Aunque la pintura bajo barniz fué introducida, en sus principios, sólo en las fábricas del norte y en las fiscales, no quedó siendo un privilegio de aquellos establecimientos; por la inversa, gracias á su alta esencia artística, encontró acogida franca en toda la industria de la porcelana. Especialmente un número de fábricas alemanas pueden demostrar, en los tiempos modernos, un éxito brillante en el dominio de la pintura bajo barniz.

Al último decenio se deben, en general, en el campo de la cerámica, los resultados más importantes y decisivos. De suyo se comprende que éstos penlen estrechamente de la nueva dirección que ha tomado el arte con el cambio del último siglo. Encontramos desde los últimos diez años del siglo pasado, en todos los dominios de la actividad artística, un movimiento que no se apoya, como hasta ahora, en el pasado, sino que aspira á crear y configurar libremente sus formas, para cada objeto, en conformidad á la vida moderna. Este movimiento ha sido acompañado de un impulso poderoso; gracias á él ofrece hoy la cerámica, señaladamente la cerámica alemana, una pintura por muchos respectos de creación más artística.

Hay en Alemania tres centros industriales de porcelana, en Silesia, en Baviera y Turinjan. Los dos primeros proveen de porcelana doméstica no sólo los mercados europeos y americanos, sino del mundo entero, particularmente con servicios para café y para comidas. En cuanto respecta á la clase del material, como á la forma artística y decoración, la cualidad de lo que producen esas fábricas se ha elevado, en los últimos 20 años, de tal modo, que sus mercaderías pueden competir de buena fé con los productos manufacturados en las fábricas más famosas. Por la inversa, en porcelana de lujo Turinjan ha tomado desde antes una situación directiva que conserva hasta hoy: más de cien fábricas, diseminadas por todo su territorio, elaboran como especialidad toda clase de tipos imaginables, desde el más fino al más barato.

Una fábrica que se ha propuesto elaborar porcelana de lujo de la mejor clase, y que desde años ha preferido la decoración bajo barniz, que ha llevado á un grado de perfección considerable, es la de los Hermanos Metzler y Ortloff, de Ilmenau. Las figuras aquí exhibidas dan testimonio de su amplitud, y de cómo ha sabido corresponder á todas las exigencias del gusto moderno fundado en el arte.

La serie principia con un pastor artísticamente modelado. El

artista supo infundir vida a su modelo; toda su postura, el gran sombrero gacho, la cara endurecida por la intemperie rodeada de una blanca barba, el capotón típico de los pastores son tan característicos que no podían ser mejor reproducidos. Una mujer que lleva una cesta, es natural en toda su postura; su vestidura sencilla, el pañuelo ceñido á la barba, en el que encuadra su rostro hechicero, la gran cesta de asas se reúnen en un todo armónico que hacen efecto excelente en su naturalidad y su especie.

Dicha firma ha extraído del mundo de las aves motivos deliciosos, de cuya vida se presentan algunos cuadros á nuestra vista. Magnífico es, por ejemplo, el jarrón en que una silvia pica las uvas de un racimo. Igualmente original y diestro en la composición es un huevo de pascua, sobre cuya cubierta se ven una silvia y un garrulo bohemio con anhelo de comer murras (fig. 2). Pieza escogida es una florera (fig. 1): dos pajarillos nuevos, paros ó abejarucos, están echados, tímidos, uno junto á otro, acurrucados y escuchan asombrados los tonos que el "viejo" saca de su garganta. El artista obtuvo éxito excelente al representar conforme á la vida esta magnífica escena.

De efecto realmente artístico es la taza con dos silvias paradas en el borde. Correspondiente á ésta es la taza en cuyo borde se requista un conejo irguiendo las orejas (fig. 3). En ambas piezas hacen efecto excelente los colores juntos con los modelos puros, poco empleados pero sencilla y artísticamente. El ancho plano de las tazas contribuye á que el blanco puro lechoso del barniz aparezca en todo su brillo.

Otra florera reproduce una escena de la vida infantil. Un niño y una niña se entretienen en moler un caracol que ocupa el borde estrecho para pasear.

Cuán buen efecto produce la pintura bajo barniz por la concurrencia armónica de varios colores, se muestra en el jarrón, objeto lindo de pintura plana decorativa. La rama de zarzamora en sus colores tiernos está reproducida de modo tan acabado, que uno cree verla al natural. Precisamente éste objeto muestra que debe tenerse en vista un manejo diestro para el efecto de los colores á alta temperatura, los cuales nunca pueden alcanzarse con pintura sobrepuesta.

También la pintura de paisaje está sustituida por un plato de pared, con un lago alpino y montañas nevadas en el fondo; y por un jarrón en que se ve un impresionante paisaje de pradera.

Que se pueden fabricar objetos domésticos artísticamente acabados, lo muestra una dulcera enlazada por el profesor Hausteín de Stuttgart.

En los objetos aquí exhibidos, en los que en cada uno se muestra el encanto de una obra sentida de artista, se ve qué efectos separados, qué gradaciones hermosas, encantadoras, tiernas, suaves, pueden alcanzarse en la pintura bajo barniz. Si se lograra obtener las gradaciones que saltan á la paleta de colores al fuego, sería otorgado un éxito vasto á la decoración bajo barniz. Deben obrar conjuntamente, por cierto, la pureza de forma, la técnica artística de la pintura y una porcelana perfecta en materia de barniz. Parece que esta armonía existe en alto grado en la fábrica de Metzler Hermanos y Ortloff.

DR. J. KORNER

TEMA SCHUMANN SOBRE ABBEG

(Con indicaciones especiales, ideadas por Mark Hambourg, que facilitan su correcta interpretación)

animato. M. M. $\text{♩} = 108$.

TEMA. *mf*

pp

mf

pp

crescendo

poco crescendo

Sola

Ped

21



UNA BUENA GOMIDA

LAS sopas forman un detalle muy importante en el arte culinario y son por lo general excelentes y económicas si se saben preparar.

Para preparar el caldo.—Se escoge un pedazo de rabo, hueso de agarradero, un trozo de posta y todos los restos de ave ó carne que se tengan. Esta receta es para dos días. Se pone la carne en agua fría á fuego lento para que se vaya cociendo poco á poco; una vez que hierve se le quita la espuma y se le pondrá una cebolla con un clavo de olor, una zanahoria, un ramo surtido y un porrón. Se dejará hervir y, cuando las verduras estén cocidas, se sacarán, se dejará hervir por otra hora. Al tiempo de colar la sopa se separará la mitad para guardar sin sal y la que se use en el día se saleará.

Para hacer consommé se colará bien el caldo en una servilleta, se le pondrá un poquito de caramelo, media cucharadita de extracto de jugo de carne de Liebig.

Sopa al natural.—Se pondrán tostadas de pan en la sopera y se le echará el caldo hirviendo.

Sopa de acelgas.—Póngase una onza de mantequilla á calentar, agréguesele un puñado de acelgas picadas y lechugas lo mismo; cuando las acelgas estén cocidas con el vapor de la mantequilla se les agrega medio litro de agua y medio de leche, se deja hervir un cuarto de hora. En la sopera se le pondrá dos yemas de huevo, tostadas de pan, el jugo de medio limón. Ahí se pone la sopa hirviendo.

Lenguado á la bosmaque.—Póngase en una fuente que pueda ir al horno un lenguado después de haberlo limpiado con cuidado; se le pondrá jugo de limón, vino blanco, mantequilla, se meterá al horno y se le colocará al rededor una jardinera, zanahorias, nabos y champignones, todo esto se pondrá en una salsa blanca que se hará del modo siguiente: Se hará hervir una taza de vino blanco y cuando esté reducida á la mitad se retirará del fuego. Se pondrá una cucharada de mantequilla y una de harina al fuego;

estando bien unida se le pondrá un poco de caldo de pescado y el vino hervido, sal, pimienta, nuez moscada y se dejará hervir hasta que esté cremosa. En esta salsa se pondrán las verduras y aparte se servirá el resto de la salsa.

Pollo con naranja.—Se cortará al pollo, se colocará en una cacerola al fuego con una cucharada de mantequilla, se saltará y al cabo de media hora se le pondrá una taza de jugo de naranja colado, se le pondrá sal y pimienta y se servirá muy caliente con crutones de pan frito al rededor.

Huevos á la bouchère.—Para seis personas: 12 huevos chicos frescos, 12 tostadas de pan de molde ovaladas, médula fresca y caliente, cuatro chalotas, un cuarto de litro de vino tinto, dos cucharaditas de jugo de Liebig, 100 gramos de mantequilla y dos cucharaditas de perejil picado.

Córtese el pan sin cáscara de tres centímetros de largo por 7 de ancho. Esto se cortará con molde y se harán de 7 á 8 milímetros de espesor. Háganse freír en mantequilla caliente.

Píquese la chalota muy fina, póngase á hervir con el vino tinto hasta que éste quede reducido á la mitad y se le agrega el jugo de carne; manténgase á un lado este jugo hasta que llegue el momento de hacer la salsa. Póngase la médula á hervir en agua hirviendo con sal. Estando esto cocido, se saca y se corta en rajitas redondas.

Se pasan los huevos por agua con un poco de vinagre. El modo de hacerlo es poner una cacerola grande y quebrar todos los huevos de una vez; estando buenos para sacarlos se sacan con todo cuidado, se echan en agua tibia y después se colocan en una servilleta. El pan frito que se habrá mantenido caliente se colocará en forma de corona alrededor de la fuente, colocando un huevo sobre cada tostada; se echará la mantequilla á la reducción de vino y jugo y se le pondrá un poco en cada huevo; con un tenedor se le pondrá un pedazo de médula sobre cada huevo.

Para aprovechar la carne de puchero.—Ingredientes: una libra de carne cocida, un cuarto de libra de carne de salchichas, 60 gramos de mantequilla, una cucharadita de café de sal, la tercera parte de una cucharadita de café de pimienta molida, dos yemas de huevo, una clara, media libra de tomate, aceitunas verdes, dos tazas de caldo y una cucharada de café de harina. Píquese la carne con las salchichas, agréguesele los huevos, únase todo muy bien, fórmese una bola, cúbrase con tela de chanco y amárrase perfectamente. Póngase en una cacerola con un poco de mantequilla, hágase dorar suavemente por todos lados, échese el caldo, agréguesele el tomate sin pepa cortado en pedacitos y las aceitunas. Se deja hervir por hora y media; al servirlo se le agrega la harina, la que se habrá deshecho en agua fría. Se unirá á la salsa, se sacará la bola de carne, se le quitará la tela de chanco y se sirve cubierta con la salsa.

Fresas á la Magda.—Para 10 personas: Fresas, tres cucharadas de azúcar flor, media cucharada de azúcar con naranja (ésta se hace poniéndole á el azúcar gotas de jugo de naranja), una copa de Kirch y otra de Marrasquino.

Modo de prepararlas: Se colocarán las fresas en una fuente, se les espolvoreará el azúcar molida, el Marrasquino y el Kirch y el azúcar con naranja. Se deja así por 25 minutos. La crema tendrá que estar muy fresca y se pondrá en hielo, ahí se batirá suavemente para principiar, después con fuerza hasta que esté espesa. A esta crema se le pondrá ligero dos cucharadas de azúcar flor vainilla.

Se colocan las fresas en una compotera un poco honda con el jugo que han exprimido, se cubren con la crema batida y se adornan con fresas.

Damascos Pralines.—Ingredientes para 10 personas: Veinte damascos grandes, medio litro de almíbar, una taza de vainilla, 200 gramos de sémola blanca, tres cuartos de litro de leche, 100 gramos de azúcar, un grano de sal, 20 gramos de mantequilla, 4 ye-

más de huevo, tres cucharadas de azúcar flor, una clara y media de huevo y doce almendras peladas y secas.

Se pone á hervir la leche con el azúcar y la vainilla; una vez que el azúcar esté bien deshecho se le va poniendo la sémola poco á poco, el grano de sal, la mantequilla. Cúbrase la cacerola y póngase al horno suave, hasta que la sémola haya absorbido la leche completamente. Se saca, se deja enfriar diez minutos y al cabo de este tiempo se le quita la vainilla y se le agregan las cuatro yemas de huevo. Se coloca en una fuente que pueda ir al horno un círculo liso untado en mantequilla; dentro de esto se pone la sémola; estando frío se le quita el círculo ó metal.

Los damascos: Se pone un cuarto de litro de agua á hervir, ahí se le pone el azúcar y vainilla, después de que haya hervido siete minutos se retira á fuego lento, ahí se colocan los damascos partidos por la mitad seis minutos, se sacan éstos y se ponen los otros diez por el mismo tiempo. Se parten las almendras y se pican muy finas (tienen que haberse secado de antemano).

En una fuente honda se pondrá el azúcar flor cernida y las claras de huevo; se trabajará esto con la espátula y después con bastante fuerza hasta que haga cinta. Se pasan los damascos por esta crema. El resto se une con las almendras, se cubre el molde de sémola con esta azúcar y se adorna con los damascos. Se mete al horno por un instanté.

Voy á enseñar á las lectoras de FAMILIA a hacer Puddings. Sin duda que se dirán, ¿quién no sabe hacer Puddings? Todas pueden hacer un buen Pudding, ¿qué arte tiene? Sin duda, que todas pueden hacerlo; pero, la cuestión es hacerlo bueno.

Muy pocos Puddings se hacen sin harina, ésta debe ser de primera calidad y cernida. La riñonada debe buscarse siempre la que está junto al riñón y que esté muy fresca. Se le quitará el cuerecito, se molerá y en seguida se pasará por la máquina de moler carne, poniéndole un poco de harina para que no se pegue.

La mantequilla es necesario que sea sin sal, y si esto no se consigue, se lavará la salada en muchas aguas hasta quitarle la sal.

Los huevos tienen que estar muy frescos, pues, si no está perfectamente entera la yema, no queda el Pudding tan bueno. Las especias que se deben usar para hacer Puddings son las siguientes: jengibre, nuez moscada, clavo de olor, canela molida. Yo aconsejaría de comprar en los almacenes de provisiones ingleses paquetitos que vienen preparados de Europa y que cuestan muy barato.

Para mezclar el Pudding hay que seguir exactamente la receta, no ponerle ni de más ni de menos y hacerlo tal como dice aquella.

Voy ahora á darles algunas recetas que espero les agradarán.

Pudding de Pascua.—Ténganse dos libras de pasas sin pepas, muélanse un poco, pónganse en una fuente de barro, agréguesele dos libras de pasas de corinto, dos libras de grosellas bien lavadas, dos libras de miga de pan, una libra de cáscaras de naranja, limón, cortados en pedacitos, dos libras de azúcar moscada, dos onzas de especias en polvo, dos libras de riñonada preparada como se ha dicho, una cucharadita de sal; únase bien todo esto y agréguesele dieciséis huevos muy batidos y una copa de cognac, una cucharadita de esencia de limón, una de ratafiá, ó bien del que se quiera; si no está suficientemente húmedo se le agrega la leche necesaria para hacerlo húmedo y una cucharada de harina cernida. Las cantidades que doy son para hacer un gran Pudding.

Se colocará en un paño limpio especial que para esto se habrá pasado por agua hirviendo, se seca y se estira en una mesa, se le unta mantequilla; espolvóresele bastante harina, póngase ahí el Pudding, amárrase muy bien para que no le entre nada de agua, se pone á hervir por seis u ocho horas.

Este Pudding es mucho mejor si se hace el día antes, se sirve con almendras peladas, claveteadas sobre el Pudding y se hace arder con cognac ó Rhum, se sirve con salsa de cognac y crema batida.

Plum Pudding sencillo.—Tómese una libra de pasas sin pepas, una libra de grosellas picadas y bien lavadas en agua caliente, una libra de riñonada preparada como se ha dicho, una libra de azúcar moscada, póngase todo esto en una fuente de barro, agréguesele media libra de migas de pan, media libra de harina, dos onzas de frutas confitadas cortadas en pedacitos y una cucharada de postre de especias, seis huevos muy batidos, una copa de cognac, una cucharadita de esencia de limón. Hágase hervir como el anterior, en una servilleta por cuatro horas.

Chancellois Pudding.—Téngase un molde liso, póngasele una capa de mantequilla todo al rededor de medio centímetro de grueso, colóquense pasas sin pepas y abiertas después de haberlas pasado por agua caliente, lo más junto que se pueda, se le coloca otra capa de tostadas de miga de pan de media pulgada; espolvóresele una cucharada grande de

azúcar moscada y sobre esto una capa de grosellas pasadas por agua hirviendo y después secas; sobre esto frutas confitadas cortadas en pedacitos y un poco de nuez moscada, otra capa de pan, otra de azúcar, otra de grosella y así hasta llenar las tres cuartas partes del molde.

Bátanse diez huevos, claras y yemas, hasta que queden como bizcochuelo, y se le agrega una copita de cognac y una cucharadita de esencia de limón. Llénese el molde con esto y póngase al baño de María por dos horas y media. Sírvasse con salsa de chuño ó de vino.

Pudding de bizcochuelo.—Se pone en un molde liso untado en mantequilla bizcochuelo deshecho, se llena el molde hasta la mitad, se le pone una capa de frutas confitadas y se llena el molde con leche, que se habrá batido con tres ó cuatro yemas y una copa de cognac al baño de María por una hora y media. Se disuelve jalea de grosella con un poco de agua caliente y se cubre el Pudding al mandarlo á la mesa.

Palmira Pudding.—Tómese una libra de dátiles, quítese el hueso, píquese muy fino, una libra de harina y media libra de riñonada de buey preparada como se ha dicho, un cuarto de libra de azúcar moscada, mézclese bien todo junto, agréguesele leche, póngase en un molde al horno suave por dos horas.

Excelente Pudding de pan con mantequilla.—Se pone en un molde untado con mantequilla una capa de pan de molde cortado muy fino con mantequilla (solamente la miga), se le pondrá una capa de mermelada de damasco, otra de pan con mantequilla, otra de mermelada de naranja, otra de pan con mantequilla con mermelada, y así alternando las mermeladas hasta llenar las tres cuartas partes del molde, se llena con leche, huevo y cognac batidos de antemano. Se pone por una hora al baño de María. Se sirve con salsa de vino.

Pudding de colegiales.—Tómese tanta cantidad de migas de pan como riñonada preparada como se ha dicho, y grosellas remojadas en agua caliente, agréguesele especias y azúcar moscada al paladar. Mójese esto con uno ó dos huevos batidos, agréguesele un poco de cognac y raspadura de limón, colóquese en tazas y en seguida se pasan por huevo y después por harina, se frien en mantequilla y se sirven con salsa de vino.

Pudding de arroz molido.—Lávense cuatro onzas de arroz, después de quitarle los granitos negros é impurezas, se pone á hervir en un litro de leche; cuando la leche esté espesa con el arroz se le pondrá cuatro onzas de mantequilla, la yema de ocho huevos muy bien batidos, seis onzas de azúcar flor, sesenta almendras dulces y veinte amargas peladas y una copa de cognac. Mézclese todo muy bien, póngase en un molde al horno por una hora.

Pudding de limón.—Frótese la cáscara de un limón con cuatro onzas de azúcar, bátanse las yemas de cuatro huevos, únase con el azúcar y cuatro onzas de mantequilla, colóquese en una budinera por un cuarto de hora, á fuego muy lento; poco antes de terminar, agréguesele el jugo del limón y una copita de cognac.

Pudding de higos.—Prepárese como se ha dicho media libra de riñonada, agréguesele media libra de pan, la misma cantidad de harina cernida, seis onzas de harina cernida y media cucharadita de nuez moscada. Mézclese todo esto muy bien y agréguesele dos libras de higos picados muy finos, mójese todo con tres huevos muy batidos. Agréguesele un poco de leche si los huevos no son bastante para mojarlos. Póngase en un molde bien untado en mantequilla. Hiérvase por cuatro horas por lo menos.

Pudding de limón.—Pélese un limón grande, póngase á hervir la cáscara hasta que esté blanda, muélase en el mortero con una onza de azúcar hasta que quede bien deshecho. Póngase esto con ocho onzas de riñonada fresca preparada como se ha dicho, tres onzas de azúcar en flor. Mézclese todo muy bien, agréguesele cinco huevos muy batidos, el jugo del limón, agréguesele una cucharada de harina cernida. Hágase hervir por una hora en un molde muy bien untado en mantequilla. Sírvasse con salsa de vino.

SALSAS PARA PUDDING

Salsa de vino.—Bátase una taza de mantequilla hasta que esté como espuma, mezclada con un poco de harina con agua, agréguesele una cucharada de azúcar prieta, media cucharada de esencia de limón y un poquito de nuez moscada, media copa de jerez y media copa de cognac. Caléntese esto sin dejarlo hervir y revolviendo. Sírvasse caliente.

Salsa de chuño.—Deshágase una cucharada de chuño en agua fría, agréguesele agua hirviendo, revolviendo siempre. Colóquese en una cacerolita con un poco de esencia de limón, azúcar prieta al paladar, media copa de jerez, media copa de cognac. Revuélvase hasta que quede de un espesor regular.

EL CHEF



Gracias

al Aceite



BAU

Ateselo al dedo
para no olvidarse



UNICOS IMPORTADORES:
Gonzalez Soffia y Cia.
VALPARAISO

AGENTES EN SANTIAGO:
Schmidt & Wehrhahn
PUENTE 548



MENU

(Almuerzo)

Gateau de boeuf a la charbonniere
(Pan de Buey a la charbonniere)

Mayonesa de Aue

Haricots blancs a la Bretonne
(Porotos blancos a la Bretona)

Pudding de Figes
(Budín de higos)

MENU

(Comida)

Potage Celesti
(Sopa de apio)

Petit patés au Jambon
(Pastelitos de jamon)
Poulet santé Marengo
(Pollo Marengo)

Contrefilet a la Broche
(Punta de picana al asador)

Ris a la Maltaise
(Arroz a la Maltesa)

Menu

(Almuerzo)

Croutes de Moelle a la Bordelaise
(Tostadas de Medula a la Bordelesa)

Maquereau Maitre d'hotel
(Pescado Maitre d'hotel)

Filet de Mouton a la casserole
(Filete de cordero a la cacerola)

Salade Pommes de Terre
(Ensalada de papas)

Pommes a la Portugese
(Manzanas a la Portuguesa)

Menu

(Comida)

Potage cressy bonne Femme
(Sopa de zanahoria)

Rissoles a la Parisienne
(Empanaditas a la Parisiense)

Gigot Braisé a la Catalane
(Pierna de cordero a la Catalana)

Foie de veau roti en Masinade
(Higado de ternera asado)

Petits pots a la creme
(Tacitas de crema)

Explicacion de los Menus

Gateau de Boeuf à la charbonnière.—Se compra un pan redondo, se le abre una tapa, se le quita toda la migaja y se frie en mantequilla mezclada con ríñonada. Se rellena con carne picada muy fina y saltada en mantequilla con un poquito de cebolla picada menuda, perejil muy picado, harina, caldo, un poquito de vino blanco, sal, pimienta y se pone al horno un momento. Se sirve sobre una servilleta con ramos de perejil.

Mayonesa de ave.—Se coloca un pollo que se habrá asado ó cocido en una fuente, se cubre con lechuga picada y aliñada ligeramente; sobre esto se le pone una capa de salsa mayonesa, se adorna con huevos duros partidos por la mitad y cogollos de lechuga.

Haricots Bretonnes.—Se cuecen porotos con cebolla, zanahoria, un ramo surtido; estando cocidos, se les quitan las verduras, se estilan, se ponen en una cacerola con mantequilla, se les agrega un poco de harina y caldo. Se sirven con crutones de pan frito.

Pudding de fig.—Se muelen bien higos que se habrán hecho hervir con agua y azúcar, después de un buen rato de hervir se pasan por cedazo, se les agrega yemas de huevo, un poquito de leche con canela molida y las claras batidas como para merengues; se coloca esto en un molde untado en mantequilla al baño de María por treinta minutos, se saca y se cubre con leche crema, á la cual se habrá puesto un poquito de Rhum.

★

Potage celesti.—Se cuece apio en agua con sal, cebolla, zanahoria y un ramo surtido; se le agrega una ó dos cucharadas de harina; estando todo bien cocido, se le quita la cebolla, zanahoria, ramo surtido y el resto se pasa por el cedazo. Se pone en una cacerola con una cucharada de mantequilla al purée que resulte, se le echa caldo el que se desee. Al servirlo, se pone en la soperá dos yemas y un poquito de leche, se bate bien, se le pone la sopa hirviendo.

Petit patis au jambon.—Se hacen moldecitos redondos y lisos de masa de media hoja, se

llenar con porotos ó garbanzos y se ponen en el horno; estando cocidos, se les quitan los porotos, se rellenan con leche crema con pedacitos de jamón.

Pollo morengo.—Se despresa un pollo y se dora en dos cucharadas de aceite, se le agrega una chalota picada; estando dorado, se le pondrá una taza de salsa de tomate, champignones y una copa de Jerez. Se servirá con huevos fritos en aceite y crutones de pan.

Contrefilet à la Broche.—Se compra un trozo de carne, se coloca en un palo ó en máquina de asar, poniéndole un poquito de harina y caldo y se va recibiendo el jugo poco á poco. Se sirve con papas.

Arroz à la Maltesa.—Se cuece arroz con leche, azúcar y canela molida; estando cocido se amolda y se cubre con mermelada, se adorna con guindas confitadas.

★

Tostadas de médula à la Bordelesa.—Se cortan tostadas de pan sin cáscara, se frien en mantequilla, encima se les pone una capita de cebolla muy fina frita en un poquito de aceite, perejil picado y sobre esto médula muy caliente. Se sirve inmediatamente.

Blanquillo Maitre d'hotel.—Se limpian los blanquillos, se colocan en una fuente con sal y se ponen al horno. Cuando principian á cocerse, se sacan, se cubren con mantequilla derretida con perejil y jugo de limón. Se vuelven á poner al horno por 8 minutos, se sacan, se les pondrá papas cocidas con cuero y tajadas de limón.

Filet de Mouton à la casserole.—Se pone un pedazo de cordero en la cacerola con un poco de grasa de ríñonada, se dora y se le agregan zanahorias, nabos, porrón, un poquito de harina y un vaso de caldo. Se deja á fuego lento, hasta que esté cocido y se sirve con la verdura que se quiera.

Petit pots à la crème.—Se mide la cantidad de vasitos de crema que se desee hacer, se pone á hervir la leche con vainilla y azúcar; después de un rato se le agrega una cuchara-

da de postre de harina de maíz, desnecha en agua fría, se revuelve para que no se corte, se le agregan tres yemas muy batidas, se revuelve ligero hasta que se cueza la yema, se llenan los vasitos con esta crema y se sirven fríos. Algunas les ponen encima un poco de crema de leche batida.

★

Potage crecy.—Se cuecen zanahorias como se ha dicho el apio. Se termina igual.

Rizzoles parisiennes.—Se hace una masa de media hoja, se urlerea muy fina, se le pone un pinito de ave, se le dá la forma de empanaditas chiquititas, se cortan con la espuelita y se frien en grasa caliente. Se sirven en una fuente con servilleta, perejil frito y cascotes de limón. Salsa de tomate aparte.

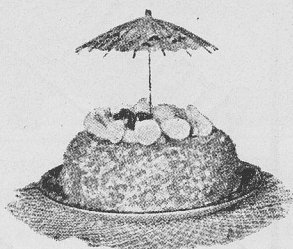
Gigot braisé à la Catalane.—Ingredientes: Pierna de cordero, 50 gramos de grasa de ríñonada, 100 gramos de cebolla, 100 gramos de zanahorias, 35 gramos de harina, 2 cucharadas de purée de tomate y un litro de jugo de carne ó caldo, dos docenas de dientes de ajo y aceite, una copa de vino blanco. Se dora la pierna de cordero, se le agregan los ajos que se habrán pasado por agua hirviendo y dorado en aceite; se le ponen las zanahorias, la salsa de tomate, la harina, el vino blanco, el jugo ó caldo y se deja á fuego lento dos horas.

Para servirlo, se sacan los ajos, se cuele la salsa, se coloca la pierna en una fuente, se adorna con los ajos y se cubre con la salsa.

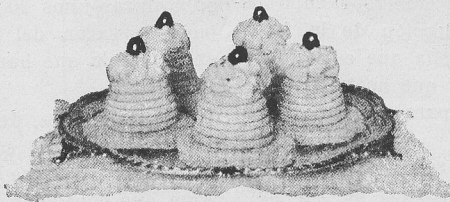
Foie de veau roti en masinade.—Se compra un pedazo de hígado de ternera, se echa en adobo por una hora, se saca, se pone á asar á la parrilla y se sirve con papas fritas.

Manzanas à la portuguesa.—Se pelan las manzanas, se ponen á cocer con azúcar y agua; estando cocidas, se sacan, se le da punto al almíbar, se colocan las manzanas en una compotera, se rellenan sus corazones con crema de vainilla, se cubren con el almíbar, á la cual se le habrá dado punto y se le agrega jarabe de Grosella para que obtenga un color rosado. Se adorna con guindas confitadas.

La buena presentacion de los dulces en las comidas



Cake de nuez.—Se hace un cake de media libra; cúbrase con pasta de nuez y azúcar batida. Se adornará con nuez molida, frutas confitadas y un quitasol chino.



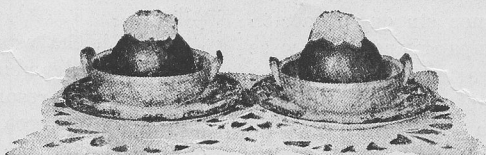
Merengues de nuez.—Háganse merengues, rellénense con crema chantilly y nueces molidas; también se pueden rellenas con helados de nuez. Colóquense sobre una redondela de bizcochuelo y decórense con guindas confitadas y crema chantilly.



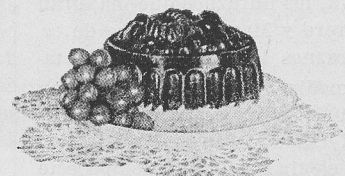
Cake good-luck.—Hágase un pum-cake, cúbrase con azúcar batida y adórnese con herraduras de papel plateado.



Torta danesa.—Hágase un bizcochuelo redondo, sáquesele la tapa y un poco del bizcochuelo del centro; rellénese con frutas confitadas puestas en un almíbar gruesa con un poquito de rhum. Cúbrase con mermelada de damasco, salpíquese con almendras tostadas y picadas, poniéndole encima crema chantilly y guindas confitadas.



Manzanas rellenas.—Hágase una compota de manzanas habiéndoseles quitado los corazones. Una vez hecha la compota, se rellenan con bizcochuelo remojado y se adornan con betún.



Jalea de uva.—Hágase una jalea con jugo de uva. Adórnese con crema chantilly y uvas.

Duraznos en Conserva para el invierno

En tiempos en que todo se hacía en la casa, en que las recetas familiares se transmitían como un patrimonio de las familias, y que eran, al mismo tiempo, el orgullo de nuestras abuelas, qué de excelentes recetas no habría podido suministrar á sus lectoras la presente revista.

Si bien es cierto que éstas no tienen ese mérito, tienen al menos el de ser exquisitas.

El durazno es la fruta deliciosa por excelencia, y ya sean al natural, en almíbar, en aguardiente conservan siempre su sabor delicado y su perfume agradable y particular.

Nos referiremos á los duraznos en almíbar, los que sin duda serán para Julio una compota agradable de estos frutos.

Una de las condiciones especiales es que los duraznos estén bien maduros y escogiendo aquellos que no tengan ninguna machucadura, porque en caso contrario, se haría una compota vulgar, de mala presencia, porque los duraznos se desharían por la cocción.

¿Qué clase de duraznos se deben preferir?

Se debe preferir para la conserva los duraznos de los huertos.

Pero, preguntarán mis lectoras, ¿debemos preferir los duraznos que maduran temprano ó los tardíos?

Estimamos que los primeros, por la razón misma de su precocidad, no son apropiados para este objeto, y aunque tienen un sabor fresco, no son tan dulces ni tienen la película tan aterciopelada como los segundos, y además, tienen la pulpa muy pegada al hueso. Por último, los que maduran casi en el mismo otoño, á pesar de ser más grandes, no son tan azucarados como los que maduran en pleno verano y que son un término medio entre estos últimos y los otoñales. Tampoco aconsejamos los ya citados últimamente, por razones bien claras de explicar. Siendo de gran tamaño no cabrían más de tres en cada frasco, lo que haría costosa la fabricación de esta conserva por la gran cantidad de frascos que habría que tener para destinarlos á este solo objeto.

Indicaremos, pues, como convenientes para la fabricación de esta conserva, los duraznos que maduran en Febrero y Marzo. Escójase de estos duraznos los que tienen un tamaño medio, de suerte que puedan caber 10 ó 12 en un frasco, teniéndose el cuidado especial, al tomarlos, de elegir cuando el tiempo esté seco, colocándolos uno por uno en un canasto, al que se le ha colocado con anterioridad en su fondo y costados una especie de cojín de hojas y virutas, para evitar así que se machuquen contra las paredes mismas del canasto.

Antes de seguir más adelante en la descripción de esta receta, con-

viene que se sepa que los duraznos de gran tamaño demoran más en cocerse que los de tamaño medio y que los chicos; de suerte que al colocar estos frutos en una paila y someterlos á la cocción, resultaría que, si se esperase á que estuviesen cocidos los duraznos grandes, los de tamaño medio estarían recocidos y los chicos deshechos por los efectos mismos del calor. De ahí que hayamos indicado para esta conserva los duraznos de tamaño medio y que éstos tengan al mismo tiempo una igualdad de volumen exacta posible.

★

Almíbar de azúcar.—Antes de empezar á preparar los duraznos hay necesidad de arreglar, siguiendo estas indicaciones, el almíbar para esta conserva.

Póngase en una paila de cobre sin estañar un kilo de azúcar, al cual se le pone un vaso de agua más ó menos, poniéndola á fuego lento, revolviéndola para acelerar su liquefacción; y cuando esto se ha conseguido, añádase dos vasos de aguardiente de 30 ó 40 grados y déjese hervir á fuego lento durante un cuarto de hora, y cuando esté de punto arréglese el fuego á fin de que se mantenga á una misma temperatura.

CEPILLESE SUAVEMENTE LA EPIDERMIS DE LOS DURAZNOS

Las películas de los duraznos están recubiertas de una especie de plumón blanquecino que hay necesariamente que hacer desaparecer. Para esto se toman los duraznos por las depresiones naturales, con el índice y el pulgar y cepílese con una brochita suave del modo más delicado posible. Este es el momento apropiado al mismo tiempo para hacer la selección de la fruta, eliminando aquella que esté un poco machucada y que no tenga el tamaño elegido para hacer la conserva.

Una vez que se ha terminado de cepillar los duraznos se les hace unas 8 ó 10 picaduras que lleguen hasta el hueso, en la parte cercana á la depresión, es decir, en aquella en que los duraznos están pegados al árbol.

Lo que se consigue con esta picadura es hacer desaparecer la acidez que tienen los duraznos.

Ha llegado ahora la parte más espinosa de la conserva: saber cocer los duraznos sin que la acción del calor rompa la película y se despegue en partes de la pulpa, cosa que haría desmerecer el mérito de la conserva.

COCIMIENTO DE LOS DURAZNOS

Póngaseles en seguida en agua, cuidando de que ésta forme una capa de 20 centímetros sobre los duraznos y colóquese la paila á fuego lento para empezar.

Las frutas en el agua se van al fondo del envase que las contiene,

pero á medida que se eleve la temperatura y se aproxima ésta á la ebullición, poco á poco se van separando del fondo hasta llegar á la superficie. Obsérvese atentamente este movimiento ascensional porque de él depende el éxito feliz de la conserva. En cuanto se note que los duraznos empiezan á subir hágaseles dar una vuelta, tratando de que la parte que estaba hacia abajo quede hacia la superficie. Esta operación se puede hacer con una espumadora común. Cuando se les haya dado esta vuelta obsérvese atentamente el momento preciso en que el agua empieza á hervir para retirarlos del fuego. Para más seguridad en el éxito de esta operación, diremos que el momento más oportuno para retirarlos del fuego es cuando el agua *canta* y las burbujas empiezan á subir en forma de perlas á la superficie de la paila.

La dificultad, si puede llamarse así, es tratar de que los duraznos conserven intactas sus películas.

La consecuencia inmediata de este hervor es hacer desaparecer en parte la coloración roja de los duraznos, y se nota esto en que el agua que queda de este hervido se colora de un rojo ténue, que proviene de los mismos duraznos.

Un baño de agua fría.—Esta cocción ablanda la pulpa de los duraznos y por consiguiente están expuestos á deshacerse y deformarse. Para darles más consistencia se les dá un baño de agua fría, corriente si se puede, pero si no hay que cambiarla continuamente en cuanto se note que el agua se entibia. Elíjase para esta operación una espumadera para frutas, porque las comunes con sus bordes cortantes pueden dañar la película de los duraznos. Este baño de agua fría debe durar unos 20 minutos y después se sacan del agua para que expriman la que han absorbido por la cocción.

Se sacan, pues, del agua y se les coloca separados, sobre una servilleta seca para que ésta absorba el agua que contienen y la que rueda en forma de gotitas por su superficie.

★

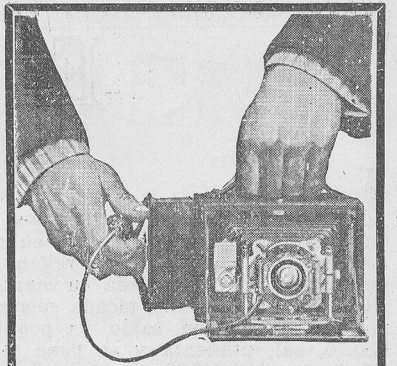
Una ducha de almíbar hirviendo.—Después de colocar los duraznos en el frasco se rellenan con el almíbar preparada anteriormente, tratando de que para cada diez ó doce duraznos se necesite un litro de almíbar.

Una vez hecha esta operación se cierran herméticamente los frascos por medio de los resortes que llevan esos mismos frascos, cuidando de que la goma de que están provistos calce exactamente en todos sus bordes.

★

Hé aquí, lectoras, una receta por demás sencilla, y que permite tener duraznos sabrosos hasta el verano próximo.

RENE RAYMOND



Hans Frey

VALPARAISO

Artículos
Fotográficos



PIDASE CATALOGO

Explicación gráfica para la fabricación de duraznos en conserva para el invierno



CEPILLESE LOS DURAZNOS.—Para quitar á los duraznos esa especie de pluma blanquecina de que están recubiertos, páseseles suavemente una brochita suave de pelo ó de seda.



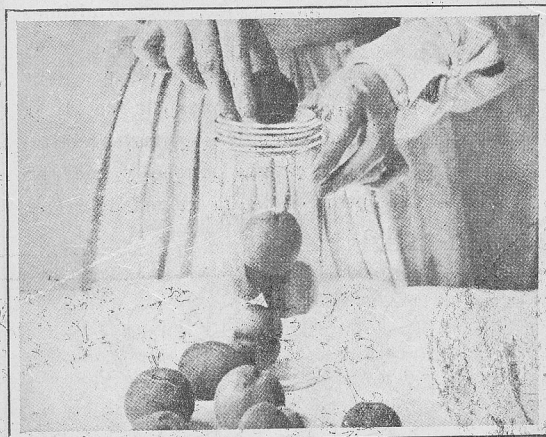
PIQUESE LOS DURAZNOS ANTES DE HERVIRLOS.—Para quitar la acidez á la fruta hágasele unas picaduras hasta el hueso con una aguja larga cuidando que éstas lleguen hasta el mismo hueso.



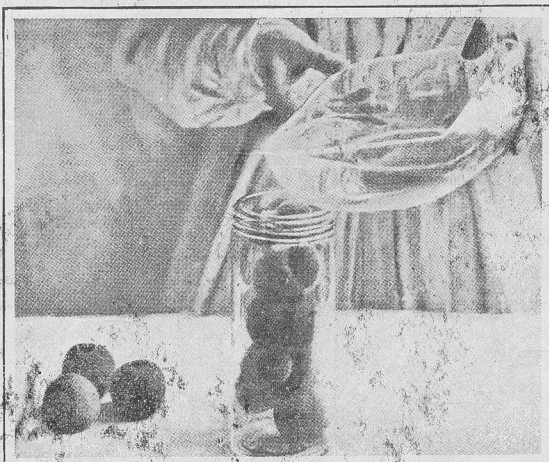
HERVOR Y ENFRIAMIENTO SIMULTANEO.—Póngase los duraznos en agua tibia, elevando poco á poco la temperatura hasta hacerlos hervir, y cuando éstos suban á la superficie del líquido, sáqueselos con una espumadera y écheseles en agua fría.



ENJUGUESE LOS DURAZNOS POR SEGUNDA VEZ.—Colóqueselos una vez que están fríos sobre una servilleta seca para que destilen y se desprendan de toda el agua que corre en gotitas por su superficie.

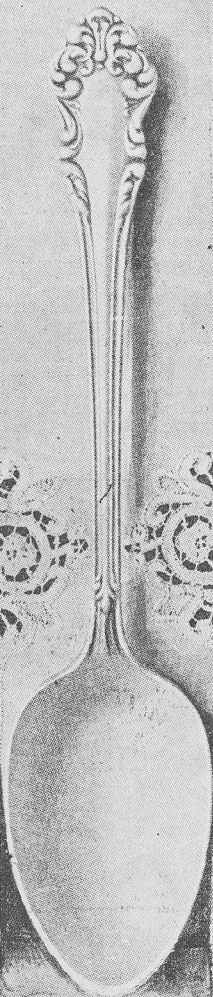


COLOCACION DE LAS FRUTAS EN EL FRASCO.—Colóquese las frutas una á una en el frasco tratando de que ellas asienten bien y en una proporción de 10 á 12 en cada frasco de un litro.



VIERTASE EL ALMIBAR PREPARADA CON ANTERIORIDAD.—Se empleará el almíbar que se ha preparado para los duraznos. No hay necesidad de que ésta esté hirviendo si los duraznos lo están al colocarlos en el frasco. En caso contrario hay que vaciarlos almíbar hirviendo.

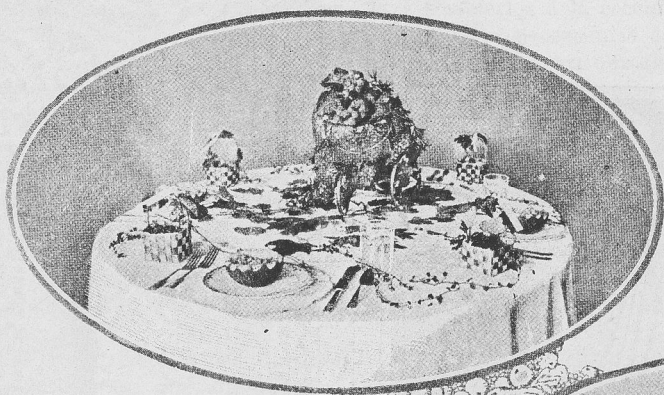
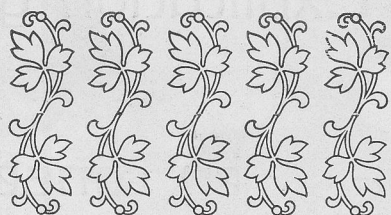
C. ARNOLD y Cía
IMPORTADORES



de Plaqués
Estatuas
Cristales
Sevres y muchos
Artículos de lujo.
Fabricantes de
Timbres de Goma
para marcar ropa.
Planchas de bronce,
nickel, etc.

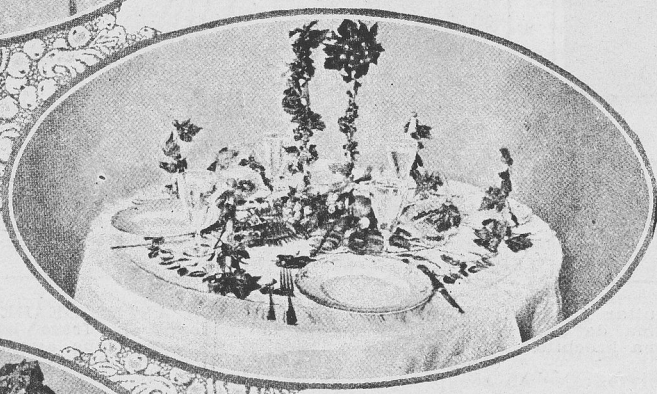
ESMERALDA 66-72
VALPARAISO

Adornos de mesa para una - - - simpática fiesta - - -



En esta mesa (izquierda), el adorno consiste en una especie de carruaje hecho con las ruedas de un cochecito de guagua, cuya caja la forma una calabaza rellena de frutas y artísticamente recubierta de hojas verdes. Guirnalda de hojas serpentean por entre los cubiertos y pueden verse aquí y allá, en aparente desorden, hojas de vid, de fresno, etc. Para señalar la colocación que corresponderá á cada uno de los invitados se ha colocado ante el cubierto un canastito adornado, con su correspondiente tarjeta.

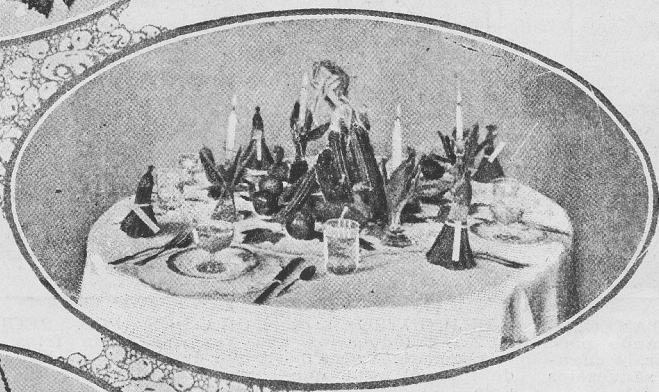
No es menos original la idea concebida en el arreglo de la mesa cuya ilustración damos al lado. En el centro de la mesa alzáse un arco cuadrangular por cuyos lados trepan en espiral ramas, hojas y frutos de vid. La base está constituida por un cojín compuesto de musgos y frondas de helechos. Los tarjeteros en este caso han sido sustituidos por columnitas graciosamente revestidas de hojas otoñales.



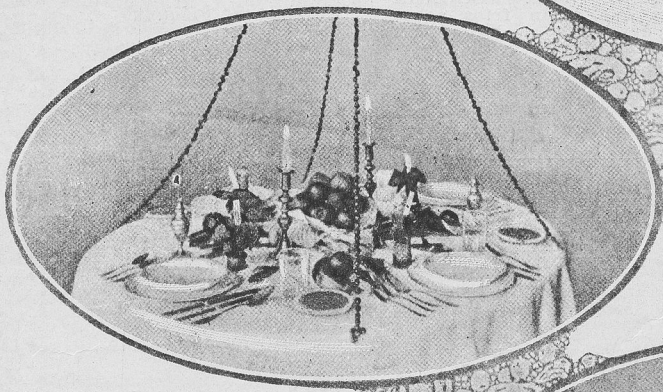
La decoración principal de esta mesa la forma un canasto de paja con frutas, colocado á modo de centro rodeado en su base de helechos y frutas. Podemos ver, además, diseminadas en la superficie y borde de la mesa frutas y hojas, festoneando estas últimas el borde de la mesa. Los saleros y los frascos para la pimienta simulan choclos y pepinos.



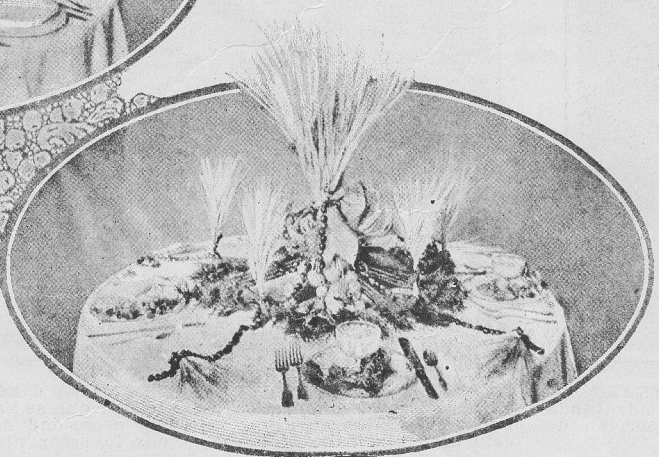
El centro de la mesa de la derecha se compone de choclos dispuestos en forma de una pirámide rodeada de pavitos, manzanas y hojas otoñales. Las velas de los candeleros de cristal cortado tienen manojos de choclos fajados alrededor. En cada asiento se ha distribuido un monigote formado por un choclo, una camisa de papel y un gorro frigio encarnado.



Del cielo raso de la pieza cuelgan, á los cuatro lados de la mesa, sargas de avellanas. En el centro un repollo sirve de frutero. Los tarjeteros son corontas de choclo atadas con cinta y montadas en anillos de servilleta.



Las espigas de trigo caracterizan el adorno de esta mesa. La gran gavilla central está atada con una cinta ancha y las gavillas más pequeñas con un lazo de caña cinta. En la base de la gavilla central se ha amontonado choclos, nueces y demás, adornados con siempre-vivas. Del centro de la gavilla se desprenden sargas de avellanas en la dirección de cada uno de los asientos y van á unirse, por medio de cintas, á las gavillas que hacen las veces de tarjeteros.

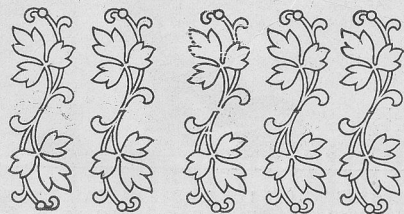


Una de las costumbres originales y poéticas á la vez que se conserva en Norte América, es la simpática ceremonia de agradecimiento á Dios por los dones que brinda la naturaleza, otorgando los sabrosos y perfumados frutos de la estación otoñal.

Creemos que una fiesta de esta naturaleza, tomando como modelo á la que acabamos de indicar, puede encontrar amplia cabida en nuestra sociedad, ya que ella, en diferentes ocasiones, ha dado pruebas indubitables de buen gusto y exquisito refinamiento por todo lo que es de buen tono; acogiéndola, contribuiría á fomentar una idea por demás simpática y que no necesita influencias extrañas para su desarrollo y difusión en los centros cultos de la sociedad, tratándose como se trata de una fiesta de esta especie, en que los hombres, en medio de su regocijo y en medio de sus quehaceres diarios, dedicar un instante á agradecer á la divinidad los beneficios que les ofrece con los productos de la tierra.

Ese simbolismo da una idea de la cultura moral de una sociedad, porque conserva, en medio de las superficialidades consiguientes de la vida ajitada de los privilegiados de la fortuna, ese fondo de poesía y sencillez que caracteriza á la presente ceremonia.

Como es naturalmente agradable poder presentar una mesa cuya disposición artística no se resienta de cierta monotonía, inevitable en el caso de no tener á la vista modelos suficientemente variados y á la vez de buen gusto, nos permitimos ofrecer á nuestros lectores, las siguientes disposiciones de mesa que consideramos fáciles de copiar y que pueden quizás evitarles el trabajo de pensar mucho y caer en lo peor, dada la novedad de la idea.



PEINADOS DE MODA



I



II



III



IV



V

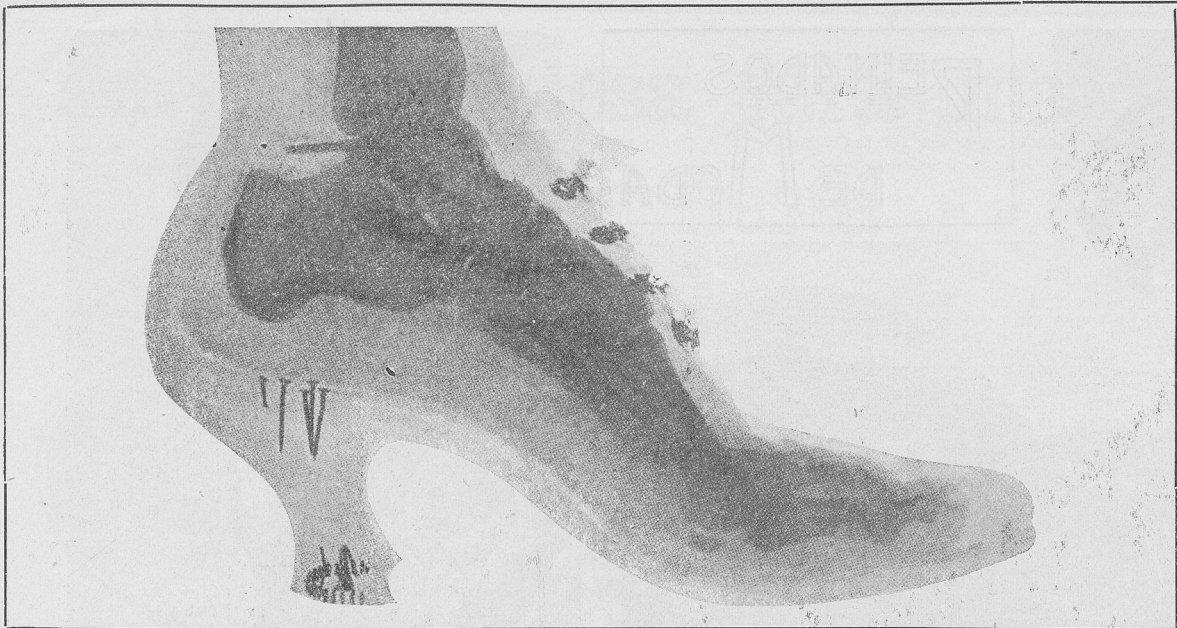
N.º 1.—Para ejecutar este peinado hay que partir los cabellos medio á medio, en seguida partir éstos transversalmente, llevarlos hacia delante, ponerse en la parte de atrás un armado y peinarse adelante en bandeause bien ondulados. El cabello que ha quedado atrás se levanta hacia arriba y se cubre con él toda la cabeza; se coloca una trenza en forma de turbante al rededor de la cabeza, obteniendo así el peinado N.º 1.

Peinado de tertulia N.º 2.—Se parten los cabellos á un lado y se hace un moño chico con los cabellos propios, encima se coloca el moño llamado **Jaula** y al rededor se colocan las cintas de oro tal cual os lo muestra el figurín N.º 2.

Peinado de diario N.º 3.—Se hace el frente como los dos anteriores, el moño un poco atrás y muy ondulado. Se le envuelve con una trenza sostenido por dos grandes horquillas de carey. Este peinado, sencillo y muy elegante, sienta sobre todo á las morenas.

Peinado de teatro N.º 4.—Partirse el cabello medio á medio, ondularlo con la onda muy grande y cubrirse toda la cabeza con el “moño aeroplano”, que se prende al frente con una bonita orquilla ó fantasía.

Peinado de ciudad N.º 5.—Bandeause ondulados muy bajo al frente. “Moño jaula” envuelto por una trenza arrollada y tomada por dos horquillas con anillos de oro ó carey. Este peinado resulta también muy lucido para teatro ó recepción.



Lo que gana una mujer usando tacos altos

Todas las mujeres ambicionan tener el pie bonito. Para aumentar el encanto de éstos recurren al taco alto, y ésto por tres motivos: 1.º Porque se consigue así la codiciada forma del empeine alto; 2.º Se gana en estatura; y 3.º Se empujea ó acorta el pie no menos de uno ó dos centímetros al obligarlo á adaptarse á la nueva y forzada posición que le imprime tal calzado. Y como esto no pareciera suficiente al criterio estético convencional de ellas y aún de muchos ellos... procuran acortar aparentemen-

te el pie en tres ó cuatro centímetros con el uso del taco alto.

En las fotografías con los rayos X que se acompañan, puede apreciarse bastante bien lo que acabamos de exponer. Se trata aquí del mismo pie visto bajo iguales circunstancias, pero con diferente calzado.

La sombra clara es el zapato, la parte algo más oscura y hacia el interior es la carne del pie y aquello muy obscuro es la estructura ósea.

Lo que pierde una mujer usando tacos altos

El resultado inmediato y principal del uso de los tacos altos es una sensación de malestar general, de falta de comodidad. Se produce el cansancio con más facilidad, el temperamento se hace más irritable y apuntan síntomas de una depresión nerviosa de cuya causa no acertamos á darnos cuenta.

Oblígase á los huesos del pie á modificar en mucho su posición relativa, como puede verse echando una ojeada á la fotografía adjunta. Pero esta posición anormal de los huesos es cuestión secundaria si se quiere en comparación de otros daños de orden más grave aún.

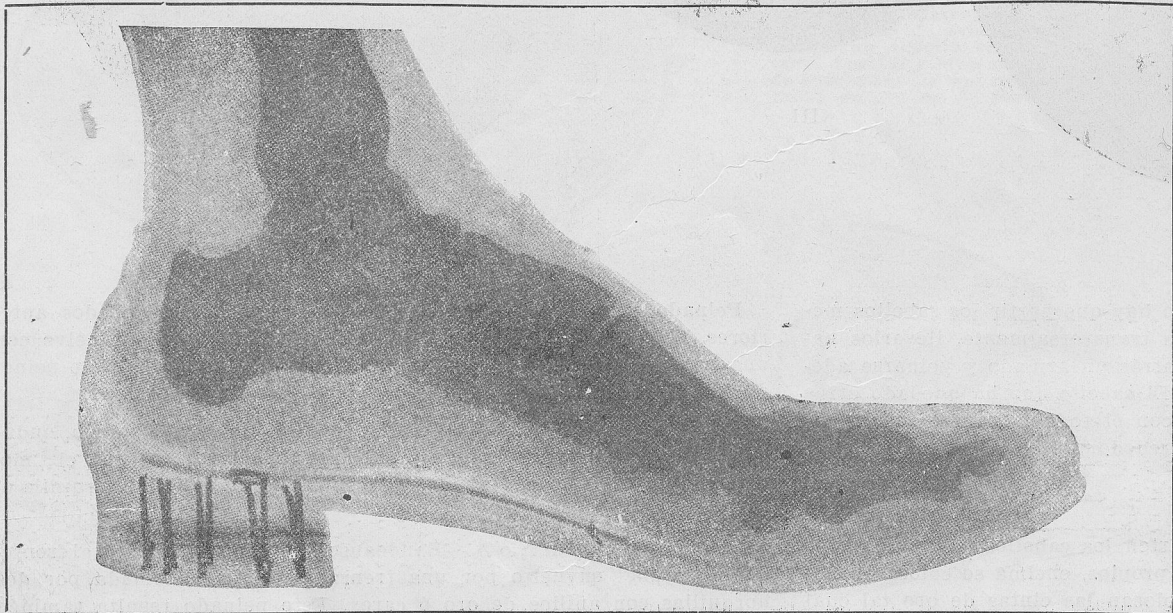
Uno de los efectos más graves del uso del taco alto es que los hombros son echados violentamente hacia adelante. Y esto se explica: los talones se han elevado mientras los dedos conservan su posición al nivel del suelo, lo que obliga naturalmente á echar la parte superior del cuerpo hacia adelante para mantener el equilibrio destruido á causa de la traslación de nuestro centro de gravedad. Los hombros caen hacia adelante y el pecho se hunde. La respiración no puede verificarse en su forma completa y pueden haber, en consecuencia, regiones del ápice de cada pulmón que no han sido usadas, esto es, en las que no se ha verificado el intercambio del aire

puro por el viciado, desuso debido á la imposibilidad en que se encuentran los músculos respectivos de desarrollar la totalidad de su fuerza expansiva.

Se ha demostrado ya por muchos investigadores que el ápice del pulmón, especialmente el derecho, es el punto de partida de la tuberculosis pulmonar, porque los bacilos tuberculosos se desarrollan mejor donde no están al contacto inmediato del aire.

Pero todo el organismo se resiente de la disminución de la capacidad pulmonar (disminución oxigenadora). El corazón se monopoliza la sangre primera y más fresca para sí. Si esta sangre no es suficientemente rica y anda algo escasa, el corazón languidece por falta de alimento. Los demás órganos sufrirán en consecuencia. Por supuesto, estos cambios orgánicos no se verifican tan bruscamente que puedan ser notados en el acto, pero se harán visiblemente sensibles con el tiempo, y tarde ó temprano transformarán á una niña espiritual y de temperamento risueño en una joven apática é insignificante. Sus hermosas y rosadas mejillas palidearán y su figura derecha, erguida, se encorvará; su aspecto robusto, sano, tornaráse en la de un sér semi ó totalmente inválido, etc.

DRA. BEAUTY



T. A. BLECH WEGENER

SOMBRERERIA ALEMANA

AHUMADA NUMERO 346



Especialidad en

TONGOS

HABIG

Corbatas, Camisas, Cuellos, Puños, Camisetas, Calzoncillos, Suspensores, Calcetines, Bastones, Billeteras, Guantes, Polainas, Escobillas, Malletas, Perfumería fina, etc.

Completo surtido en Ropa interior de lana, sistema Dr. Yaeger y de algodón, del Dr. Lahmanns.

SECCION DE MODAS



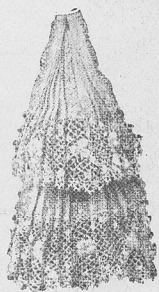
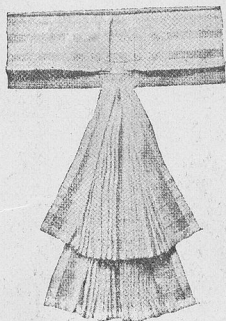
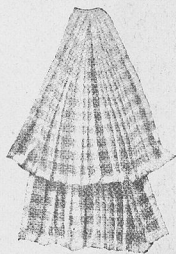
Hoy, por primera vez, se trata de formar una seria y útil Revista de Modas que pueda servir á las hacendosas lectoras facilitándoles la manera de vestirse con elegancia y economía, confeccionando sus trajes y los de sus hijos en su propia casa.

Encargada de esta sección y llena de anhelos por complacerlas, les prometo tenerlas al corriente de las últimas novedades que lleguen de Europa; les pido que tengan indulgencia, que me alienten en mis esfuerzos, que me dirijan las preguntas que puedan serles útiles y que vean en mí una amiga dispuesta siempre para complacerlas.

Como antes he dicho, mi anhelo es agrarlar á mis lectoras, que supongo no serán sólo de Santiago, y para ello trataré de consultar todos los gustos junto con la economía que algunas necesitarán para no sobrepasarse en sus entradas. Todo trataré de realizado y sólo pido la confianza y la aprobación de mis queridas lectoras.

Ultimas Novedades Llegadas de Paris

Tres cuellos sencillos con chorrera de linón podeis ver aqui. Los dos primeros son de tul de Bruselas, tableados, y el tercero es de gasa con encaje de Irlanda.



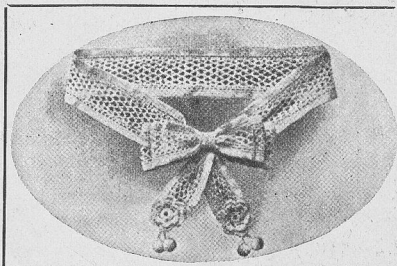
La blusa es de hilo. El nudo de la corbata y los bordes de la chorrera van ribeteados de género de hilo rayado.



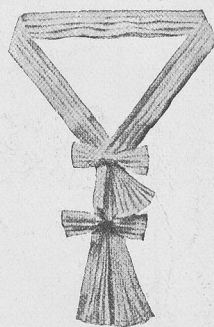
Corbatita de entredós de punto ribeteada de género blanco ó de color.



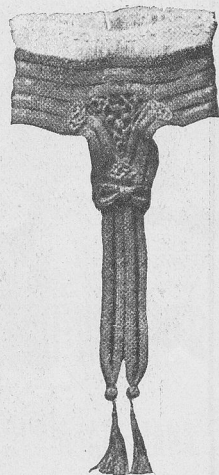
El cuello y la corbata que va al centro es también de hilo con los vuelos tableados de lo mismo, tomados por un nudo á lo marinero.



Corbata tegida en hilo al crochet y ribeteada de género de hilo blanco y en las puntas dos rosetas con colgajo de borlas tegidas con hilo de Irlanda.

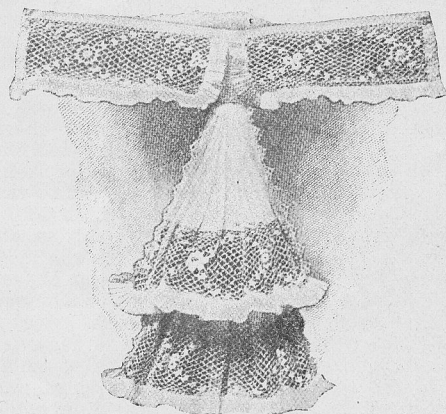


Esta corbata es muy graciosa, va prendida en el pecho y se hace de raso ó seda del color que se desee.

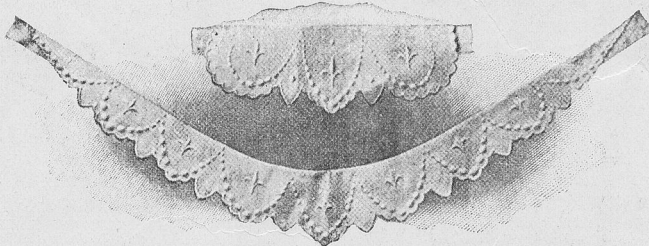


Este cuello y corbata son muy vestidores y sobre cualquier blusa quedan bien. Son de cinta de plata adornada con borlas y aplicaciones de encaje macramé.

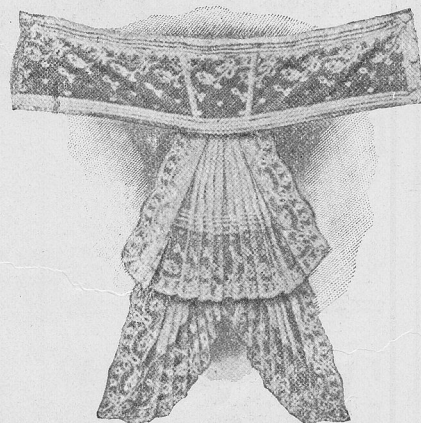
De batista bordada es esta blusa, con Jabot de gasa blanca con sesgos de batista rosada alrededor, adorno que llevan también el cuello y los puños.



Este cuello es encantador. Es de encaje de Irlanda con el cuello vuelto y alrededor lleva un vuelo angosto y muy finamente tableado de batista. La chorrera lleva el mismo adorno.

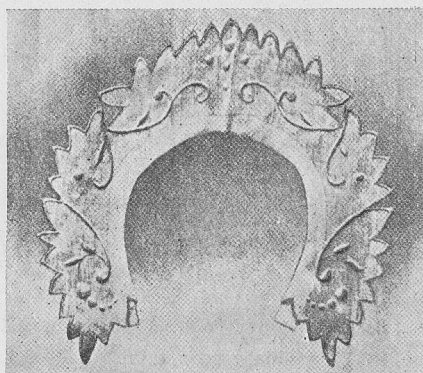
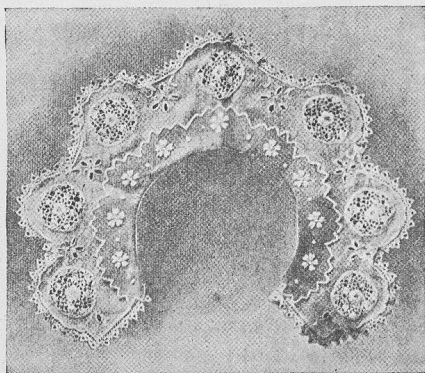


Es un cuello y unos puños de género de hilo bordados de lunares, flores de lys y un festón alrededor. Estos cuellos están muy de moda sobre las vueltas de los trajes sastre.

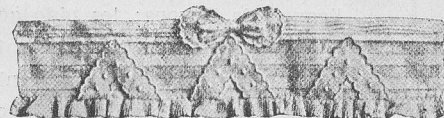
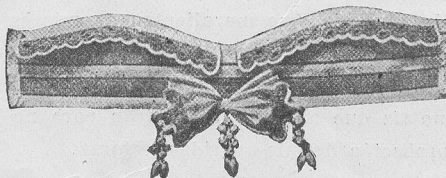
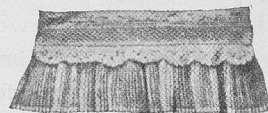


Este es un cuello muy fino de batista finísima con dos caídas de lo mismo, con entredós y encaje de Valenciennes.

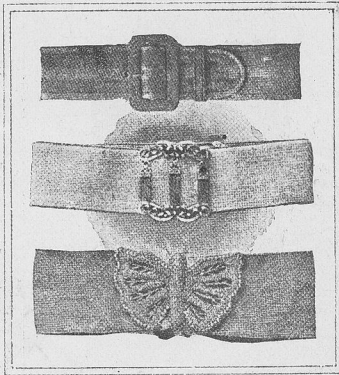
Cuello de encaje con aplicaciones redondas.



Cuello bordado en hilo blanco con bordado azul, á propósito para ponérselo con traje sastre.



Grupo de cuellos y puños el que se ve abajo de esta página. Los puños son simplemente vuelos muy tableados, hechos para que caigan sobre la mano, una tira bordada sirve de tapa costura á este vuelo. El cuello tiene tres puntas bordadas y un vuelo muy plegado arriba formando golilla. El cuello que está al centro es de género rayado celeste y blanco con un bonito lazo de donde penden colgajos de bolas tegidas de hilo de Irlanda.

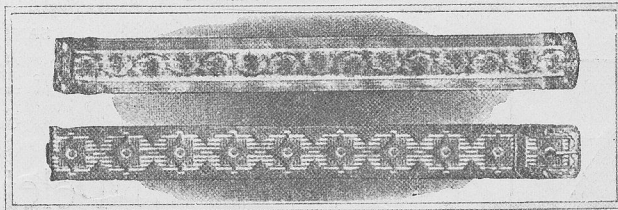


Tres nuevos y bonitos cinturones: el primero es de cuero de gamuza plomo adornado de trenchilla. El segundo es de gamuza amarilla con hebilla de metal, y el último es de lama de oro con hebilla en forma de mariposa.

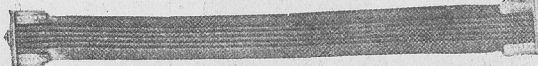
Cinturones Hebillas y Lazos



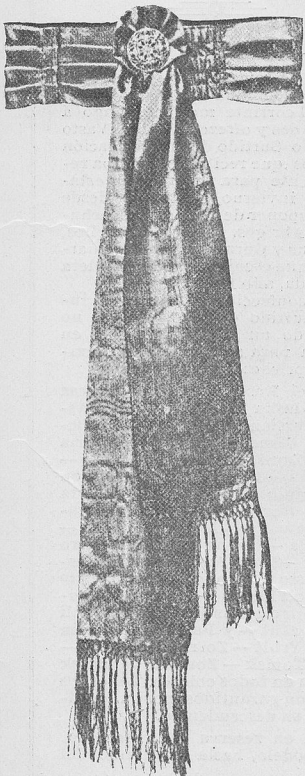
Blusa de tul bordado con lunares de oro en el cuello. Cinturón de seda suelta, anudada en la cintura cae en dos tiras al fin de las que se agregan borlas sostenidas por cordones de seda; abrocha en la espalda.



Otro grupo también muy interesante compuesto de tres cinturones. Los dos primeros son de seda elástica, uno de color claro y el otro de color azul y oro. El tercero es tejido blanco. Cierro de precillas con botones de nácar; muy á propósito para polleras blancas de mañana.

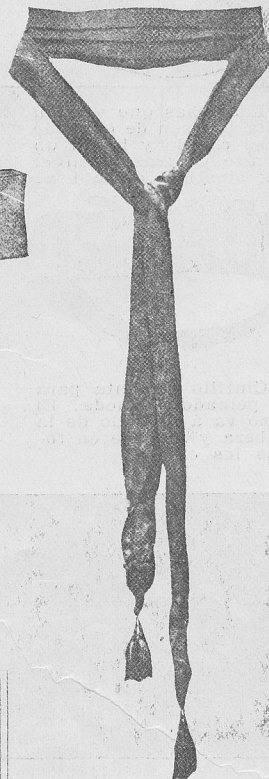


Cinturón de gamuza verde olivo, bordado en el centro con trenchilla del mismo color. Hebilla sencilla.



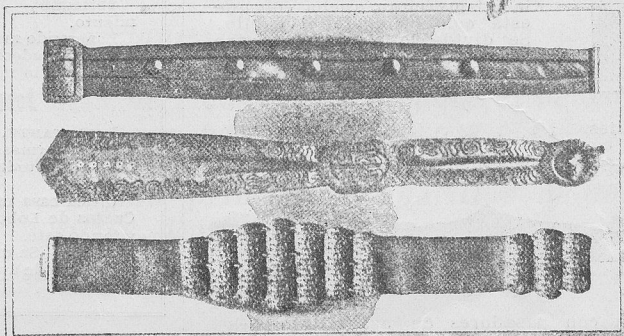
Cinturón de raso plegado con un botoncito para el pañuelo, muy original y muy útil para una buena dueño de casa.

Cinturón tejido al crochet con fleco de lo mismo que cae al frente. Bonito cierre de oro.



Lazo de moiré muy elegante. Cintura con dos pedazos de elástico á los lados y gran roseta con cabochón en el centro, de donde caen dos tiras de cinta con fleco en las puntas.

Otros cinturones para que tengais donde escoger bien. El primero es de cuero amarillo adornado con botones de lo mismo. El segundo es de cuero verde con trenchillas y el último es de género dorado con adornos de lo mismo.



Cinturón de cinta negra con borlas de pasamanería en las puntas.



Una manera = de saber =

lo que vale la plata es tratar de pedir prestado.

Otra manera

tan buena es probando su valor en nuestro almacén.

TENEMOS:

- Loza y Porcelana
- Servicios para mesa
- Juegos de toilet
- Maceteros, Jardineras
- Figuras de porcelana
- Terracotta y Yeso
- Chiches para óleos
- Cuadros, Répisas
- Palmeras
- Plantas artificiales
- Artículos de Plaqué
- Cuchillería, Tijeras
- Navajas para barba
- Maletines.
- Portamonedas
- Jabones finos
- Perfumería Viville, Roger y Gallet



Surtido completo en:

Copas, Vasos,

Botellas y

Cristalería

para mesa

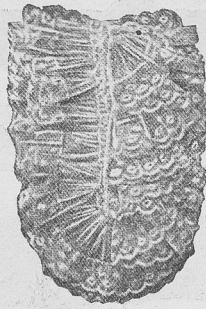
CASA ESCOCESA

Serrano 38, Valparaíso

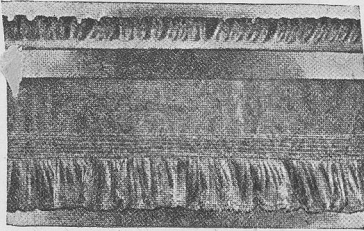




Estas dos corbatas son grandes siendo la primera de encaje valencienne y la segunda de tul de hilo crudo con cintas negras.

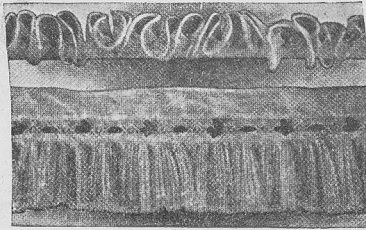


Chorrera de punto de Bruselas con valencienne alrededor; al centro una hilera de entredós formando tapa de camisa.

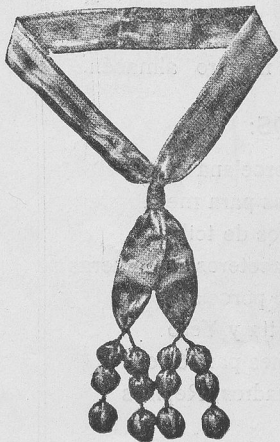


Una golilla de tul recogido con ribetes de seda celeste y una tira alforzada con una golilla.

Cintas Golillas y Ruchas



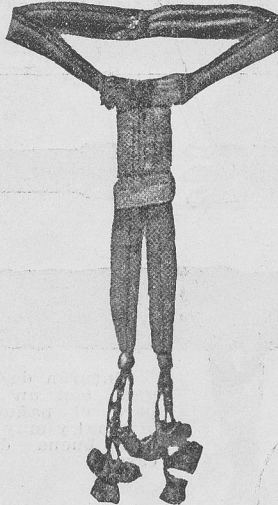
Golilla de gasa con vivo alrededor y un vuelo de lo mismo con entredós de encaje pasado con cinta de terciopelo negro.



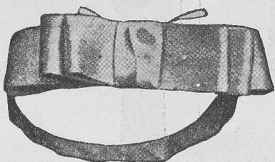
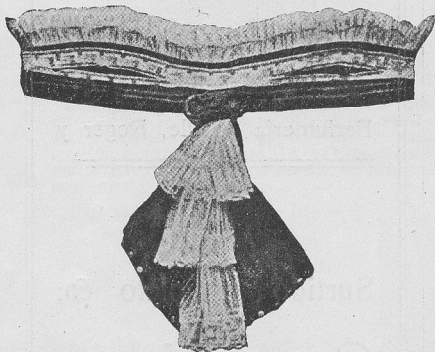
Esta corbata puede hacerse muy fácilmente. Es de cinta rayada y abajo lleva un fleco de borlas del mismo género rellenas de algodón.



Las rosas que veis en esta boa son de cinta de raso rosado y hacen un bonito contraste con el tul amatista de la boa.



Una corbata de forma nueva con dos tiras largas concluidas por una cantidad de bolitas formando fleco.



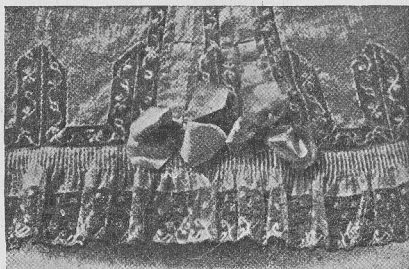
Cintillo de cinta para el peinado de moda. El lazo va a un lado de la cabeza y se ace en todos los colores.



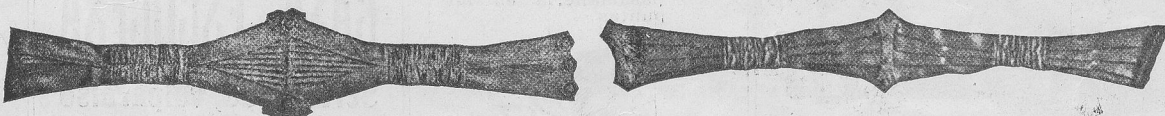
Este cuello tiene su gracia en el fleco que está hecho con la misma cinta ancha con que está confeccionado el cuello. Se divide la cinta en cuatro partes y se tege como fleco y se concluyen las puntas con flecos de seda.



Cuello y vuelo de encaje blanco con terciopelo negro. La hevilla al frente está cubierta de terciopelo negro. Este cuello con corbata es muy cómodo para ponérselo sobre cualquier chaqueta; es de gasa blanca con un vuelo plegado en forma de golilla.



Con un vuelo de cantón con encajes como éste se pueden hacer muchas cosas; entre otras, enaguas, vestidos para niñas, etc.



Grupo de cinturones de elástico con cinta, de gamuza y de seda con pasadores de azabache negro.



TALLERES:
SAN DIEGO 17, altos

Teléfono Inglés
— 2104 —

Casilla N.º 2458

Peletería Rusa "El Zorro Negro"

DE JOSE M. TANNENBAUM

ALAMEDA ESQ. SAN DIEGO

A mi distinguida clientela:

Por la presente me es grato poner en su conocimiento que desde esta fecha del corriente mes, me pongo á sus órdenes y ofrezco á Ud. el Vasto y Variado Surtido de mi fabricación de Cueros, que recibí de Europa recientemente para la próxima estación de invierno, pudiendo desde luego disponer de ellos para Hechuras de Abrigos, Paletos, Cuellos, Manchons y Gorros, quedando guardado lo que escoje hasta la venidera temporada, año 1910.

Para confecciones, este es el inmenso surtido que les ofrezco, no escaseando un mínimo detalle en la moda para satisfacer el más exigente capricho:

Murmel Ruso — Marta Francesa Nutria Alaska — Marta Russa — Astrakan Persianer — Karakul Breitshvantz — Cisne garniture — Nutria Saksen Doré — Marta Kolinsky — Petit-Grise — Ratz — Nutria Marron — Herminio Ruso Real — Marta Castor — Herminio Imperio — Karakul Ungawaky — Marta de Japón — Chinchilla — Skuns Naturel — Zorro Klondok — Zorro Azul — Zorro Alaska — Zorro Plateado — Zorro Negro — Mongoli Negro — Mongoli Blanco — Mongoli Gris Perla — Mongoli en color fant — y Fagon de estación Zorrillo Yrbat — Zorrillo Irkutsk — Zorrillo Tomsk — Zorrillo Simáirsk y Muflón en todos colores. Todos los Cueros son garantidos por su legitimidad y su descendencia.

Queda en reserva cada hechura, como modelo, hasta su regreso del verano.

Los cortes son por los últimos figurines de París, que se presentarán una vez elegidos los Cueros y cortados personalmente por el que suscribe.

Seriedad, Rectitud y Cumplimiento.

Esperando me honrará con su presencia, agradecido de antemano, saludala con la más alta atención

Jose M. Tannenbaum.

IMPORTANTE. — Se reciben hechuras y reformas para el año 1910. Se transforma toda clase de pieles por nuevas.

Única casa en Chile que tñe los Cueros de Lobo dando color Nutria y fondo café.

NOTA. — Se curte y se embalsama toda clase de aves.